



REVISTA

LA
ESPAÑA MODERNA



DIRECTOR PROPIETARIO: J. LÁZARO

—
MARZO—1889
—

EJEMPLAR
REGALADO

MADRID
IMPRESA Y FUNDICIÓN DE MANUEL TELLO

Don Evaristo, 8

1889

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director propietario de LA ESPAÑA MODERNA.

TORQUEMADA EN LA HOGUERA.



(Conclusión.)

V.

CORRIÓ hacia su casa, y contra su costumbre, (pues era hombre que comunmente prefería desvernarse á gastar una peseta) tomó un coche para llegar más pronto. El corazón dió en decirle que encontraría buenas noticias, el enfermo aliviado, la cara de Rufina sonriente al abrir la puerta; y en su impaciencia loca, parecíale que el carruaje no se movía, que el caballo cojeaba y que el cochero no sacudía bastantes palos al pobre animal..... «Arrea, hombre. ¡Maldito jaco! Leña en él—le gritaba.— Mira que tengo mucha prisa.»

Llegó por fin; y al subir jadeante la escalera de su casa, razonaba sus esperanzas de esta manera: «No salgan ahora diciendo que es por mis maldades, pues de todo hay.....» ¡Qué desengaño al ver la cara de Rufina tan triste, y al oír aquel *lo mismo papá*, que sonó en sus oídos como fúnebre campanada! Acercóse de puntillas al enfermo y le examinó. Como el pobre niño se hallara en aquel momento amodorrado, pudo D. Francisco observarle con relativa calma, pues cuando deliraba y quería echarse del

lecho, revolviendo en torno los espantados ojos, el padre no tenía valor para presenciar tan doloroso espectáculo y huía de la alcoba trémulo y despavorido. Era hombre que carecía de valor para afrontar penas de tal magnitud, sin duda por causa de su deficiencia moral; se sentía medroso, consternado, y como responsable de tanta desventura y dolor tan grande. Confiaba en la esmeradísima asistencia de Rufina, y ninguna falta hacía él junto al lecho de Valentín. Al contrario, más bien era estorbo, pues si él le asistiera, de fijo, en su turbación, equivocaría las medicinas, dándole á beber algo que acelerara su muerte. Lo que hacía era vigilar sin descanso, acercarse á menudo á la puerta de la alcoba, y ver lo que ocurría, oír la voz del niño delirando ó quejándose; pero cuando los ayes eran muy lastimeros y el delirar muy fuerte, lo que sentía Torquemada era un deseo instintivo de echar á correr y ocultarse con su dolor en el último rincón del mundo.

Aquella tarde, le acompañaron un rato Bailón, el carnicero de abajo, el sastre del principal y el fotógrafo de arriba, esforzándose todos en consolarle con las frases de reglamento; mas no acertando Torquemada á sostener la conversación sobre tema tan triste, les daba las gracias con sequedad. Todo se le volvía suspirar con bramidos, pasearse á trancos, beber buchets de agua y dar algún puñetazo en la pared. ¡Tremendo caso aquél! ¡Cuántas esperanzas desvanecidas!.... ¡Aquella flor del mundo segada y marchita! Esto era para volverse loco. Más natural sería el desquiciamiento universal que la muerte de aquel portentoso niño que había venido á la tierra para iluminarla con su talento..... ¡Bonitas cosas hacía Dios, la Humanidad, ó quien quiera que fuese el muy tal y cual que inventó el mundo y nos puso en él! Porque si habían de llevarse á Valentín, ¿para qué le trajeron acá, dándole á él,

al buen Torquemada, el privilegio de engendrar tamaño prodigio? ¡Bonito negocio hacía la Providencia, la Humanidad, ó el arrastrado Conjunto, como decía Bailón! ¡Llevarse al niño aquél, lumbrera de la ciencia, y dejar acá todos los tontos! ¿Tenía esto sentido común? ¿No había motivo para rebelarse contra los de arriba, ponerles como ropa de pascua y mandarles á paseo?.... Si Valentín se moría, ¿qué quedaba en el mundo? Obscuridad, ignorancia. Y para el padre, ¡qué golpe! Porque figurémosnos todos lo que sería D. Francisco cuando su hijo, ya hombre, empezase á figurar, á confundir á todos los sabios, á volver patas arriba la ciencia toda....! Torquemada sería en tal caso la segunda persona de la Humanidad, y sólo por la gloria de haber engendrado al gran matemático, sería cosa de plantarle en un trono. ¡Vaya un ingeniero que sería Valentín si viviese! Como que había de hacer unos ferrocarriles que irían de aquí á Pekín en cinco minutos, y globos para navegar por los aires, y barcos para andar por debajito del agua, y otras cosas nunca vistas ni siquiera soñadas. Y el planeta se iba á perder estas gangas por una estúpida sentencia de los que dan y quitan la vida..... Nada, nada, envidia, pura envidia. Allá arriba, en las invisibles cavidades de los altos cielos, alguien se había propuesto *fastidiar* á Torquemada. Pero..... pero..... ¿y si no fuese envidia, sino castigo? ¿Si se había dispuesto así para anonadar al tacaño cruel, al casero tiránico, al prestamista sin entrañas? ¡Ah! cuando esta idea entraba en turno, Torquemada sentía impulsos de correr hacia la pared más próxima y estrellarse contra ella. Pronto se reaccionaba y volvía sobre sí. No, no era castigo, no podía ser castigo, porque él no era malo, y si lo fué, ya se enmendaría. Era envidia, tirria y malquerencia que le tenían, por ser autor de tan soberana eminencia. Querían

truncarle su porvenir y arrebatarle aquella alegría y fortuna inmensa de sus últimos años..... Porque su hijo, si viviese, había de ganar muchísimo dinero, pero muchísimo, y de aquí la celestial intriga. Pero él (lo pensaba lealmente) renunciaría á las ganancias pecuniarias del hijo, con tal que le dejaran la gloria, ¡la gloria! pues para negocios, le bastaba con los suyos propios..... El último paroxismo de su exaltada mente fué renunciar á todo el *materialismo* de la ciencia del niño, con tal que le dejaran la gloria.

Cuando se quedó solo con él, Bailón le dijo que era preciso tuviese filosofía; y como Torquemada no entendiese bien el significado y aplicación de tal palabra, explanó la sibila su idea en esta forma: «Conviene resignarse, considerando nuestra pequeñez ante estas grandes evoluciones de la materia..... pues, ó substancia vital. Somos átomos, amigo D. Francisco, nada más que unos tontos de átomos. Respetemos las disposiciones del grandísimo Todo á que pertenecemos, y vengan penas. Para eso está la filosofía, ó, si se quiere, la religión: para hacer pecho á la adversidad. Pues si no fuera así, no podríamos vivir.» Todo lo aceptaba Torquemada menos resignarse. No tenía en su alma la fuente de donde tal consuelo pudiera salir, y ni siquiera lo comprendía. Como el otro, después de haber comido bien, insistiera en aquellas ideas, á Don Francisco se le pasaron ganas de darle un par de trompadas, destruyendo en un punto el perfil más enérgico que dibujara Miguel Ángel. Pero no hizo más que mirarle con ojos terroríficos, y el otro se asustó y puso punto en sus teologías.

Á prima noche, Quevedito y el otro médico hablaron á Torquemada en términos desconsoladores. Tenían poca ó ninguna esperanza, aunque no se atrevían á decir en absoluto que la habían perdido, y dejaban abierta la puer-

ta á las reparaciones de la naturaleza y á la misericordia de Dios. Noche horrible fué aquélla. El pobre Valentín se abrasaba en invisible fuego. Su cara encendida y seca, sus ojos iluminados por esplendor siniestro, su inquietud ansiosa, sus bruscos saltos en el lecho, cual si quisiera huir de algo que le asustaba, eran espectáculo tristísimo que oprimía el corazón. Cuando D. Francisco, transido de dolor, se acercaba á la abertura de las entornadas batientes de la puerta y echaba hacia dentro una mirada tímida, creía escuchar, con la respiración premiosa del niño, algo como el chirrido de su carne tostándose en el fuego de la calentura. Puso atención á las expresiones incoherentes del delirio, y le oyó decir: «*Equis elevado al cuadrado, menos uno, partido por dos, más cinco equis menos dos, partido por cuatro, igual equis por equis más dos, partido por doce..... Papá, papá, la característica del logaritmo de un entero tiene tantas unidades menos una como.....*» Ningún tormento de la Inquisición iguala al que sufría Torquemada oyendo estas cosas. Eran las pavesas del asombroso entendimiento de su hijo, revolando sobre las llamas en que éste se consumía. Huyó de allí por no oír la dulce vocecita, y estuvo más de media hora echado en el sofá de la sala, agarrándose con ambas manos la cabeza como si se le quisiese escapar. De improviso se levantó, sacudido por una idea; fué al escritorio donde tenía el dinero; sacó un cartucho de monedas que debían de ser calderilla, y vaciándoselo en el bolsillo del pantalón, púsose capa y sombrero, cogió el llavín, y á la calle.

Salió como si fuera en persecución de un deudor. Después de mucho andar, parábase en una esquina, miraba con azoramiento á una parte y otra, y vuelta á correr calle adelante, con paso de inglés tras de su víctima. Al compás de la marcha, sonaba en la pierna derecha el re-

tintín de las monedas..... Grandes eran su impaciencia y desazón por no encontrar aquella noche lo que otras le salía tan á menudo al paso, molestándole y aburriéndole. Por fin..... gracias á Dios..... acercósele un pobre. «Toma, hombre, toma: ¿dónde diablos os metéis esta noche? Cuando no hacéis falta, salís como moscas, y cuando se os busca para socorremos, nada.....» Apareció luego uno de esos mendigos decentes que piden, sombrero en mano, con lacrimosa cortesía. «Señor, un pobre cesante.—Tenga; tenga más. Aquí estamos los hombres caritativos para acudir á las miserias..... Dígame: ¿no me pidió usted noches pasadas? Pues sepa que no le dí porque iba muy de prisa. Y la otra noche y la otra tampoco le dí porque no llevaba suelto: lo que es voluntad la tuve, bien que la tuve.» Claro es que el cesante pordiosero se quedaba viendo visiones, y no sabía cómo expresar su gratitud. Más allá, salió de un callejón la fantasma. Era una mujer que pide en la parte baja de la calle de la Salud, vestida de negro, con un velo espeso que le tapa la cara. «Tome, tome, señora..... Y que me digan ahora que yo jamás he dado una limosna. ¿Le parece á usted qué calumnia? Vaya, que ya habrá usted reunido bastantes cuartos esta noche. Como que hay quien dice que pidiendo así, y con ese velo por la cara, ha reunido usted un capitalito. Retírese ya, que hace mucho frío..... y ruegue á Dios por mí.» En la calle del Carmen, en la de Preciados y Puerta del Sol, á todos los chiquillos que salían dió su perro por barba. «¡Eh! niño, ¿tú pides ó qué haces ahí, como un bobo?» Esto se lo dijo á un chicuelo que estaba arrimado á la pared, con las manos á la espalda, descalzos los pies, el pescuezo envuelto en una bufanda. El muchacho alargó la mano aterida. «Toma..... Pues qué, ¿no te decía el corazón que yo había de venir á socorrerte? ¿Tienes frío y

hambre? Toma más, y lárgate á tu casa, si la tienes. Aquí estoy yo para sacarte de un apuro, digo, para partir contigo un pedazo de pan, porque yo también soy pobre y más desgraciado que tú, ¿sabes? porque el frío, el hambre, se soportan; pero ¡ay! otras cosas.....» Apretó el paso sin reparar en la cara burlona de su favorecido, y siguió dando, dando, hasta que le quedaron pocas piezas en el bolsillo. Corriendo hacia su casa, en retirada, miraba al cielo, cosa en él muy contraria á la costumbre, pues si alguna vez lo miró para enterarse del tiempo, jamás, hasta aquella noche, lo había contemplado. ¡Cuantísima estrella! Y qué claras y resplandecientes, cada una en su sitio, hermosas y graves, millones de millones de miradas que no aciertan á ver nuestra pequeñez. Lo que más suspendía el ánimo del tacaño era la idea de que todo aquel cielo estuviese indiferente á su gran dolor, ó más bien ignorante de él. Por lo demás, como bonitas, ¡vaya si eran bonitas las estrellas! Las había chicas, medianas y grandes; algo así como pesetas, medios duros y duros. Al insigne prestamista le pasó por la cabeza lo siguiente: «Como se ponga bueno, me ha de ajustar esta cuenta: si acuñáramos todas las estrellas del cielo, ¿cuánto producirían al 5 por 100 de interés compuesto en los siglos que van desde que todo eso existe?»

Entró en su casa cerca de la una, sintiendo algún alivio en las congojas de su alma; se adormeció vestido, y á la mañana del día siguiente la fiebre de Valentín había remitido bastante. ¿Habría esperanzas? Los médicos no las daban sino muy vagas y subordinando su fallo al recargo de la tarde. El usurero, excitadísimo, se abrazó á tan débil esperanza como el náufrago se agarra á la flotante astilla. Viviría, ¡pues no había de vivir!

—Papá—le dijo Rufina llorando,—pídeselo á la Virgen del Carmen, y déjate de Humanidades.

—¿Crees tú?.... Por mí no ha de quedar. Pero te advierto que no habiendo buenas obras no hay que fiarse de la Virgen. Y acciones cristianas habrá, cueste lo que cueste: yo te lo aseguro. En las obras de misericordia está todo el intrínquilis. Yo vestiré desnudos, visitaré enfermos, consolaré tristes..... Bien sabe Dios que esa es mi voluntad, bien lo sabe..... No salgamos después con la peripecia de que no lo sabía..... Digo, como saberlo, lo sabe..... Falta que quiera.

Vino por la noche el recargo, muy fuerte. Los calomelanos y revulsivos no daban resultado alguno. Tenía el pobre niño las piernas abrasadas á sinapismos, y la cabeza hecha una lástima con las embrocaciones para obtener la erupción artificial. Cuando Rufina le cortó el pelito por la tarde, con objeto de despejar el cráneo, Torquemada oía los tijeretazos como si se los dieran á él en el corazón. Fué preciso comprar más hielo para ponérselo en vejigas en la cabeza, y después hubo que traer el iodoformo; recados que el *Peor* desempeñaba con ardiente actividad, saliendo y entrando cada poco tiempo. De vuelta á casa, ya anocheado, encontró, al doblar la esquina de la calle de Hita, un anciano mendigo y haraposo, con pantalones de soldado, la cabeza al aire, un andrajo de chaqueta por los hombros, y mostrando el pecho desnudo. Cara más venerable no se podría encontrar sino en las estampas del *Año cristiano*. Tenía la barba erizada y la frente llena de arrugas, como San Pedro, el cráneo terso, y dos rizados mechones blancos en las sienas. «Señor, señor—decía con el temblor de un frío intenso,—mire cómo estoy, míreme.» Torquemada pasó de largo, y se detuvo á poca distancia; volvió hacia atrás, estuvo un rato vacilando, y al fin siguió su camino. En el cerebro le fulguró esta idea: «Si conforme traigo la capa nueva, trajera la vieja.....»

VI.

Y al entrar en su casa:

—¡Maldito de mí! No debí dejar escapar aquel acto de cristiandad.

Dejó la medicina que traía, y, cambiando de capa, volvió á echarse á la calle. Al poco rato, Rufina, viéndole entrar en cuerpo, le dijo asustada:

—Pero, papá, ¡cómo tienes la cabeza!.... ¿En dónde has dejado la capa?

—Hija de mi alma—contestó el tacaño bajando la voz y poniendo una cara muy compungida,—tú no comprendes lo que es un buen rasgo de caridad, de humanidad..... ¿Preguntas por la capa? Ahí te quiero ver..... Pues se la he dado á un pobre viejo, casi desnudo y muerto de frío. Yo soy así: no me ando con bromas cuando me compadezco del pobre. Podré parecer duro algunas veces; pero como me ablande..... Veo que te asustas. ¿Qué vale un triste pedazo de paño?

—¿Era la nueva?

—No, la vieja..... Y ahora, créemelo, me remuerde la conciencia por no haberle dado la nueva..... y se me alborota también por habértelo dicho. La caridad no se debe pregonar.

No se habló más de aquello, porque de cosas más graves debían ambos ocuparse. Rendida de cansancio, Rufina no podía ya con su cuerpo: cuatro noches hacía que no se acostaba; pero su valeroso espíritu la sostenía siempre en pie, diligente y amorosa como una hermana de la caridad. Gracias á la asistenta que tenían en casa, la señorita podía descansar algunos ratos; y para ayudar á la asis-

tenta en los trabajos de la cocina, quedábase allí por las tardes la trapera de la casa, viejecita que recogía las basuras y los pocos desperdicios de la comida, *ab initio*, ó sea desde que Torquemada y Doña Silvia se casaron, y lo mismo había hecho en la casa de los padres de Doña Silvia. Llamábanla la *tía Roma*, no sé por qué (me inclino á creer que este nombre es corrupción de Jerónima); y era tan vieja, tan vieja y tan fea, que su cara parecía un puñado de telarañas revueltas con ceniza; su nariz de corcho ya no tenía forma; su boca redonda y sin dientes, menguaba ó crecía, según la distensión de las arrugas que la formaban. Más arriba, entre aquel revoltijo de piel polvorosa, lucían los ojos de pescado, dentro de un cerco de pimentón húmedo. Lo demás de la persona desaparecía bajo un envoltorio de trapos y dentro de una falda en la cual había aún restos de un traje de la madre de Doña Silvia, cuando era polla. Esta pobre mujer tenía gran apego á la casa, cuyas barreduras había recogido diariamente durante luengos años; tuvo en gran estimación á Doña Silvia, la cual nunca quiso dar á nadie más que á ella los huesos, mendrugos y piltrafas sobrantes; y amaba entrañablemente á los niños, principalmente á Valentín, delante de quien se prosternaba con admiración supersticiosa. Al verle con aquella enfermedad tan mala, que era, según ella, una reventazón del talento en la cabeza, la tía Roma no tenía sosiego: iba mañana y tarde á enterarse; penetraba en la alcoba del chico, y permanecía largo rato sentada junto al lecho, mirándole silenciosa, sus ojos como dos fuentes inagotables que inundaban de lágrimas los flácidos pellejos de la cara y pescuezo.

Salió la trapera del cuarto para volverse á la cocina, y en el comedor se encontró al amo que, sentado junto á la mesa y de bruces en ella, parecía entregarse á profundas

meditaciones. La tía Roma, con el largo trato y su metimiento en la familia, se tomaba confianzas con él. «Rece, rece—le dijo, poniéndosele delante y dando vueltas al pañuelo con que pensaba enjugar el llanto caudaloso,—rece, que buena falta le hace..... ¡Pobre hijo de mis entrañas, qué malito está!.... Mire, mire (señalando al encerado) las cosas tan guapas que escribió en ese bastidor negro. Yo no entiendo lo que dice..... pero á cuenta que dirá que debemos ser buenos..... ¡Sabe más ese ángel!.... Como que por eso Dios no nos le quiere dejar.....

—¿Qué sabes tú, tía Roma?—dijo Torquemada poniéndose lívido.—Nos le dejará. ¿Acaso piensas tú que yo soy tirano y perverso como creen los tontos y algunos perdidos, malos pagadores?.... Si uno se descuida, le forman una reputación injusta..... Pero Dios sabe la verdad..... Si he hecho ó no he hecho caridades en estos días, eso no es cuenta de nadie: no me gusta que me averigüen y pongan en carteles mis buenas acciones..... Reza tú también, reza mucho hasta que se te seque la boca, que tú debes de ser allá muy bien mirada, porque en tu vida has tenido una peseta..... Yo me vuelvo loco, y me pregunto qué culpa tengo yo de haber ganado algunos jeringados reales..... ¡Ay, tía Roma, si vieras cómo tengo mi alma! Pídele á Dios que se nos conserve Valentín, porque si se nos muere, yo no sé lo que pasará, yo me volveré loco, saldré á la calle y mataré á alguien. Mi hijo es mío, ¡puñales! y la gloria del mundo. ¡Al que me le quite....!

—¡Ay qué pena!—murmuró la vieja ahogándose.—Pero quién sabe..... puede que la Virgen haga el milagro..... yo se lo estoy pidiendo con muchísima devoción. Empuje usted por su lado, y prometa ser tan siquiera rigular.

—Pues por prometido no quedará..... Tía Roma, déja-

me..... déjame solo. No quiero ver á nadie. Me entiendo mejor solo con mi afán.

La anciana salió gimiendo, y D. Francisco, puestas ambas manos sobre la mesa, apoyó en ellas su frente ardorosa. Así estuvo no sé cuánto tiempo, hasta que le hizo variar de postura su amigo Bailón, dándole palmadas en el hombro y diciéndole: «No hay que amilanarse. Pongamos cara de vaqueta á la adversidad, y no permitamos que nos acoquine la muy..... Déjese para las mujeres la cobardía. Ante la Naturaleza, ante el sublime Conjunto, somos unos pedazos de átomos que no sabemos de la misa la media.

—Váyase usted al rábano con sus Conjuntos y sus papas,—le dijo Torquemada echando lumbre por los ojos.

Bailón no insistió; y juzgando que lo mejor era distraerle, apartando su pensamiento de aquellas sombrías tristezas, pasado un ratito le habló de cierto negocio que traía en la mollera.

Como quiera que el arrendatario de sus ganados asnales y cabríos hubiese rescindido el contrato, Bailón decidió explotar aquella industria en gran escala, poniendo un gran establecimiento de leches á estilo moderno, con servicio puntual á domicilio, precios arreglados, local elegante, teléfono, etc..... Lo había estudiado, y..... «Créame usted, amigo D. Francisco, es negocio seguro, mayormente si añadimos el ramo de vacas, porque en Madrid las leches.....

—Déjeme usted á mí de leches y de..... ¿Qué tengo yo que ver con burras ni con vacas?—gritó el *Peor* poniéndose en pie y mirándole con desprecio.—Me ve cómo estoy, ¡puñales! muerto de pena, y me viene á hablar de la condenada leche..... Hábleme de cómo se consigue que Dios nos haga caso cuando pedimos lo que necesitamos; háble-

me de lo que..... no sé cómo explicarlo..... de lo que significa ser bueno y ser malo..... porque, ó yo soy un zote, ó ésta es de las cosas que tienen más busilis.....

—¡Vaya si lo tienen, vaya si lo tienen, carambita!—dijo la sibila con expresión de suficiencia, moviendo la cabeza y entornando los ojos.

En aquel momento tenía el hombre actitud muy diferente de la de su similar en la Capilla Sixtina: sentado, las manos sobre el puño del bastón, éste entre las piernas, las piernas dobladas con igualdad, el sombrero caído para atrás, el cuerpo atlético desfigurado dentro del gabán de solapas aceitosas, los hombros y cuello plagados de caspa. Y sin embargo de estas prosas, el muy arrastrado se parecía al Dante y ¡había sido sacerdote en Egipto! Cosas de la pícara humanidad.....

—Vaya si lo tienen—repitió la sibila, preparándose á ilustrar á su amigo con una opinión cardinal.—¡Lo bueno y lo malo..... como quien dice, luz y tinieblas!

Bailón hablaba de muy distinta manera de como escribía. Esto es muy común. Pero aquella vez la solemnidad del caso exaltó tanto su magín, que se le vinieron á la boca los conceptos en la forma propia de su escuela literaria. «He aquí que el hombre vacila y se confunde ante el gran problema. ¿Qué es el bien? ¿Qué es el mal? Hijo mío, abre tus oídos á la verdad y tus ojos á la luz. El bien es amar á nuestros semejantes. Amemos y sabremos lo que es el bien. Aborrezcamos y sabremos lo que es el mal. Hagamos bien á los que nos aborrecen y las espinas se nos volverán flores. Esto dijo el Justo, esto digo yo..... Sabiduría de sabidurías, y ciencia de ciencia.»

—Sabidurías y armas al hombro—gruñó Torquemada con abatimiento.—Eso ya lo sabía yo..... pues lo de *al prójimo contra una esquina* siempre me ha parecido una

barbaridad. No hablemos más de eso..... No quiero pensar en cosas tristes. No digo más sino que si se me muere el hijo..... vamos, no quiero pensarlo..... si se me muere, lo mismo me da lo blanco que lo negro.....

En aquel momento oyóse un grito áspero, estridente, lanzado por Valentín, y que á entrambos los dejó suspensos de terror. Era el grito meníngeo, semejante al alarido del pavo real. Este extraño síntoma encefálico se había iniciado aquel día por la mañana, y revelaba el gravísimo y pavoroso curso de la enfermedad del pobre niño matemático. Torquemada se hubiera escondido en el centro de la tierra para no oír tal grito: metióse en su despacho sin hacer caso de las exhortaciones de Bailón, y dando á éste con la puerta en el hocico dantesco. Desde el pasillo le sintieron abriendo el cajón de su mesa; y al poco rato apareció guardando algo en el bolsillo interior de la americana. Cogió el sombrero, y sin decir nada se fué á la calle.

Explicaré lo que esto significaba y á dónde iba con su cuerpo aquella tarde el desventurado D. Francisco. El día mismo en que cayó malo Valentín, recibió su padre carta de un antiguo y sacrificado cliente ó deudor suyo, pidiéndole préstamo con garantía de los muebles de la casa. Las relaciones entre la víctima y el inquisidor databan de larga fecha, y las ganancias obtenidas por éste habían sido enormes, porque el otro era débil, muy delicado, y se dejaba desollar, freir y escabechar como si hubiera nacido para eso. Hay personas así. Pero llegaron tiempos penosísimos, y el señor aquél no podía recoger su papel. Cada lunes y cada martes, el *Peor* le embestía, le mareaba, le ponía la cuerda al cuello y tiraba muy fuerte, sin conseguir sacarle ni los intereses vencidos. Fácilmente se comprenderá la ira del tacaño al recibir la cartita pidiendo un

nuevo préstamo. ¡Qué atroz insolencia! Le habría contestado mandándole á paseo, si la enfermedad del niño no le trajera tan afligido y sin ganas de pensar en negocios. Pasaron dos días, y allá te va otra esquila angustiosa, de *in extremis*, como pidiendo la Unción. En aquellas cortas líneas en que la víctima invocaba los *hidalgos sentimientos* de su verdugo, se hablaba de un compromiso de honor, proponíanse las condiciones más espantosas, se pasaba por todo con tal de ablandar el corazón de bronce del usurero, y obtener de él la afirmativa. Pues cogió mi hombre la carta, y hecha pedazos la tiró á la cesta de papeles, no volviendo á acordarse más de semejante cosa. ¡Buena tenía él la cabeza para pensar en los compromisos y apuros de nadie, aunque fuera el mismísimo Verbo!

Pero llegó la ocasión aquélla antes descrita, el coloquio con la tía Roma y con D. José, el grito de Valentín, y he aquí que al judío le da como una corazonada, se le enciende en la mollera fuego de inspiración, trinca el sombrero y se va derecho en busca de su desdichado cliente. El cual era apreciable persona, sólo que de cortos alcances, con un familión sin fin, y una señora á quien le daba el hipo por lo elegante. Había desempeñado el tal buenos destinos en la Península y en Ultramar, y lo que trajo de allá, no mucho, porque era hombre de bien, se lo afaná el usurero en menos de un año. Después le cayó la herencia de un tío; pero como la señora tenía unos condenados *jueves* para reunir y agasajar á la mejor sociedad, el dinero de la herencia se escurría de lo lindo, y sin saber cómo ni cuándo, fué á parar al bolsón de Torquemada. Yo no sé qué demonios tenía el dinero de aquella casa, que era como un acero para correr hacia el imán del maldecido prestamista. Lo peor del caso es que aun después de hallarse la familia con el agua al pescuezo, todavía la taras-

ca aquélla tan *fashionable* encargaba vestidos á París, invitaba á sus amigas para un *five o'clock tea*, ó imaginaba cualquier otra majadería por el estilo.

Pues, señor, ahí va D. Francisco hacia la casa del señor aquél, que, á juzgar por los términos afflictivos de la carta, debía de estar á punto de caer, con toda su elegancia y sus tes, en los tribunales, y de exponer á la burla y á la deshonra un nombre respetable. Por el camino sintió el tacaño que le tiraban de la capa. Volvióse..... ¿y quién creéis que era? Pues una mujer que parecía la Magdalena por su cara dolorida y por su hermoso pelo, mal encubierto con pañuelo de cuadros rojos y azules. El palmito era de la mejor ley; pero muy ajado ya por fatigosas campañas. Bien se conocía en ella á la mujer que sabe vestirse, aunque iba en aquella ocasión hecha un pingo, casi indecente, con falda remendada, mantón de ala de mosca y unas botas..... ¡Dios, qué botas, y cómo desfiguraban aquel pie tan bonito!

—¡Isidora!.....—exclamó D. Francisco, poniendo cara de regocijo, cosa en él muy desusada.—¿Á dónde va usted con ese ajetreado cuerpo?

—Iba á su casa. Sr. D. Francisco, tenga compasión de nosotros..... ¿Por qué es usted tan tirano y tan de piedra? ¿No ve cómo estamos? ¿No tiene tan siquiera un poquito de humanidad?

—Hija de mi alma, usted me juzga mal..... ¿Y si yo le dijera ahora que iba pensando en usted..... que me acordaba del recado que me mandó ayer por el hijo de la portera..... y de lo que usted misma me dijo anteayer en la calle?

—Usted no se hace cargo de nuestra situación—dijo la mujer echándose á llorar.—Martín muriéndose..... el pobrecito..... en aquel buhardillón helado..... Ni cama, ni

medicinas, ni con qué poner un triste puchero para darle una taza de caldo..... ¡Qué dolor! D. Francisco, tenga cristiandad y no nos abandone. Cierto que no tenemos crédito; pero á Martín le quedan media docena de estudios muy bonitos..... Verá usted..... el de la sierra de Guadarrama, precioso..... el de La Granja, con aquellos arbolitos..... también, y el de..... qué sé yo qué. Todos muy bonitos. Se los llevaré..... pero no sea malo y compadézcase del pobre artista.....

—Eh..... eh..... no llore, mujer..... Mire que yo estoy montado á pelo..... tengo una aflicción dentro de mi alma, Isidora, que..... si sigue usted llorando, también yo soltaré el trapo. Váyase á su casa, y espéreme allí. Iré dentro de un ratito..... ¿Qué..... duda de mi palabra?

—¿Pero de veras que va? No me engañe, por la Virgen Santísima.

—¿Pero la he engañado yo alguna vez? Otra queja podrá tener de mí; pero lo que es esa.....

—¿Le espero de verdad?..... ¡Qué bueno será usted si va y nos socorre!..... ¡Martín se pondrá más contento cuando se lo diga!

—Váyase tranquila..... Aguárdeme, y mientras llego pídale á Dios por mí con todo el fervor que pueda.

VII.

No tardó en llegar á la casa del cliente, la cual era un principal muy bueno, amueblado con mucho lujo y elegancia, con *vistas á San Bernardino*. Mientras aguardaba á ser introducido, el *Peor* contempló el hermoso perchero y los soberbios cortinajes de la sala, que por la entornada

puerta se alcanzaban á ver, y tanta magnificencia le sugirió estas reflexiones: «En lo tocante á los muebles, como buenos, lo son..... vaya si lo son.» Recibióle el amigo en su despacho; y apenas Torquemada le preguntó por la familia, dejóse caer en una silla con muestras de gran consternación. «¿Pero qué le pasa?—le dijo el otro.—No me hable usted, no me hable usted, Sr. D. Juan. Estoy con el alma en un hilo..... ¡Mi hijo....!

—¡Pobrecito! Sé que está muy malo..... ¿Pero no tiene usted esperanzas?

—No, señor..... Digo, esperanzas, lo que se llama esperanzas..... No sé; estoy loco; mi cabeza es un volcán.....

—¡Sé lo que es eso!—observó el otro con tristeza.—He perdido dos hijos que eran mi encanto: el uno de cuatro años; el otro de once.

—Pero su dolor de usted no puede ser como el mío. Yo padre, no me parezco á los demás padres, porque mi hijo no es como los demás hijos: es un milagro de sabiduría..... ¡Ay, D. Juan, D. Juan de mi alma, tenga usted compasión de mí! Pues verá usted..... Al recibir su carta primera, no pude ocuparme..... La aflicción no me dejaba pensar..... Pero me acordaba de usted y decía: «Aquel pobre Don Juan, ¡qué amarguras estará pasando!.....» Recibo la segunda esquela, y entonces digo: «Ea, pues lo que es yo no le dejo en ese pantano. Debemos ayudarnos los unos á los otros en nuestras desgracias.» Así pensé; sólo que con la batahola que hay en casa, no tuve tiempo de venir ni de contestar..... Pero hoy, aunque estaba medio muerto de pena, dije: «Voy, voy al momento á sacar del purgatorio á ese buen amigo D. Juan.....» y aquí estoy para decirle que aunque me debe usted setenta y tantos mil reales, que hacen más de noventa con los intereses no percibidos, y aunque he tenido que darle varias prórro-

gas, y..... francamente..... me temo tener que darle alguna más, estoy decidido á hacerle á usted ese préstamo sobre los muebles para que evite la peripecia que se le viene encima.

—Ya está evitada—replicó D. Juan, mirando al prestamista con la mayor frialdad.—Ya no necesito el préstamo.

—¡Que no lo necesita!—exclamó el tacaño desconcertado.—Repáre usted una cosa, D. Juan. Se lo hago á usted..... al doce por ciento.

Y viendo que el otro hacía signos negativos, levantóse, y recogiendo la capa, que se le caía, dió algunos pasos hacia D. Juan, le puso la mano en el hombro y le dijo:

—Es que usted no quiere tratar conmigo, por aquello de si soy ó no soy agarrado. ¡Me parece á mí que un doce! ¡Cuándo las habrá visto usted más gordas!

—Me parece muy razonable el interés; pero, lo repito, ya no me hace falta.

—¿Se ha sacado usted el premio gordo, por vida de....! —exclamó Torquemada con grosería.—D. Juan, no gaste usted bromas conmigo..... ¿Es que duda de que le hable con seriedad? Porque eso de que no le hace falta..... ¡á usted! que sería capaz de tragarse, no digo yo este pico, sino la Casa de la Moneda enterita..... D. Juan, D. Juan, sepa usted, si no lo sabe, que yo también tengo mi humanidad como cualquiera, que me intereso por el prójimo y hasta que hago un favor á los que me aborrecen. Usted me aborrece, D. Juan, usted me aborrece, no me lo niegue, porque no me puede pagar: esto es claro. Pues bien: para que vea usted de lo que soy capaz, se lo doy al cinco..... ¡al cinco!

Y como el otro repitiera con la cabeza los signos negativos, Torquemada se desconcertó más, y alzando los bra-

zos, con lo cual dicho se está que la capa fué á parar al suelo, soltó esta andanada:

—¡Tampoco al cinco!.... Pues, hombre, menos que el cinco, ¡caracoles!.... á no ser que quiera que le dé también la camisa que llevo puesta..... ¿Cuándo se ha visto usted en otra?.... Pues no sé qué quiere el ángel de Dios..... De esta hecha, me vuelvo loco. Para que vea, para que vea hasta dónde llega mi generosidad: se lo doy sin interés.

—Muchas gracias, amigo D. Francisco. No dudo de sus buenas intenciones. Pero ya nos hemos arreglado. Viendo que usted no me contestaba, me fuí á dar con un pariente, y tuve ánimos para contarle mi triste situación. ¡Ojalá lo hubiera hecho antes!

—Pues aviado está el pariente..... Ya puede decir que ha hecho un pan como unas hostias..... Con muchos negocios de esos..... En fin, usted no lo ha querido de mí, usted se lo pierde. Vaya diciendo ahora que no tengo buen corazón. Quien no lo tiene es usted.....

—¿Yo? Esa sí que es salada.

—Sí, usted, usted (con despecho). En fin, me las guillo, que me aguardan en otra parte donde hago muchísima falta, donde me están esperando como agua de Mayo. Aquí estoy de más. Abur.....

Despidióle D. Juan en la puerta, y Torquemada bajó la escalera refunfuñando: «No se puede tratar con gente mal agradecida. Voy á entenderme con aquellos pobrecitos..... ¡Qué será de ellos sin mí!

No tardó en llegar á la otra casa, donde le aguardaban con tanta ansiedad. Era en la calle de la Luna, edificio de buena apariencia, que albergaba en el principal á un aristócrata, más arriba familias modestas, y en el techo un enjambre de pobres. Torquemada recorrió el pasillo obscuro buscando una puerta. Los números de éstas eran

inútiles, porque no se veían. La suerte fué que Isidora le sintió los pasos y abrió.

«¡Ah! vivan los hombres de palabra. Pase, pase.

Hallóse D. Francisco dentro de una estancia, cuyo inclinado techo tocaba al piso por la parte contraria á la puerta; arriba un ventanón con algunos de sus vidrios rotos, tapados con trapos y papeles; el suelo de baldosín, cubierto á trechos de pedazos de alfombra; á un lado un baúl abierto, dos sillas, un anafre con lumbre; á otro una cama, sobre la cual, entre mantas y ropas diversas, medio vestido y medio abrigado, yacía un hombre como de treinta años, guapo, de barba puntiaguda, ojos grandes, frente hermosa, demacrado y con los pómulos ligeramente encendidos, en las sienes una depresión verdosa, y las orejas transparentes como la cera de los ex-votos. Torquemada le miró sin contestar al saludo, y pensaba así: «El pobre está más tísico que la Traviatta. ¡Lástima de muchacho! Tan buen pintor y tan mala cabeza..... ¡Habría podido ganar tanto dinero!

—Ya ve usted, D. Francisco, cómo estoy..... con este catarrazo que no me quiere dejar. Siéntese..... cuánto le agradezco su bondad.

—No hay que agradecer nada..... Pues no faltaba más. ¡No nos manda Dios vestir á los enfermos, dar de beber al triste, visitar al desnudo..... ¡Ay! todo lo trabuco. ¡Qué cabeza!.... Decía que para aliviar las desgracias estamos los hombres de corazón blando..... sí, señor.

Miró las paredés del buhardillón, cubiertas en gran parte por multitud de estudios de paisajes, algunos con el cielo para abajo, clavados en la pared ó arrimados á ella.

«Bonitas cosas hay todavía por aquí.

—En cuanto suelte el constipado, voy á salir al campo —dijo el enfermo, los ojos iluminados por la fiebre.—

¡Tengo una idea, qué idea!.... Creo que me pondré bueno dentro de ocho ó diez días, si usted me socorre, D. Francisco; y en seguida al campo, al campo.....

—Al camposanto es á donde tú vas prontito—pensó Torquemada; y luego en alta voz:—Sí, eso es cuestión de ocho ó diez días..... nada más..... Luego, saldrá usted por ahí..... en un coche..... ¿Sabe usted que la buhardilla es fresquecita?.... ¡Caramba! Déjeme embozar en la capa.

—Pues asómbrese usted—dijo el enfermo incorporándose.—Aquí me he puesto algo mejor. Los últimos días que pasamos en el estudio..... que se lo cuente á usted Isidora..... estuve malísimo; como que nos asustamos, y.....

Le entró tan fuerte golpe de tos que parecía que se ahogaba. Isidora acudió á incorporarle, levantando las almohadas. Los ojos del infeliz parecía que se saltaban; sus deshechos pulmones agitábanse trabajosamente como fuelles rotos que no pueden expeler ni aspirar el aire; crispaba los dedos, quedando al fin postrado y como sin vida. Isidora le enjugó el sudor de la frente, puso en orden la ropa que por ambos lados del angosto lecho se caía, y le dió á beber un calmante.

—¡Pero qué pañmo tan atroz he cogido!....—exclamó el artista al reponerse del acceso.

—Habla lo menos posible—le aconsejó Isidora.—Yo me entenderé con D. Francisco: verás cómo nos arreglamos. Este D. Francisco es más bueno de lo que parece: es un santo disfrazado de diablo, ¿verdad?

Al reirse mostró su dentadura incomparable, una de las pocas gracias que le quedaban en su decadencia triste. Torquemada, echándose las de bondadoso, la hizo sentar á su lado y le puso la mano en el hombro, diciéndole: «Ya lo creo que nos arreglaremos..... Como que con usted se puede entender uno fácilmente, porque usted, Isidorita,

no es como esas otras mujeronas que no tienen educación. Usted es una persona decente que ha venido á menos, y tiene todo el aquél de persona fina, como hija neta de marqueses..... Bien lo sé..... y que le quitaron la posición que le corresponde, esos pillos de la curia.....

—¡Ay, Jesús!—exclamó Isidora, exhalando en un suspiro todas las remembranzas tristes y alegres de su novelesco pasado.—No hablemos de eso..... Pongámonos en la realidad. D. Francisco, ¿se ha hecho cargo de nuestra situación? Á Martín le embargaron el estudio. Las deudas eran tantas, que no pudimos salvar más que lo que usted ve aquí. Después hemos tenido que empeñar toda su ropa y la mía para poder comer..... No me queda más que lo puesto..... ¡mire usted qué facha! y á él nada, lo que ve usted sobre la cama. Necesitamos desempeñar lo preciso; tomar una habitacioncita más abrigada, la del tercero, que está con papeles; encender lumbre, comprar medicinas, poner siquiera un buen cocido todos los días..... Un señor de la beneficencia domiciliaria me trajo ayer dos bonos, y me mandó ir allá, á donde está la oficina; pero tengo vergüenza de presentarme con esta facha..... Los que hemos nacido en cierta posición, Sr. D. Francisco, por mucho que caigamos, nunca caemos hasta lo hondo..... Pero vamos al caso: para todo eso que le he dicho, y para que Martín se reponga y pueda salir al campo, necesitamos tres mil reales..... y no digo cuatro porque no se asuste. Es lo último. Sí, D. Francisquito de mi alma, y confiamos en su buen corazón.....

—¡Tres mil reales!—dijo el usurero poniendo la cara de duda reflexiva que para los casos de benevolencia tenía; cara que era ya en él como una fórmula dilatoria, de las que se usan en diplomacia.—¡Tres mil realetes!.... Hija de mi alma, mire usted.

Y haciendo con los dedos pulgar é índice una perfecta rosquilla, se la presentó á Isidora, y prosiguió así: «No sé si podré disponer de los tres mil reales en el momento. De todos modos, me parece que podrían ustedes arreglarse con menos. Piénselo bien, y ajuste sus cuentas. Yo estoy decidido á protegerles y ayudarles para que mejoren de suerte..... Llegaré hasta el sacrificio y hasta quitarme el pan de la boca para que ustedes maten el hambre; pero..... pero reparen que debo mirar también por mis intereses.....»

—Pongamos el interés que quiera, D. Francisco,—dijo con énfasis el enfermo, que por lo visto deseaba acabar pronto.

—No me refiero al materialismo del rédito del dinero, sino á mis intereses, claro, á mis intereses. Y doy por hecho que ustedes piensan pagarme algún día.

—Pues claro,—replicaron á una Martín é Isidora.

Y Torquemada para su colete: «El día del Juicio por la tarde me pagaréis: ya sé que éste es dinero perdido.

El enfermo se incorporó en su lecho, y con cierta exaltación dijo al prestamista:

—Amigo, ¿cree usted que mi tía, la que está en Puerto-Rico, ha de dejarme en esta situación cuando se entere? Ya estoy viendo la letra de cuatrocientos ó quinientos pesos que me ha de mandar. Le escribí por el correo pasado.

—Como no te mande tu tía quinientos puñales—pensó Torquemada. Y en voz alta:—Y alguna garantía me han de dar ustedes también..... digo, me parece que.....»

—¡Toma! los estudios. Escoja los que quiera.

Echando en redondo una mirada pericial, Torquemada explanó su pensamiento en esta forma: «Bueno, amigos míos: voy á decirles una cosa que les va á dejar turulatos. Me he compadecido de tanta miseria; yo no puedo ver una desgracia semejante sin acudir al instante á reme-

diarla. ¡Ah! ¿qué idea teníais de mí? Porque otra vez me debieron un pico y les apuré y les ahogué, ¿creen que soy de mármol? Tontos, era porque entonces les ví triunfando y gastando, y francamente, el dinero que yo gano con tanto afán no es para tirado en francachelas. No me conocéis, os aseguro que no me conocéis. Comparen la tiranía de esos chupones que les embargaron el estudio y os dejaron en cueros vivos; comparen eso, digo, con mi generosidad, y con este corazón tierno que me ha dado Dios..... Soy tan bueno, tan bueno, que yo mismo me tengo que alabar y darme las gracias por el bien que hago. Pues verán qué golpe. Mirad.....

Volvió á aparecer la rosquilla, acompañada de estas graves palabras: «Les voy á dar los tres mil reales, y se los voy á dar ahora mismo..... pero no es eso lo más gordo, sino que se los voy á dar sin intereses..... Qué tal, ¿es esto rasgo ó no es rasgo?

—D. Francisco—exclamó Isidora con efusión,—déjeme que le dé un abrazo.

—Y yo le daré otro si viene acá,—gritó el enfermo queriendo echarse de la cama.

—Sí, vengan todos los cariños que queráis—dijo el tacaño, dejándose abrazar por ambos.—Pero no me alaben mucho, porque estas acciones son deber de toda persona que mire por la Humanidad, y no tienen gran mérito..... Abrácenme otra vez, como si fuera vuestro padre, y compadézcanme, que yo también lo necesito..... En fin, que se me saltan las lágrimas si me descuido, porque soy tan compasivo..... tan.....

—D. Francisco de mis entretelas—declaró el tísico arropándose bien otra vez con aquellos andrajos,—es usted la persona más cristiana, más completa y más humanitaria que hay bajo el sol. Isidora, trae el tintero, la

pluma y el papel sellado que compraste ayer, que voy á hacer un pagaré.

La otra le llevó lo pedido; y mientras el desgraciado joven escribía, Torquemada, meditabundo y con la frente apoyada en un solo dedo, fijaba en el suelo su mirar reflexivo. Al coger el documento que Isidora le presentaba, miró á sus deudores con expresión paternal, y echó el registro afeminado y dulzón de su voz para decirles: «Hijos de mi alma, no me conocéis, repito que no me conocéis. Pensáis sin duda que voy á guardarme este pagaré..... Sois unos bobalicones. Cuando yo hago una obra de caridad, allá te va de veras, con el alma y con la vida. No os presto los tres mil reales, os los regalo, por vuestra linda cara. Mirad lo que hago, ras, ras.....

Rompió el papel. Isidora y Martín lo creyeron porque lo estaban viendo, que si no, no lo hubieran creído.

«Eso se llama hombre cabal..... D. Francisco, muchísimas gracias,—dijo Isidora conmovida. Y el otro, tapándose la boca con las sábanas para contener el acceso de tos que se iniciaba:

—¡María Santísima, qué hombre tan bueno!

—Lo único que haré—dijo D. Francisco levantándose y examinando de cerca los cuadros,—es aceptar un par de estudios, como recuerdo..... Éste de las montañas nevadas y aquél de los burros pastando..... Mire usted, Martín, también me llevaré, si le parece, aquella marinita y este puente con hiedra.....

Á Martín le había entrado el acceso y se asfixiaba. Isidora, acudiendo á auxiliarle, dirigió una mirada furtiva á las tablas y al escrutinio y elección que de ellas hacía el aprovechado prestamista.

—Los acepto como recuerdo—dijo éste apartándolos;—y si les parece bien, también me llevaré este otro.....

Una cosa tengo que advertirles: si temen que con las mudanzas se estropeen estas pinturas, llévenmelas á casa, que allí las guardaré y pueden recogerlas el día que quieran..... Vaya, ¿va pasando esa condenada tos? La semana que entra ya no toserá usted nada, pero nada. Irá usted al campo..... allá por el puente de San Isidro..... Pero ¡qué cabeza la mía....! se me olvidaba lo principal, que es darles los tres mil reales..... Venga acá, Isidorita, entérese bien..... Un billete de cien pesetas, otro, otro..... (Los iba contando y mojaba los dedos con saliva á cada billete, para que no se pegaran.) Setecientas pesetas..... No tengo billete de cincuenta, hija. Otro día lo daré. Tienen ahí ciento cuarenta duros, ó sean dos mil ochocientos reales.....

VIII.

Al ver el dinero, Isidora casi lloraba de gusto y el enfermo se animó tanto que parecía haber recobrado la salud. ¡Pobrecillos, estaban tan mal, habían pasado tan horribles escaseces y miserias! Dos años antes se conocieron en casa de un prestamista que á entrambos les desollaba vivos. Se confiaron su situación respectiva, se compadecieron y se amaron. Aquella misma noche durmió Isidora en el estudio. El desgraciado artista y la mujer perdida hicieron el pacto de fundir sus miserias en una sola, y de ahogar sus penas en el dulce licor de una confianza enteramente conyugal. El amor les hizo llevadera la desgracia. Se casaron en el ara del amancebamiento, y á los dos días de unión, se querían de veras y hallábanse dispuestos á morir juntos y á partir lo poco bueno y lo

mucho malo que la vida pudiera traerles. Lucharon contra la pobreza, contra la usura, y sucumbieron sin dejar de quererse: él siempre amante, solícita y cariñosa ella, ejemplo ambos de abnegación, de esas altas virtudes que se esconden avergonzadas para que no las vean la ley y la religión, como el noble haraposo se esconde de sus iguales bien vestidos.

Volvió á abrazarles Torquemada, diciéndoles con melosa voz: «Hijos míos, sed buenos y que os aproveche el ejemplo que os doy. Favoreced al pobre, amad al prójimo, y así como yo os he compadecido, compadecedme á mí, porque soy muy desgraciado.

—Ya sé—dijo Isidora, desprendiéndose de los brazos del avaro,—que tiene usted al niño malo. ¡Pobrecito! Verá usted cómo se le pone bueno ahora.....

—¡Ahora! ¿Por qué ahora?—preguntó Torquemada con ansiedad muy viva.

—Pues..... qué sé yo..... Me parece que Dios le ha de favorecer, le ha de premiar sus buenas obras.....

—¡Oh! si mi hijo se muere—afirmó D. Francisco con desesperación,—no sé qué va á ser de mí.

—No hay que hablar de morirse—gritó el enfermo, á quien la posesión de los santos cuartos había despabilado y excitado cual si fuera una toma del estimulante más enérgico.—¿Qué es eso de morirse? Aquí no se muere nadie. D. Francisco, el niño no se muere. Pues no faltaba más. ¿Qué tiene? ¿Meningitis? Yo tuve una muy fuerte á los diez años; y ya me daban por muerto, cuando entré en reacción, y viví, y aquí me tiene usted dispuesto á llegar á viejo, y llegaré, porque lo que es el catarro, ahora lo largo. Vivirá el niño, D. Francisco, no tenga duda, vivirá.

—Vivirá—repitió Isidora:—yo se lo voy á pedir á la Virgencita del Carmen.

—Sí, hija, á la Virgen del Carmen—dijo Torquemada llevándose el pañuelo á los ojos.—Me parece bien. Cada uno empuje por su lado, á ver si entre todos.....

El artista, loco de contento, quería comunicárselo al atribulado padre, y medio se echó de la cama para decirle: «D. Francisco, no llore, que el chico vive..... Me lo dice el corazón, me lo dice una voz secreta..... Viviremos todos y seremos felices.

—¡Ay, hijo de mi alma!—exclamó el *Peor*; y abrazándole otra vez:—Dios le oiga á usted. ¡Qué consuelo tan grande me da!

—También usted nos ha consolado á nosotros. Dios se lo tiene que premiar, se lo tiene que premiar. Viviremos, sí, sí. Mire, mire: el día en que yo pueda salir, nos vamos todos al campo, el niño también, de merienda. Isidora nos hará la comida, y pasaremos un día muy agradable, celebrando nuestro restablecimiento.

—Iremos, iremos—dijo el tacaño con efusión, olvidándose de lo que antes había pensado respecto al *campo* á que iría Martín muy pronto.—Sí, y nos divertiremos mucho, y daremos limosnas á todos los pobres que nos salgan..... ¡Qué alivio siento en mi interior desde que he hecho ese beneficio!..... No, no me lo alaben..... Pues verán, se me ocurre que aún les puedo hacer otro mucho mayor.

—¿Cuál?..... Á ver, D. Francisquito.

—Pues se me ha ocurrido..... no es idea de ahora, que la tengo hace tiempo..... Se me ha ocurrido que si la Isidora conserva los papeles de su herencia y sucesión de la casa de Aransis, hemos de intentar sacar eso.....

Isidora le miró entre aturdida y asombrada. «¿Otra vez eso?—fué lo único que dijo.

—Sí, sí, tiene razón D. Francisco—afirmó el pobre tísico, que estaba de buenas, entregándose con embriaguez

á un loco optimismo.—Se intentará..... Eso no puede quedar así.

—Tengo el recelo—añadió Torquemada,—de que los que intervinieron en la acción la otra vez no anduvieron muy listos, ó se vendieron á la marquesa vieja..... Lo hemos de ver, lo hemos de ver.

—En quantito que yo suelte el catarro. Isidora, mi ropa; ve al momento á traer mi ropa, que me quiero levantar..... ¡Qué bien me siento ahora!..... Me dan ganas de ponerme á pintar, D. Francisco. En cuanto el niño se levante de la cama, quiero hacerle el retrato.

—Gracias, gracias..... sois muy buenos..... los tres somos muy buenos, ¿verdad? Venga otro abrazo, y pedid á Dios por mí. Tengo que irme, porque estoy con una zozobra que no puedo vivir.

—Nada, nada, que el niño está mejor, que se salva—repitió el artista cada vez más exaltado.—Si le estoy viendo, si no me puedo equivocar.

Isidora se dispuso á salir, con parte del dinero, camino de la casa de préstamos; pero al pobre artista le acometió la tos y disnea con mayor fuerza, y tuvo que quedarse. D. Francisco se despidió con las expresiones más cariñosas que sabía, y cogiendo los cuadritos salió con ellos debajo de la capa. Por la escalera iba diciendo: «¡Vaya que es bueno ser bueno!..... Siento en mi interior una cosa, un consuelo.....! ¡Si tendrá razón Martín! ¡Si se me pondrá bueno aquel pedazo de mi vida!..... Vamos corriendo allá. No me fío, no me fío. Este pobrecico tiene las ilusiones de los tísicos en último grado. Pero ¡quién sabe! se engaña de seguro respecto á sí mismo, y acierta en lo demás. Á donde él va pronto es al nicho..... Pero estos moribundos tienen doble vista, y puede que haya *visto* la mejoría de Valentín..... Voy corriendo, corriendo. ¡Cuánto

me estorban estos malditos cuadros! ¡No dirán ahora que soy tirano y judío, pues rasgos de estos entran pocos en libra!.... No me dirán que me cobro en cuadros, pues por estos apuntes, en venta, no me darían ni la mitad de lo que les dí. Verdad que si se muere valdrán más, porque aquí, cuando un artista está vivo, nadie le hace maldito caso, y en cuanto se muere de miseria ó de cansancio, le ponen en las nubes, le llaman genio y qué se yo qué..... Me parece que no llego nunca á mi casa. ¡Qué lejos está, estando tan cerca!

Subió de tres en tres peldaños la escalera de su casa, y le abrió la puerta la tía Roma, disparándole á boca de jarro estas palabras: «Señor, el niño parece que está un poquito más tranquilo.» Oírlo D. Francisco y soltar los cuadros y abrazar á la vieja, fué todo uno. La trapera lloraba, y el *Peor* le dió tres besos en la frente. Después fué derechito á la alcoba del enfermo y miró desde la puerta. Rufina se abalanzó hacia él para decirle: «Está desde medio día más sosegadito..... ¿Ves? parece que duerme el pobre ángel. Quién sabe..... Puede que se salve. Pero no me atrevo á tener esperanzas, no sea que las perdamos esta tarde.»

Torquemada no cabía en sí de sobresalto y ansiedad. Estaba el hombre con los nervios tirantes, sin poder estarse quieto ni un solo momento, tan pronto con ganas de echarse á llorar como de soltar la risa. Iba y venía del comedor á la puerta de la alcoba, de ésta á su despacho, y del despacho al gabinete. En una de estas volteretas, llamó á la tía Roma, y metiéndose con ella en la alcoba la hizo sentar, y le dijo:

—Tía Roma, ¿crees tú que se salva el niño?

—Señor, será lo que Dios quiera, y nada más. Yo se lo he pedido anoche y esta mañana á la Virgen del Carmen,

con tanta devoción que más no puede ser, llorando á mo-
co y baba. ¿No me ve cómo tengo los ojos?

—¿Y crees tú....?

—Yo tengo esperanza, señor. Mientras no sea cadáver, esperanzas ha de haber, aunque digan los médicos lo que dijeren. Si la Virgen lo manda, los médicos se van á ha-
cer puñales..... Otra: anoche me quedé dormida rezando, y me pareció que la Virgen bajaba hasta delantito de mí y que me decía que sí con la cabeza..... Otra, ¿no ha re-
zado usted?

—Sí, mujer; ¡qué preguntas haces! Voy á decirte una cosa importante. Verás.

Abrió un vargueño, en cuyos cajoncillos guardaba pa-
peles y alhajas de gran valor que habían ido á sus manos en garantía de préstamos usurarios. Algunas no eran to-
davía suyas, otras sí. Un rato estuvo abriendo estuches, y á la tía Roma, que jamás había visto cosa semejante, se le encandilaban los ojos de pez con los resplandores que de las cajas salían. Eran, según ella, esmeraldas como nueces, diamantes que arrojaban pálidos rayos, rubíes como pepitas de granada, y oro finísimo, oro de la mejor ley, que valía cientos de miles..... Torquemada, después de abrir y cerrar estuches, encontró lo que buscaba: una perla enorme, del tamaño de una avellana, de hermosísimo oriente; y cogiéndola entre los dedos la mostró á la vieja.

—¿Qué te parece esta perla, tía Roma?

—Bonita de veras. Yo no lo entiendo. Valdrá miles de millones. ¿Verdá usted?

—Pues esta perla—dijo Torquemada en tono triunfal, —es para la señora Virgen del Carmen. Para ella es, si pone bueno á mi hijo. Te la enseño, y pongo en tu conocimiento la intención, para que se lo digas. Si se lo digo yo, de seguro no me lo cree.

—D. Francisco (mirándole con profunda lástima), usted está malo de la jícara. Dígame, por su vida, ¿para qué quiere ese requilorio la Virgen del Carmen?

—Toma, para que se lo pongan el día de su santo, el 16 de Julio. ¡Pues no estará poco maja con esto! Fué regalo de boda de la excelentísima señora marquesa de Tellería. Créelo, como ésta hay pocas.

—Pero, D. Francisco, ¿usted piensa que la Virgen le va á conceder.....! paice bobo..... ¡por ese piazo de cualquier cosa!

—Mira qué oriente. Se puede hacer un alfiler y ponérselo á ella en el pecho, ó al Niño.

—¡Un rayo! ¡Valiente caso hace la Virgen de perlas y pindonguerías!.... Créame á mí: véndala y dele á los pobres el dinero.

—Mira tú, no es mala idea—dijo el tacaño guardando la joya.—Tú sabes mucho. Seguiré tu consejo, aunque, si he de serte franco, eso de dar á los pobres viene á ser una tontería, porque cuanto les das se lo gastan en aguardiente. Pero ya lo arreglaremos de modo que el dinero de la perla no vaya á parar á las tabernas..... Y ahora quiero hablarte de otra cosa. Pon muchísima atención: ¿te acuerdas de cuando mi hija, paseando una tarde por las afueras con Quevedo y las de Morejón, fué á dar allá, por donde tú vives, hacia los Tejares del Aragonés, y entró en tu choza y vino contándome, horrorizada, la pobreza y escasez que allí vió? ¿Te acuerdas de eso? Contóme Rufina que tu vivienda es un cubil, una inmundicia hecha con adobes, tablas viejas y planchas de hierro, el techo de paja y tierra; me dijo que ni tú ni tus nietos tenéis cama, y dormís sobre un montón de trapos; que los cerdos y las gallinas que criáis con la basura son allí las personas, y vosotros los animales. Sí, Rufina me contó esto, y yo debí te-

nerte lástima y no te la tuve. Debí regalarte una cama, pues nos has servido bien; querías mucho á mi mujer, quieres á mis hijos, y en tantos años que entras aquí, jamás nos has robado ni el valor de un triste clavo. Pues bien, si entonces no se me pasó por la cabeza socorrerte, ahora sí.

Diciendo esto, se aproximó al lecho y dió en él un fuerte palmetazo con ambas manos, como el que se suele dar para sacudir los colchones al hacer las camas.

—Tía Roma, ven acá, toca aquí. Mira qué blandura. ¿Ves este colchón de lana encima de un colchón de muelles? Pues es para tí, para tí, para que descanses tus huesos duros y te espatarres á tus anchas.

Esperaba el tacaño una explosión de gratitud por dádi-va tan espléndida, y ya le parecía estar oyendo las bendiciones de la tía Roma, cuando ésta salió por un registro muy diferente. Su cara telarañosa se dilató, y de aquellas úlceras con vista que se abrían en el lugar de los ojos, salió un resplandor de azoramiento y susto, mientras volvía la espalda al lecho, dirigiéndose hacia la puerta.

—Quite, quite allá—dijo,—vaya con lo que se le ocurre..... ¡Darme á mí los colchones, que ni tan siquiera caben por la puerta de mi casa!.... Y aunque cupieran..... ¡rayo! A cuenta que he vivido tantismos años durmiendo en duro como una reina, y en estas blanduras no pegaría los ojos. Dios me libre de tenderme ahí. ¿Sabe lo que le digo? Que quiero morirme en paz. Cuando venga la de la cara fea me encontrará sin una mota, pero con la conciencia como los chorros de la plata. No, no quiero los colchones, que dentro de ellos está su idea..... porque aquí duermo usted, y por la noche, cuando se pone á cavilar, las ideas se meten por la tela adentro y por los muelles, y ahí estarán como las chinches cuando no hay limpieza. ¡Rayo con el hombre, y la que me quería encajar!....

Accionaba la viejecilla de una manera tan gráfica, expresando tan bien, con el mover de las manos y de los flexibles dedos, cómo la cama del tacaño se contaminaba de sus ruines pensamientos, que Torquemada la oía con verdadero furor, asombrado de tanta ingratitud; pero ella, firme y arisca, continuó despreciando el regalo: «Pos vaya un premio gordo que me caía, Santo Dios..... Pa que yo durmiera en eso! Ni que estuviera boba, D. Francisco. Pa que á media noche me salga toda la gusanera de las ideas de usted, y se me meta por oídos y por ojos, volviéndome loca y dándome una mala muerte..... Porque, bien lo sé yo..... á mí no me la da usted..... ahí dentro, ahí dentro, están todos sus pecados, la guerra que le hace al pobre, su tacañería, los réditos que mama, y todos los números que le andan por la sesera para ajuntar dinero..... Si yo me durmiera ahí, á la hora de la muerte me saldrían por un lado y por otro unos sapos con la boca muy grande, unos culebrones asquerosos que se me enroscarían en el cuerpo, unos diablos muy feos con bigotazos y con orejas de murciélago, y me cogerían entre todos para llevarme á rastras á los infiernos. Váyase al rayo, y guárdese sus colchones, que yo tengo un camastro hecho de sacos de trapo, con una manta por encima, que es la gloria divina..... Ya lo quisiera usted..... Aquello sí que es rico para dormir á pierna suelta.....

—Pues dámelo, dámelo, tía Roma—dijo el avaro con aflicción.—Si mi hijo se salva, me comprometo á dormir en él lo que me queda de vida, y á no comer más que las bazofias que tú comes.

—Á buenas horas y con sol. Usted quiere ahora poner un puño en el cielo. ¡Ay, señor, á cada paje su ropaje! Á usted le sienta eso como á la burra las arracadas. Y todo ello es porque está afligido; pero si se pone bueno el niño,

volverá usted á ser más malo que Holofernes. Mire que ya va para viejo; mire que el mejor día se le pone delante la de la cara pelada, y á esa sí que no le da usted el timo.

—¿Pero de dónde sacas tú, estampa de la basura—replicó Torquemada con ira, agarrándola por el pescuezo y sacudiéndola,—de dónde sacas tú que yo soy malo, ni lo he sido nunca?

—Déjeme, suélteme, no me menee, que no soy ninguna pandereta. Mire que soy más vieja que Jerusalén y he visto mucho mundo, y le conozco á usted desde que se quiso casar con la Silvia. Y bien le aconsejé á ella que no se casara..... y bien le anuncié las hambres que había de pasar. Ahora que está rico no se acuerda de cuando empezaba á ganarlo. Yo sí me acuerdo, y me paice que fué ayer cuando le contaba los garbanzos á la cuitada de Silvia, y todo lo tenía usted bajo llave, y la pobre estaba descomida, trashijada y ladrando de hambre. Como que si no es por mí, que le traía algún huevo de ocultis, se hubiera muerto cien veces. ¿Se acuerda de cuando se levantaba usted á media noche para registrar la cocina á ver si descubría algo de condumio, que la Silvia hubiera escondido para comérselo sola? ¿Se acuerda de cuando encontró un pedazo de jamón en dulce y un medio pastel que me dieron á mí en cas de la marquesa y que yo le traje á la Silvia para que se lo zampara ella sola, sin darle á usted ni tanto así? ¿Recuerda que al otro día estaba usted hecho un león, y que cuando entré, me tiró al suelo y me estuvo pateando? Y yo no me enfadé, y volví, y todos los días le traía algo á la Silvia. Como usted era el que iba á la compra, no le podíamos sisar, y la infeliz no tenía una triste chambra que ponerse. Era una mártira, D. Francisco, una mártira; y usted guardando el dinero y dándolo á peseta por duro al mes. Y mientras tanto, no

comían más que mojama cruda con pan seco y ensalada. Gracias que yo partía con ustedes lo que me daban en las casas ricas, y una noche, ¿se acuerda? traje un hueso de jabalí, que lo estuvo usted echando en el puchero seis días seguidos, hasta que se quedó más seco que su alma puñalera. Yo no tenía obligación de traer nada: lo hacía por la Silvia, á quien cogí en brazos cuando nació de señá Rufinica, la del callejón del Perro. Y lo que á usted le ponía furioso era que yo le guardase las cosas á ella y no se las diera á usted, ¡un rayo! Como si tuviera yo obligación de llenarle á usted el buche, perro, más que perro..... Y dígame ahora, ¿me ha dado alguna vez el valor de un real? Ella sí me daba lo que podía, á la chita callando; pero usted, el muy capigorrón, ¿qué me ha dado? Clavos torcidos, y las barreduras de la casa. ¡Véngase ahora con jipíos y farsa!..... Valiente caso le van á hacer.

—Mira, vieja de todos los demonios—le dijo Torquemada furioso,—por respeto á tu edad no te reviento de una patada. Eres una embustera, una diabla, con todo el cuerpo lleno de mentiras y enredos. Ahora te da por desacreditarme, después de haber estado más de veinte años comiendo mi pan. ¡Pero si te conozco, zurrón de veneno; si eso que has dicho, nadie te lo va á creer, ni arriba ni abajo! El demonio está contigo, y maldita tú eres entre todas las brujas y esperpentos que hay en el cielo..... digo, en el infierno.

IX.

Estaba el hombre fuera de sí, delirante; y sin echar de ver que la vieja se había largado á buen paso de la habitación, siguió hablando como si delante la tuviera.

«Espantajo, madre de las telarañas, si te cojo, verás..... ¡Desacreditarme así!» Iba de una parte á otra en la estrecha alcoba, y de ésta al gabinete, cual si le persiguieran sombras; daba cabezadas contra la pared, algunas tan fuertes que resonaban en toda la casa.

Caía la tarde, y la obscuridad reinaba ya en torno del infeliz tacaño, cuando éste oyó claro y distinto el grito de pavo real que Valentín daba en el paroxismo de su altísima fiebre. «¡Y decían que estaba mejor!..... Hijo de mi alma..... Nos han vendido, nos han engañado.

Rufina entró llorando en la estancia de la fiera, y le dijo: «¡Ay, papá, qué malito se ha puesto; pero ¡qué malito!

—¡Ese trasto de Quevedo!—gritó Torquemada llevándose un puño á la boca y mordiéndoselo con rabia.—Le voy á sacar las entrañas..... Él nos le ha matado.

—Papá, por Dios, no seas así..... No te rebeles contra la voluntad de Dios..... Si Él lo dispone.....

—Yo no me rebelo ¡puñales! yo no me rebelo. Es que no quiero, no quiero dar á mi hijo, porque es mío, sangre de mi sangre y hueso de mis huesos.....

—Resígnate, resígnate, y tengamos conformidad,—exclamó la hija, hecha un mar de lágrimas.

—No puedo, no me da la gana de resignarme. Esto es un robo..... Envidia, pura envidia. ¿Qué tiene que hacer Valentín en el cielo? Nada, digan lo que dijeren, pero nada..... Dios, ¡cuánta mentira, cuánto embuste! Que si cielo, que si infierno, que si Dios, que si diablo, que si..... tres mil rábanos. Y la muerte, esa muy pindonga de la muerte, que no se acuerda de tanto pillo, de tanto imbécil, y se le antoja mi niño, por ser lo mejor que hay en el mundo..... Todo está mal, y el mundo es un asco, una grandísima porquería.

Rufina se fué y entró Bailón, trayéndose una cara muy compungida. Venía de ver al enfermito, que estaba ya agonizando, rodeado de algunas vecinas y amigos de la casa. Disponíase el clerizonte á confortar al afligido padre en aquel trance doloroso, y empezó por darle un abrazo, diciéndole con empañada voz: «Valor, amigo mío, valor. En estos casos se conocen las almas fuertes. Acuértese usted de aquel gran filósofo que espiró en una cruz dejando consagrados los principios de la Humanidad.

—Qué principios ni qué..... ¿Quiere usted marcharse de aquí, so chinche?.... Vaya que es de lo más pelmazo y cargante y apestoso que he visto. Siempre que estoy angustiado me sale con esas retóricas.

—Amigo mío, mucha calma. Ante los designios de la Naturaleza, de la Humanidad, del gran Todo, ¿qué puede el hombre? ¡El hombre! esa hormiga; menos aún, esa pulga..... todavía mucho menos.

—Ese coquito..... menos aún, ese..... ¡puñales!—agregó Torquemada con sarcasmo horrible, remedando la voz de la sibila y enarbolando después el puño cerrado.—Si no se calla le rompo la cara..... Lo mismo me da á mí el grandísimo todo que la grandísima nada y el muy piojoso que la inventó. Déjeme, suélteme, por la condenada alma de su madre, ó.....

Entró Rufina otra vez, traída por dos amigas suyas, para apartarla del tristísimo espectáculo de la alcoba. La pobre joven no podía sostenerse. Cayó de rodillas exhalando gemidos, y al ver á su padre forcejeando con Bailón, le dijo: «Papá, por Dios, no te pongas así. Resígnate..... yo estoy resignada, ¿no me ves?.... El pobrecito..... cuando yo entré..... tuvo un instante ¡ay! en que recobró el conocimiento. Habló con voz clara, y dijo que veía á los ángeles que le estaban llamando.

—¡Hijo de mi alma, hijo de mi vida!—gritó Torquemada con toda la fuerza de sus pulmones, hecho un salvaje, un demente,—no vayas, no hagas caso; que esos son unos pillos que te quieren engañar..... Quédate con nosotros.....

Dicho esto, cayó redondo al suelo, estiró una pierna, contrajo la otra y un brazo. Bailón, con toda su fuerza, no podía sujetarle, pues desarrollaba un vigor muscular inverosímil. Al propio tiempo soltaba de su fruncida boca un rugido feroz y espumarajos. Las contracciones de las extremidades y el pataleo eran en verdad horrible espectáculo: se clavaba las uñas en el cuello hasta hacerse sangre. Así estuvo largo rato, sujetado por Bailón y el carnicero, mientras Rufina, transida de dolor, pero en sus cinco sentidos, era consolada y atendida por Quevedito y el fotógrafo. Llenóse la casa de vecinos y amigos, que en tales trances suelen acudir compadecidos y serviciales. Por fin tuvo término el patatús de Torquemada, y caído en profundo sopor que á la misma muerte, por lo quieto, se asemejaba, le cargaron entre cuatro y le arrojaron en su lecho. La tía Roma, por acuerdo de Quevedito, le daba friegas con un cepillo, rasca que te rasca, como si le estuviera sacando lustre.

Valentín había espirado ya. Su hermana, que quieras que no, allá se fué, le dió mil besos, y, ayudada de las amigas, se dispuso á cumplir los últimos deberes con el pobre niño. Era valiente, mucho más valiente que su padre, el cual, cuando volvió en sí de aquel tremendo síncope, y pudo enterarse de la completa extinción de sus esperanzas, cayó en profundísimo abatimiento físico y moral. Lloraba en silencio, y daba unos suspiros que se oían en toda la casa. Transcurrido un buen rato, pidió que le llevaran café con media tostada, porque sentía debili-

dad horrorosa. La pérdida absoluta de la esperanza le trajo la sedación nerviosa, y la sedación estímulos apremiantes de reparar el fatigado organismo. Á media noche fué preciso administrarle un substancioso potingue, que fabricaron la hermana del fotógrafo de arriba y la mujer del carnicero de abajo, con huevos, Jerez y caldo de puchero. «No sé qué me pasa—decía el *Peor*,—pero ello es que parece que se me quiere ir la vida.» El suspirar hondo y el llanto comprimido le duraron hasta cerca del día, hora en que fué atacado de un nuevo paroxismo de dolor, diciendo que quería ver á su hijo, *resucitarle, costara lo que costase*; é intentaba salirse del lecho, contra los combinados esfuerzos de Bailón, del carnicero y de los demás amigos que contenerle y calmarle querían. Por fin lograron que se estuviera quieto, resultado en que no tuvieron poca parte las filosóficas amonestaciones del clérigo, y las sabias cosas que echó por aquella boca el carnicero, hombre de pocas letras, pero muy buen cristiano. «Tienen razón,—dijo D. Francisco, agobiado y sin aliento.—¿Qué remedio queda más que conformarse? ¡Conformarse! Es un viaje para el que no se necesitan alforjas. Vean de qué le vale á uno ser más bueno que el pan, y sacrificarse por los desgraciados, y hacer bien á los que no nos pueden ver ni en pintura..... Total, que lo que pensaba emplear en favorecer á cuatro pillos..... ¡mal empleado dinero, que había de ir á parar á las tabernas, á los garitos y á las casas de empeño!..... digo que esos dinerales los voy á emplear en hacerle á mi hijo del alma, á esa gloria, á ese prodigio que no parecía de este mundo, el entierro más lucido que en Madrid se ha visto. ¡Ah, qué hijo! ¡No es dolor que me le hayan quitado? Aquello no era hijo, era un diosito que engendramos á medias el Padre Eterno y yo..... ¡No creen ustedes que debo hacerle un entierro magní-

co? Ea, ya es de día. Que me traigan muestras de carros fúnebres..... y vengan papeletas negras para convidar á todos los profesores.

Con estos proyectos de vanidad, excitóse el hombre, y á eso de las nueve de la mañana, levantado y vestido, daba sus disposiciones con aplomo y serenidad. Almorzó bien; recibía á cuantos amigos llegaban á verle, y á todos les endilgaba la consabida historia: «Conformidad..... ¡Qué le hemos de hacer!.... Está visto: lo mismo da que usted se vuelva santo que que se vuelva usted Judas, para el caso de que le escuchen y le tengan misericordia..... ¡Ah, misericordia!.... Lindo anzuelo sin sebo para que se lo traguen los tontos.»

Y se hizo el lujoso entierro, y acudió á él mucha y lucida gente, lo que fué para Torquemada motivo de satisfacción y orgullo, único bálsamo de su hondísima pena. Aquella lúgubre tarde, después que se llevaron el cadáver del admirable niño, ocurrieron en la casa escenas lastimosas. Rufina, que iba y venía sin consuelo, vió á su padre salir del comedor con todo el bigote blanco, y se espantó creyendo que en un instante se había llenado de canas. Lo ocurrido fué lo siguiente: fuera de sí, y acometido de un espasmo de tribulación, el inconsolable padre fué al comedor y descolgó el encerado en que estaban aún escritos los problemas matemáticos; y tomándolo por retrato que fielmente le reproducía las facciones del adorado hijo, estuvo larguísimo rato dando besos sobre la fría tela negra, y estrujándose la cara contra ella, con lo que la tiza se le pegó al bigote mojado de lágrimas, y el infeliz tacaño parecía haber envejecido súbitamente. Todos los presentes se maravillaron de esto, y hasta se echaron á llorar. Llevóse D. Francisco á su cuarto el encerado, y encargó á un dorador un marco de todo lujo para po-

nérselo, y colgarlo en el mejor sitio de aquella estancia.

Al día siguiente, el hombre fué acometido, desde que abrió los ojos, de la fiebre de los negocios terrenos. Como la señorita había quedado muy quebrantada por los insomnios y el dolor, no podía atender á las cosas de la casa: la asistenta y la incansable tía Roma la sustituyeron hasta donde sustituirla era posible. Y he aquí que cuando la tía Roma entró á llevarle el chocolate al gran inquisidor, ya estaba éste en planta, sentado á la mesa de su despacho, escribiendo números con mano febril. Y como la bruja aquélla tenía tanta confianza con el señor de la casa, permitiéndose tratarle como á igual, se llegó á él, le puso sobre el hombro su descarnada y fría mano, y le dijo: «Nunca aprende..... Ya está otra vez preparando los trastos de ahorcar. Mala muerte va usted á tener, condenado de Dios, si no se enmienda.» Y Torquemada arrojó sobre ella una mirada que resultaba enteramente amarilla, por ser en él de este color lo que en los demás humanos ojos es blanco, y le respondió de esta manera: «Yo hago lo que me da mi santísima gana, so mamarracho, vieja más vieja que la Biblia. Lucido estaría si consultara con tu necesidad lo que debo hacer.» Contemplando un momento el encerado de las matemáticas, exhaló un suspiro y prosiguió así: «Si preparo los trastos, eso no es cuenta tuya ni de nadie, que yo me sé cuanto hay que saber de tejas abajo y aun de tejas arriba, ¡puñales! Ya sé que me vas á salir con el materialismo de la misericordia..... Á eso te respondo que si buenos memoriales eché, buenas y gordas calabazas me dieron. La misericordia que yo tenga ¡...ñales! que me la claven en la frente.»

B. PÉREZ GALDÓS.

MADRID, Febrero de 1889.

Fin de la novela.

ESTUDIOS

SOBRE LA

DOMINACIÓN DE LOS ESPAÑOLES EN BERBERÍA.



LAS CABALGADAS.

HUBO un tiempo en que el genio español, en el apogeo de su gloria, templado en las hazañosas empresas de la Reconquista y acrecentados sus alientos con sus triunfos en la propia tierra y en las extrañas, pensó en domeñar toda la costa berberisca de Tánger á Trípoli, hacer del Mediterráneo un mar hispano y, apoyándose en sus posesiones ó en su valimiento, llevar sus armas á la conquista de los Santos Lugares, cuya posesión no habían podido conservar los demás pueblos cristianos de Europa.

El África atraía por todo extremo á los españoles de entonces: de allí vinieron los sarracenos conquistadores de España; de allí recibieron, en sus horas de abatimiento, la savia viril de las huestes bereberes; de sus marinas salían los rapaces piratas que algareaban en las costas españolas, ó amenguaban, cuando no extinguían, su comer-

cio; en ella encontraban los moriscos, que muchos buenos y cuerdos españoles deseaban asimilar á la madre patria, estímulos en sus rebeldías ó asilo seguro para su impunidad. África era una valiosa presa, á la vez que un riesgo constante para España: por esto el afán de continuar la Reconquista en su conquista se halla vibrando en todas las manifestaciones del patriotismo de aquellos tiempos; en las de la ilustre Reina, de santa y buena memoria, que lo consignaba en su testamento; en las de aquel veterano ilustre, Pulgar *el de las Hazañas*, que respondía desde su retiro de la Zubia, con entusiasmo de mozo, á los planes de Cisneros; en las de los religiosos que lo proclamaban en el púlpito ó en el libro, motejando, á veces agria, desenfadada y briosamente, á aquellos monarcas ó próceres eclesiásticos y seculares, que olvidaban los supremos intereses de la cristiandad y de la patria, para acordarse sólo de su codicia, de sus intereses de familia, ó lo que era peor, de sus vanidades personales.

Codicia, intereses y vanidades triunfaron desgraciadamente, y el genio español, después de grandes proezas, de mucha sangre y de mucho oro en vano derramado, perdió una á una con sus conquistas las esperanzas de llevar á cabo su ideal, dejándonos á los modernos, con algunos girones de su poderío, la aspiración de realizarlo en parte.

Para alentar esa aspiración; para coadyuvar á los trabajos de muchos buenos españoles que la abrigan en su mente; para conservar el fuego sagrado de patrióticas y tradicionales ambiciones, escribo estos *Estudios*, inspirados cuasi totalmente en viejos documentos apenas conocidos, ó en antiguas obras cuasi por entero olvidadas.

Así procuraré, en éste y en sucesivos trabajos, ir dando idea de la vida civil y militar de los españoles en los

presidios africanos; de sus relaciones con los berberiscos; de sus cabalgadas para enfrenarlos ó para castigar sus demasías; de sus embajadas y tratos; de sus comunicaciones con la madre patria, que se olvidó con lastimosa frecuencia de premiar insignes méritos ó de acudir al remedio de grandes necesidades; de la piratería berberisca y del cautiverio, baldón perenne de las testas coronadas de entonces; de aquellos nobilísimos religiosos, franciscanos ó mercedarios, que enjugaron tantas lágrimas y consolaron tantos dolores, redimiendo cautivos ó viviendo con ellos entre infieles, y de otros muchos asuntos dignos de particular consideración y estima.

Los manuscritos y los libros antiguos ó modernos me han convencido de que la mayor parte de los desastres europeos en Berbería se han debido principalmente á no haber conocido á fondo ni el país ni sus habitantes; que se hubiera ahorrado mucho tiempo, sangre y caudales si, como ahora comenzamos cuerdamente á hacer, se les hubiera estudiado á conciencia. La historia, la etnografía, la geografía berberisca, previamente conocida, podrán ahorrar grandes fracasos en las relaciones internacionales ó en las contingencias de futuros sucesos.

Por esto serán siempre dignos de admiración todos aquellos trabajos, por modestos que sean, que tiendan á este propósito: estos míos se encaminan á penetrar en la vida íntima de las dos civilizaciones que se hicieron cruda guerra en las playas berberiscas, la cristiana y la sarracena: en los cuales, más que en ponderar glorias, me he de emplear en poner de relieve los errores y faltas cometidas, para que los ejemplos del pasado sirvan de experiencia al presente y de enseñanza al porvenir, abundando con esto en las ideas con las cuales el buen D. Diego Hurtado de Mendoza ponía fin al libro primero de su *Guerra de Grana-*

da, cuando decía: «Agradezcan y acepten ésta mi voluntad, libre y lejos de todas las causas de odio ó de amor, *los que quisieren tomar exemplo ó escarmiento*; que esto sólo pretendo por remuneración de mi trabajo, sin que de mi nombre quede otra memoria.»

I.

Viollet le Duc, ilustre arqueólogo moderno, nos ha narrado, en unas cuantas elocuentes páginas, los dramáticos accidentes, ocurridos en las varias épocas de la historia de una fortaleza; Agustín Thierry, uno de los primeros historiadores coetáneos, nos ha descrito la creación y la existencia íntima de una ciudad durante los más tumultuosos períodos de la Edad Media. Todavía en España no ha habido escritor que, con ánimo deliberado é inspirándose en los mismos pensamientos, haya diseñado la vida íntima de una de aquellas plazas fronterizas, que fueron, á veces durante muchas generaciones, los antemurales de nuestra Reconquista.

Ya sacándolas de cimientos, ora poblando sus yermos hogares, ya repartiéndose los que abandonaban los expulsos moros, de entre el estruendo de las armas surgían, llevando en sus almenas los estandartes cristianos, poblaciones fortificadas, que fueron las más eficaces armas ofensivas y defensivas que la cristiandad española empleó en sus patrióticos empeños.

Escollos eminentes fueron entre el oleaje de la [morisma, á la vez que valladares infranqueables contra las algaradas moras en tierra cristiana; centros donde se urdían las cabalgadas cristianas en tierra alarbe; mercados donde

se vendían sus presas, y palenque en que la gente bisoña y la veterana se ejercitaban á la continua en la destreza de las armas, en los primores de la gineta ó en las arterías y engaños de la guerra.

Mientras tanto en el seno de la población se desenvolvía el Concejo, trabajaba la menestralería, constituíanse los gremios, y oraban, predicaban ó enseñaban clérigos y religiosos. En aquella naciente sociedad, en cuyo seno se habían de engendrar futuras clases y organismos, se agitaban y vivían el esclavo moro arrancado á su país por las desdichas de la guerra; el alcabalero ó el tratante judío haciendo la competencia y desesperando siempre á los mercaderes cristianos, que formaban la burguesía; la gente hidalga, altiva, puntillosa y etiquetera, tan pronta á querellas intestinas como á morir heroicamente en pro del ideal español.

Á veces de entre aquella revuelta sociedad, abigarrada, pintoresca, apasionada y creyente, de entre golillas y empleados públicos, *gentes de república*, como decían entonces, se erguía un noble de abolengo, un Adelantado de la frontera, centro de todos aquellos círculos, que le seguían en la guerra, ó que tomaban su partido en sus luchas contra los otros magnates del reino.

Los principales accidentes que ponían en conmoción á estas ciudades fueron las entradas en territorio enemigo, cuando no existían treguas ó cuando se quebrantaban. Entonces, entre las sombras de la noche ó á la luz del sol, los fronteros convocados en la ciudad rompían por la demarcación fronteriza, yendo á dar, como un ciclón devastador, en los campos sarracenos; entonces se incendiaban las mieses, se talaban arboledas, se aportillaban acequias, se apresaba la ganadería y se cautivaba á la gente; saqueábanse lugarejos y alquerías, derruíanse almenaras,

y las llamas de las incendiadas villas iluminaban el retorno de aquellas destructoras huestes.

Las plazas fuertes españolas en Berbería fueron cuasi siempre, por desgracia, plazas fronterizas, en el más estricto sentido de la palabra, por desgracia para las aspiraciones y las conveniencias de España; armas defensivas de sus costas, armas ofensivas, perpetuos azotes de la morisma: en ellas no se pensó generalmente más que en guerrear, en reducir por el espanto las cabilas comarcanas ó las poblaciones del interior, comprando conciencias ó patrocinando codicias; pocas veces se pensó en atraer á ellas las artes de la paz, en que el comercio protegiera las relaciones pacíficas, en hacerlas lonjas de contratación y puntos de contacto entre el tráfico español y el africano; escollos eminentes entre irritados oleajes, no hacían más que recibirlos en sus muros, y rechazarlos violentamente á los irritados senos de donde surgían.

La dominación española en África fué una continuación de la Reconquista española: allí, como aquí, trabajaron mucho los hombres de hecho, mas también no dejó de trabajar la diplomacia; no aquélla que definía *Balzac*, *ciencia de los hombres que ninguna tienen; ciencia de los hombres profundos..... tan profundos como el vacío*, sino la de gente por lo común humilde, callada, discreta, apasionada por su Rey, que entonces era estarlo por España; el mercader que traficaba, el cautivo que aguardaba su rescate, el fraile que se había hecho respetar por sus merecimientos, trabajaban constantemente en beneficio de la patria, procurando acrecentar su prestigio ó atraerle valiosos aliados.

La dominación española en Berbería siguió el sistema de enfrenar ó de castigar las demasías de las cabilas próximas á sus plazas por medio de terribles algaradas.

Vocería grande, dice definiendo esta palabra *Eguílaz* en

una obra digna de particular mención y alabanza (1), *causada por la partida de caballería que salía á dar de repente sobre el enemigo*; y añade que viene del verbo árabe *charrada*, que significa *enviar un cuerpo de ejército contra alguno*: así la llamaron los soldados de la Reconquista, ó más bien *algara*, desde los tiempos en que el Cid lidiaba con la morisma; nuestros soldados de África la apellidaron más frecuentemente *cabalgada* y *presa*; *razia* la nombramos hoy, tomándola de una pésima transcripción francesa de otra voz arábica.

Para reseñarla en sus diversos momentos de preparación y ejecución, para describir sus efectos, tomaré por modelo las que se verificaron en Orán por espacio de muchos años.

Dividían los españoles á las tribus fronterizas de Orán en moros de paz y de guerra: eran aquéllos los que se sometían á la Corona de España, á la cual pechaban sus *garramas* ó tributos, regularmente en cereales, según el número de arados con que labraban; á éstos se les entregaba un salvo-conducto, que se extendía de Agosto de un año al otro, al cual los españoles llamaban *seguro* y ellos *temin*, escrito en arábigo y castellano, refrendado por los Capitanes generales y de los que se tomaba razón en registros conservados en la plaza. Este seguro era un tratado de alianza ofensiva y defensiva, que bien lo necesitaban los pacíficos contra los de guerra. Éstos eran gente briosa, fanáticos musulmanes, menospreciadores del nombre cristiano, que alardeaban de nobles, entre los cuales hubo muchos moriscos ó descendientes de ellos, en quienes viejos agravios encendieron inextinguible odio hacia España.

(1) *✓Glosario etimológico de las palabras españolas de origen oriental*, por D. Leopoldo de Eguílaz y Yanguas: Granada, 1886.

Contra éstos se dirigían siempre las cabalgadas, las cuales las inspiraba muchas veces la venganza y las facilitaba siempre la traición. Cualquier berberisco que se sentía impotente para rechazar ó castigar una injusticia ó un atropello; aquél que veía morir á hierro un deudo querido, sin que nadie le ofreciera reparación; el marido ó el amante á quien por fuerza ó seducción arrancaban la mujer adorada; el magnate que venía á menos ante un rival más poderoso; el menestral, el esclavo vilipendiado ó maltrecho, buscaban en la cabalgada cristiana la satisfacción de su afrenta ó de sus agravios. Sufríanlos, devorábanlos años enteros en secreto, y cuando menos se pensaba desaparecían, y con misterio, disimuladamente, penetraban en Orán, allanando á sus gobernadores los pasos para llegar á las tiendas de los que les agraviaron.

Á veces la excitación á la algarada tenía más noble origen, aunque no menos traidor intento. Cualquier fanático muslim, que con ira y dolor contemplaba su tierra hollada y empobrecida por los cristianos, con aquel valeroso ánimo, digno de Mucio Scévola, que llevó en el sitio de Málaga á Ibrahim Alguerbí á atentar contra las vidas de los Reyes Católicos, ofrecía la suya en holocausto al Islam, y, de acuerdo con sus hermanos, procuraba engañar á los españoles y llevarlos á cualquier mortífera emboscada, pagando, como sucedió muchas veces, su siniestra y heroica intención con morir arcabuceados en las lindes de un camino.

En cuanto á aquéllos que cumplían una venganza ó que se vendían al cristiano, quedábanse en las plazas, pues llevaban entre los suyos indeleble el sangriento estigma de su traición, y si se arriesgaban á tornar á tierra mora se condenaban á muerte. Llamábanles los buenos muslimes *mogataces* ó *bautizados*, no porque siempre lo fueran;

los cristianos, por su parte, no les tenían en gran estima ni prestaban en ellos gran confianza, pues, como dice Tácito, «la fidelidad comprada siempre es sospechosa y generalmente de corta duración.»

Oían los gobernadores al moro que les proponía una algarada; conferían con el más autorizado intérprete, á quien llamaban *lengua*, con los adalides prácticos en la tierra, y ó rehusaban la expedición, ó la decretaban de plano, siendo próxima y fácil: procediendo con suma prudencia cuando debía acometerse muy tierra adentro, enviaban el moro con los adalides para que con cautela ojearan los sitios y examinaran los pasos, á fin de informarse cumplidamente de si convenía realizarla.

Decretada la presa, sin declarar al soldado dónde se iba, se le mandaba disponerse á ella. Momentos eran aquellos de gran bullicio y emociones dentro de los muros: los capitanes discurrían de una á otra parte mandando ó previniendo; los adalides se aconsejaban con los veteranos diestros en las cabalgadas; los jinetes preparaban caballos y arneses; los peones sus picas y arcabuces; los bagajeros enfardaban sus provisiones, pólvora, balas y cuerda de mechas, cubriendo sus fardos con telas enceradas para en caso de lluvia; deudos y amigos despedían á los expedicionarios, temiendo por ellos á la vez que esperanzados en el botín que habían de conseguir, y el General, que casi siempre iba á la cabeza de la expedición, para estimular con el ejemplo ó contener con la prudencia, no se daba punto de reposo.

La cabalgada salía de los muros al romper el día, y más que en el verano en el invierno, cuyas noches, por lo largas y tenebrosas, favorecían la empresa: nunca se prolongaba ésta arriba de cuatro ó cinco días, ni se penetraba muy en el riñón del territorio, sino diez, doce ó quin-

ce leguas á lo sumo, á levante, á poniente ó al mediodía de la plaza.

Al salir, el General y los principales jefes se situaban en la puerta, por la cual iban abandonando la ciudad los soldados á uno en fila: conforme iban pasando eran minuciosamente revistados, y esmeradamente apreciado su número.

La expedición, dividida después en largas filas, *como las cuentas de un rosario*, decía un veterano de aquellas guerras, marchaba llevando delante á los adalides y al espía, y á un tiro de ballesta tras ellos al General, con las banderas de la infantería y el estandarte de los jinetes á la cabeza de la vanguardia; en el centro iba el bagaje, y á los costados, y tras la retaguardia, una partida de caballos encargados de ir á la descubierta, de atalayar la campiña y de recoger los rezagados hacia el grueso de la hueste.

La tropa avanzaba siempre por despoblados y trochas, fuera de camino y en el más absoluto silencio; las órdenes se pasaban de uno á otro soldado, *volviendo la barba al hombro*, como decía el mismo veterano, sin que se sintiera en toda aquella masa de hombres más ruido que el chocar de las armas ó las pisadas de las cabalgaduras.

Estébanez Calderón dibujó con hermosísimo estilo, digno de la inspiración de Walter Scott, á aquellos terribles almogávares que tanta parte tuvieron en las proezas españolas dentro de la Península y en Oriente: en este punto fuera precisa su pluma para dibujar con entero parecido la semblanza de aquellos soldados españoles de Berbería, los cuales, á lo que entiendo, deben ponerse á la cabeza de nuestros inolvidables *tercios viejos*. Gente brava y briosa; hombres de vergüenza y afrenta en el lidiar; avezados á todo riesgo, lo mismo á pelear en medio de las

sombras de la noche por entre riscos y hondonadas, que á la luz del sol en lo llano; sufridores de trabajos, marchas forzadas, lluvias, fríos y cierzos invernales ó asfixiantes calores de los veranos de África; parcos en comer y beber cuando lo exigía el caso ó la necesidad; regocijados, alegres y chanceros hasta en frente de la misma muerte. Muchas veces su destreza en las armas ó en el cabalgar dieron la victoria á las expediciones; muchas veces suplieron con su iniciativa personal las omisiones ó las torpezas de sus jefes; temerarios en el acometer, serenos al retirarse, los que á fondo les conocían aventajábanles sobre el resto de la milicia española, que peleaba á orillas del Rhin y del Pó, ó en las apartadas regiones de América.

Y cuenta que no lidiaban con flemáticos neerlandeses, con franceses briosos en la victoria, flojos en los fracasos, con italianos astutos, ó con enjambres de indios, que se disipaban ante el humo de sus arcabuces, sino con feroces bereberes y árabes, sueltos y ágiles, enteros de corazón y vigorosos, á quienes encendía el fanatismo musulmán y el odio secular contra aquéllos sus eternos enemigos; gente que daba estóicamente su vida, resignada con su fatalismo oriental, con la esperanza en los sensuales deleites de su Paraíso; que lo mismo los asesinaban desde chumbares y malezas, que los afrontaban con salvaje resolución, tanta que hubo vez en que alguno de ellos, atravesado por una pica, corrióse por el asta para acuchillar con su alfanje al soldado que la empuñaba y morir degollando á su adversario.

Solamente con tales soldados eran posibles aquellas pavorosas cabalgadas, algunas de las cuales sólo el concebirlas y decidir las constituía una verdadera hazaña, por la audacia y el valor que suponían irse en busca de ene-

migos, á quienes obstáculos cuasi insuperables daban por seguros, creyendo, con Maquiavelo, «que en la guerra nada es tan fácil como lo que el contrario da por imposible!»

Compactos, silenciosos, marchaban estos soldados de África á su cabalgada: á veces moros sueltos ó aduares enteros en marcha, como aquél tan pintoresco que vió Fromentin durante su estancia en el Zahara, tenían la mala ventura de topar con los expedicionarios, y en este último caso allí se remataba la expedición, pues la suerte les deparaba la presa que iban buscando, la cual, á poca resistencia, en la sorpresa, el terror y la confusión del *encuentro*, que así le apellidaban los soldados, se conseguía con escasa resistencia. Verdad es que en este caso varios generales dieron en declarar por suya la presa; contra cuya decisión protestaban los soldados, diciendo uno de ellos: «Que cierto es contra justicia y razón que haga un hombre suyo lo que muchos ganan á lanzadas, con riesgo de la vida, siendo libres en la Real milicia, y no sus esclavos ni criados.»

Si la jornada era muy al interior, en una rambla solitaria, ó en cualquier cañada umbrosa cercana al sitio donde iban, dejaban bajo buena guarda toda la impedimenta, y con sólo lo preciso para la embestida, continuaban su camino, sabiendo únicamente en aquel lugar, que llamaban *celada*, el sitio al cual se dirigían.

II.

Cuando sólo les restaban horas para el ataque, entre las sombras del crepúsculo de la tarde la hueste se detenía en su jornada, y puesta toda de hinojos rezaba la ora-

ción vespertina, encomendándose principalmente á la Virgen, y particularmente cada soldado al santo á quien tenía singular devoción.

Después se ponían en camino; y cuando cualquiera de ellos se rezagaba ó alguna escuadra se perdía en los malos pasos, llevaban en el zurrón donde ponían las balas un cuerno de novillo de un año, muy acicalado, con el cual hacían un reclamo, que fingía á maravilla el monótono canto de las aves, comunmente llamadas cárabos, las cuales abundaban entre las adelfas de los arroyos ó los algarrobales y jaras de aquellos campos; sonábanle, y al contestarles sus compañeros, averiguaban por dónde éstos iban y se les reunían fácilmente. Entre el silencio y la obscuridad de la noche, soldado hubo que imitó tan por lo natural el canto de los cárabos, que á veces estas aves se venían revoloteando sobre la hueste, engañada por sus reclamos.

Así, marchando cautelosamente, procuraban caer hacia el amanecer sobre los lugarejos ó aduares que pensaban asaltar: en cuanto los entreveían los espías y los adalides, se adelantaban á reconocerlos, procurando evitar ser sentidos por perros ó por escuchas: si eran los mismos que buscaban, pausada, sigilosamente, en medio de las tinieblas, á veces entre torrencial lluvia ó desencadenado cierzo, la hueste se desplegaba y cercaba como un férreo anillo aquellos lugares, mientras que la caballería reforzaba todos los pasos por donde pudieran huir los moros ó venir gente en su ayuda. En seguida los asaltantes, designados de antemano de entre los más ágiles y briosos, al grito de *Santiago, Santiago*, que tanto resonó en las batallas de la Reconquista, y al desesperado sonar de las trompetas, se precipitaban sobre los cercados.

No siempre el ataque era fácil, ni los cristianos á la

primer embestida se enseñoreaban del aduar: asentábanlos frecuentemente su moradores entre espinosos chumbares ó en ribazos escarpados, que ofrecían agrias cuevas por entradas, circundábanles con fosos, aproximaban unas á otras las tiendas, y llenaban el espacio intermedio con abulagas ó esparragueras.

Pero nada de esto atajaba la furia española: empujándose unos á otros, asiéndose de la maleza, aprovechando los accidentes favorables del terreno, tropezando aquí, más allá cayendo, al enredarse con las cuerdas de las tiendas, saliendo de los malos pasos con el auxilio de sus compañeros, ó saltando ligeramente como gamos en medio del aduar, los soldados, enardecidos por el tañer de las trompetas y por las exhortaciones de los capitanes, embravecidos por el peligro mismo y con el ansia de buena presa, *daban el Santiago*, cual entonces se decía, y se entraban por entre las tiendas clamando su propio nombre, para conocerse así, y no degollarse unos á otros.

Considere el lector el espanto, la confusión y los horrores que se desencadenarían en el seno del dormido aduar, antes tan pacífico y tranquilo: quién procuraba hurtar el cuerpo por el momento; quién poner á salvo la rica alhaja, los padres ancianos, la mujer ó los hijos; había también gente de arranque que, mal vestida y peor armada, con heroica resolución afrontaba el empuje de los asaltantes, y luchaba con ellos hombre á hombre, cuasi á brazo partido y á la desesperada; mas á pesar del natural cansancio de los españoles y de su desconocimiento de aquellos lugares, el miedo de los más y la confusión del momento ayudaban á su empuje, y los moros que se resistían ó morían ó eran sometidos á poco: si la resistencia se prolongaba, si un núcleo de hombres valerosos se congregaba lidiando con los cristianos, éstos, encendien-

do las mechas de sus arcabuces en las ascuas de los mismos hogares moros, con unas cuantas descargas fácilmente daban cuenta de sus adversarios.

En medio de aquella pavorosa confusión, los expedicionarios se iban apoderando de los berberiscos y les iban atando como perros en traílla; otros penetraban en las tiendas; rompían las arcas donde los moros guardaban sus preseas; registraban afanosamente todos los rincones; hacían acopio de ropas, armas, alhajas, dinero, papeles y cuanto hallaban á mano; procuraban esconderse doblas, ducados ó preseas donde ninguno de sus mismos compañeros pudiera saberlo, y enfardando las ropas, las cargaban sobre sus acémilas, sobre las bestias del aduar ó sobre los mismos moros cautivos.

El alba iluminaba la tristísima escena que ofrecían aquellos lugares: tiendas derribadas ó incendiadas; infelices mujeres y niños que gemían; hombres válidos, algunos heridos ó maltrechos, que miraban ceñudos y sombríos á sus eternos enemigos discurriendo entre sus hogares y aniquilando su hacienda; sangre y cadáveres en algunos sitios, y allá, á lo lejos, la caballería dando caza á los fugitivos, que encomendaron su salvación á la ligereza de sus pies, á las quebradas del terreno ó á la velocidad de sus camellos y de sus caballos favoritos.

El día antes todo era paz y sosiego en el aduar; esperanzas de fortuna en el sembrado, que á la vista verdegueaba ó que blandamente mecía el viento, ó en los rebaños que triscaban en los pastos; confianza en los valientes de la tribu; infatuación oriental en la gente moza; orgullosa dignidad en los ancianos: hoy todo era ruína, desamparo y humillación, amargo pesar por el bien perdido, dolorosísima incertidumbre para el porvenir.

Mas no siempre salía bien la empresa á los cristianos,

ya porque toparan con moros á los que no vieran ó pudieran alcanzar, ya porque el rastro les denunciara á cualquier pastor ó nómada vagabundo, ahumadas de día y hogueras de noche en las alturas alarmaban la tierra, y tenían que volverse cansados y sin presa; otras veces ya los espías los engañaban ó se perdían, ya el aduar se había levantado del sitio que antes ocupaba por su fortuna ó quizá por algún aviso ó indicio. Ocasión hubo en que, después de hecha la presa, resultando que los moros eran de paces, debióse volverla y aun indemnizarles daños y perjuicios. Que como á los cristianos interesaba grandemente conservar en toda su fuerza la amistad de sus aliados, los Capitanes generales de Orán se mostraron en esto, aun ante el desagrado de su gente, constantemente inexorables.

III.

Al salir el sol la cabalgada cristiana, realizado su terrible empeño, se disponía para volver á su centro de operaciones.

Hasta aquel momento todo había sido dificultades y riesgos; la vida de los expedicionarios había estado en perpetuo peligro; mas hasta aquel instante no empezaba la parte verdaderamente crítica, angustiosa y temible de la expedición: *la retirada*.

Ya lo habían experimentado los romanos y los mismos árabes en los lejanos tiempos de sus conquistas africanas; los turcos lo habían experimentado también en sus algaradas, que les hicieron más aborrecibles para los bereberes que los cristianos mismos; en nuestros días lo han experimentado, bien á su costa, los franceses, quienes nece-

sitaron en reiteradas ocasiones de todo su arranque bélico y de la superioridad de su disciplina y armas para no sufrir terribles descalabros.

Alarmado el territorio por los clamores de la algara ó por los cercados que pudieron escapar á su saña, ahumadas y ahumadas transformaban cada altura en un campanario tocando á rebato; roncós sones de caracolas y otros rústicos instrumentos, y voces de angustia y venganza, apandillaban á todos los hombres de armas tomar al socorro de sus hermanos. De todos los puntos del horizonte surgían amenazadores grupos, cabalgando ó á pie, dando al viento los blancos alquiceles, invocando á grito herido á Allah ó á Mohámmed, y aullando feroces amenazas ó dicterios contra los cristianos.

Traían todos encendidas en el alma las pasiones que más violentamente pueden agitarla. Movía á unos el daño sufrido por gentes de la propia tribu, amigos, deudos, hermanos en religión, que al día siguiente podía llegar á ser muy bien el propio daño; otros se ensañaban pensando en vengar la herida que le hicieran, los golpes que hubiera recibido, su lugarejo ó su aduar incendiado; había quienes sentían mortales angustias al querer arrancar de las garras cristianas al padre, á los hijos ó á la mujer, idolatrados pedazos de sus entrañas, destinados á las viles y deshonorosas contingencias del cautiverio; querían muchos recobrar la hacienda perdida, sin la cual les esperaba ciertamente próxima hambre y miseria; todos irritados, muchos locos de ira y dolor, acudían, ya individualmente, ya en grupos, se llamaban unos á otros, se dispersaban como una bandada de aves de rapiña para comunicar órdenes de sus jefes, ó se congregaban para urdir cuanto daño pudieran hacer á los cristianos, ó para una fiera y suprema acometida.

Mientras tanto la cabalgada seguía marchando lo más velozmente que podía: á vanguardia los adalides, atajando cuanto podían la tierra, por fuera de camino, por sendas y trochas excusadas; el peonaje en filas muy cerradas, llevando en el centro la presa; ganado, si estaban cerca de la plaza; fardaje, el menos posible, con las cosas máspreciadas, para no tener que alijarlo en el camino, dando con esto aliento á los sarracenos; y como un rebaño los cautivos, llorosas las mujeres y los niños, sombríos los hombres, desesperados todos; la arcabucería flanqueaba la hueste, y defendía con los jinetes principalmente la retaguardia, en la cual marchaba el General.

Las embestidas de los musulmanes eran terribles: sus jinetes llegaban á veces á saltar entre los soldados, acuchillándolos á la desesperada; pero cuando mayor era el riesgo, la arcabucería, con unas cuantas descargas, daba en el polvo con los más alentados y ahuyentaba á los menos. La arcabucería salvaba muchas veces la cabalgada: sin la inmensa ventaja de sus armas, los expedicionarios, abrumados por el desigual número, por el cansancio y la desesperación de sus enemigos, hubieran sido deshechos y aniquilados cuasi siempre; sin las armas de fuego, las cabalgadas hubieran sido imposibles.

Muchas veces los berberiscos acometían más ordenadamente: aprovechándose de su conocimiento del terreno, se adelantaban, y ocupando, como una manada de salvajes alimañas, los pasos y puertos de los montes, dejaban caer sobre los expedicionarios nubes de saetas, peñascos y troncos de árboles; otras aumentaban las fatigas de la jornada cegando los pozos que había en el camino, quemando en él el monte bajo, los rastrojos ó secos yerbazales, para acrecentar el calor del sol de África y llevar asfixiados á los expedicionarios, mientras que el grueso

de la gente les daba recias acometidas por los flancos, á vanguardia ó á la zaga. Vez hubo en que al vadear un río lanzaron sobre la cabalgada, en un estrecho paso, un inmenso rebaño de camellos, previamente aguijoneados y locos de terror, para descomponer la ordenanza de la hueste y más fácilmente dispersarla: todo lo que el ingenio humano puede inventar de cruel y salvaje, otro tanto pusieron por obra los moros en aquellas terribles acometidas.

Los españoles continuaban su marcha entre estos fieros embates, compactos, unidos, pausada ó rápidamente, según lo permitía el territorio, peleando á veces cuerpo á cuerpo, siempre disciplinados, y sobre todo sufridos, protegidos á las espaldas y costados por la arcabucería y los jinetes; los cuales, á la vez que daban terribles cargas al peonaje moro, encaminaban á la hueste á los extraviados cristianos, y recogían los heridos entregándolos á los bagajeros.

Estaban todos convencidos que sólo la unión y el sufrimiento podían sacarlos á puerto seguro en el deshecho temporal que atravesaban, como un solo hombre que pusiera en práctica estas sentenciosas razones del ilustre Saavedra Fajardo:

«Morir á manos del miedo es vileza; nunca es mayor el valor que cuando nace de la última necesidad; el no esperar remedio, ni desesperar dél, suele ser el remedio de los casos desesperados.»

Así iban marchando penosamente hacia su ciudad, muertos de cansancio, hartos de lidiar, ensordecidos por la gritería de sus contrarios, con la muerte ó el cautiverio siempre al ojo, teniendo muchas veces que defender la propia vida á bote de pica ó á punta de espada.

Conforme se iban aproximando á la plaza se les iba despejando el campo: en la emboscada, si la dejaron, re-

cogían la impedimenta, y con ella gente de refresco que oponer á la morisma; ésta, temerosa de que nuevas tropas, saliendo de los muros, le cortaran la retirada, se alejaba, con reconcentrados dolor y saña, mientras que los míseros cautivos veían con la desesperación en el alma desvanecerse las últimas esperanzas de su remedio.

En cuanto los cristianos daban vista á la ciudad, los vecinos, desde los adarves, les saludaban con gozosos vítores; la arcabucería y los cañones celebraban sus triunfos con sus salvas, y las campanas de las iglesias, ermitas y conventos, echadas á vuelo, les daban su alegre bienvenida con sus lenguas de bronce.

Asentábase el real fuera de la ciudad: allí se revistaba la tropa para saber si había muertos ó extraviados; se ponía en cura á los heridos; se atendía á las reclamaciones de los moros de paces que podían venir entre los cautivos, y declarados tales, se les daba por libres, con enojo siempre del soldado; reuníase la presa, y se preparaba su aprecio y repartición.

En qué forma se hiciera ésta, á quiénes tocaba y en qué cantidad, quiénes eran los que las hacían, cuál el destino futuro de los míseros cautivos, qué importancia tuvieran las tales presas y qué provecho sacaba la tropa de sus penalidades y riesgos, asuntos son que merecen amplio relato, el cual reservo para uno de mis próximos *Estudios*.

IV.

Dada la precisión de ocupar las marinas berberiscas para defender las españolas y las aguas mediterráneas contra los piratas africanos, las cabalgadas, aunque crue-

les, eran tan absolutamente necesarias, como lo han sido en nuestros días para los franceses, á fin de cimentar sólidamente su dominio. Entonces, como ahora, teniendo en cuenta la gente con que se lidiaba, no había medio más cierto y seguro de enfrenarla: las historias de hoy son un eco de las de antaño, y á las narraciones de Diego de Torres ó de Suárez Corvín, corresponde, entre otras, el conmovedor relato del Dr. Jacquot, describiendo el terrible castigo impuesto por el general Cavaignac á los oasis rebeldes del Zahara argelino.

Se trataba de gente domeñada siempre por la violencia, idólatra de la fuerza y avezada á humillar la cerviz ante el poderoso; cuyo sagrado libro, fuente de toda su vida social, privada, política y religiosa, ha erigido á la fuerza, al poderío, como supremo árbitro de la vida; gente feroz por hábito y temperamento, infatuada con su valía personal, enemiga acérrima del nombre cristiano, convencida de que los musulmanes, y sólo los musulmanes, eran grandes, sabios y fuertes; que era el pueblo elegido de Allah, superior por tanto á los hombres de otra religión; que si alguna vez éstos les vencían, más que ellos les derrotaban sus pecados, y que la revancha siempre podía esperarse con actos de devoción y sumisión á Allah; gente para la cual todo acto de humanidad propio de un pueblo cristiano y civilizado era inspiración del miedo y obligado homenaje del inferior á la superioridad sarracena.

Había que emplear contra aquella gente sus propias armas; mostrarse siempre fuertes, azotarla con mano ruda, y no dar paz á la espada contra los que se enorgullecían con el apellido de enemigos juramentados de la Corona española.

Aquellas crueldades respondían al castigo del asesinato

de míseros hortelanos en las cercanías de Orán, muertos á hierro traidoramente desde cualquier matorral ó chumbera intrincada; al de las muertes ó cautiverios de los forrajeadores, salteados de improviso cuando salían al campo para traer á la plaza leña, yerba ú otras cosas precisas; al de la destrucción de las recuas enviadas por los moros de paz que avituallaban ó comerciaban con la ciudad, salteadas también en cualquier mal paso, robados sus granos y acémilas y degollados sus arrieros; al del incendio del aduar ó lugarejo amigo, tachado de *mogataz* ó de traidor por los islamitas, saqueado y pasados á cuchillo sus moradores en cualquier tremenda algarada en nombre de Allah y su Profeta; á alianzas con los turcos de Argel ó de Tremecén, para ayudarse mutuamente en la destrucción del poder cristiano; muchas veces para castigar grandes traiciones, siempre para responder á algún terrible acto de crueldad.

De los moros habían aprendido los españoles aquella especie de guerra propia del Desierto, lo mismo en los de Arabia que en los de África; clase de guerra más propia de salvajes que de hombres cultos, más de salteadores que de soldados, si no la hubieran justificado las costumbres tradicionales de la gente con quien se empleaba y el supremo derecho de la propia defensa, no ya el individual, mas el de algunas naciones y el de la civilización europea seriamente amenazada.

F. GUILLÉN ROBLES.

10 de Febrero de 1889.

NUESTRA CRISIS ECONÓMICA.



LA DEPRECIACIÓN EN LOS PRODUCTOS.

I.

CONVIENE abordar el problema sin exordios enojosos ni retóricos preámbulos. La depreciación general en los productos, ¿es causa ó es efecto de las crisis económicas? ¿Resultan éstas de un cambio brusco en el valor de aquéllos, como se originan las tempestades por el desequilibrio atmosférico, ó es aquella depreciación forzada consecuencia de un malestar económico general determinado por otras causas? Más parece esto que lo otro; más quizás sea lo primero que lo segundo.

Examínense, si no, uno á uno, todos los motivos lógicos del desequilibrio económico que venimos sufriendo: los más graves y salientes no resisten seriamente á la reflexión menos profunda, si se hace estribar en ellos la causa única de la crisis actual. Vocéase en todos los tonos de la alarma y con todas las inflexiones de la queja que la penuria presente tiene arraigo en un exceso fabuloso de producción, y por ende en un notable saldo entre los pro-

ductos y el consumo en contra de aquéllos; pero no se vocea, porque tal verdad sólo se evidencia con el estudio de las estadísticas, que el consumo ha más que duplicado en todos los órdenes de la producción; y lo que no se vocea, porque el juicio y la reflexión no gustan de gritos, es que toda crisis económica implica anemia, estancamiento, paralización y desmayo, mientras que todo exceso de producción revela plétora, actividad, ánimos y vida. Clámasse de igual modo á una y á otra hora, con pertinacia suma y algarabía persistente, que ese malestar que nos agobia tiene gestación y desarrollo en lo creciente é insoportable de los tributos, como si pudiera admitirse la deducción, lógica á tal premisa, de que el dinero del contribuyente, al entrar en las arcas públicas, quede allí retraído y apartado de todo movimiento, convirtiéndose en riqueza estancada é improductiva. Dícese también que ese nuestro desequilibrio económico actual, que se traduce en angustias y en clamoreo unánime, débese al afán bursátil llevado al colmo por ansias de saneados dividendos y de lucrativos intereses, cuando no de felices jugadas y de audacias prósperas; y olvídense los que eso sostienen de que no es de ahora la fiebre bursátil, sin que en otras épocas de mayor delirio financiero lograrse éste influir sensiblemente en el estado general de la producción, ni fuera tenido como inicial demérito de los demás elementos de riqueza. No. Cierto que en el orden económico no hay detalle perdido; pero tan falta de razón sería negar á todas las causas apuntadas parte más ó menos directa, mayor ó menor en la presente crisis, como falta de verdad hacer de cualquiera de ellas principal ó único determinante de nuestro actual malestar económico.

— Esa causa eficiente está, digámoslo de una vez, en la depreciación general de los productos, y lo está al punto

de que esa depreciación es la crisis misma. Suponga la imaginación una baja continuada y tenaz, justificada ó no, en unos valores públicos determinados, y habrá de suponer como consecuencia forzosa una crisis bursátil en cuanto con aquellos valores se relacione. Generalice más la suposición, y extienda á toda la riqueza fiduciaria la depreciación supuesta: la crisis se hará más extensa y el conflicto más grave. Amplíese todavía la hipótesis: llévese el demérito á todo cuanto represente valor, y de la riqueza total rebájese, en un corto lapso de tiempo, una quinta ó una cuarta parte. ¿Dejará de presentarse el conflicto económico? ¿No existirá, mejor dicho, no coexistirá en el hecho mismo de la depreciación experimentada? Pues eso ocurre ahora, y por eso, más que causa ó efecto de la crisis actual, es la depreciación en los productos la crisis misma.

La hicieron más violenta y, en todas las esferas de la producción, más sentida, su aparición inesperada, su crecimiento continuo y su extensión pavorosa. Si fuese permitida la metáfora en asuntos tan de por sí sobrios y tan de por sí exactos como los económicos, aplicárase con propiedad por su formación rápida y sus efectos terribles el dictado de ciclónica á la crisis que nos conturba y castiga, ni precavida por la previsión, ni augurada por el instinto, ni predicha por el pesimismo, ni profetizada por la sospecha; pero persistente como el mal, fiera como el dolor, angustiosa como indefinida zozobra y letal como la muerte misma, sin visible término ni vislumbre de mejora, sin remedio adecuado ni consolador intervalo, ni otra solución hoy que el acomodo al daño, ni otro bien mañana que el que esconda el tiempo entre sus incógnitas misteriosas. Apenas hay producto al cual no haya antepuesto esa crisis el fatídico signo de menos; apenas hay riqueza

que no se sienta mermada y en entredicho de depreciación mayor y de más sensible rebaja. Así, por rápido desnivel inclinados, fáltanos tierra y viene la angustia, y la pavora no da lugar al raciocinio, ni el instinto de inmediata conservación espacio para el salvador y adecuado análisis y para el oportuno y propicio remedio. Y así gritamos todos, como si de la común algarabía pudiese surgir concierto, y achacamos á las teorías el solo efecto de los hechos, como si el pasado fuera sensible al reproche y á la argumentación impotentes. Y así, en fin, cunde el miedo y la alarma crece, sin que de esas corrientes de pánico brote luz para el porvenir ni logre la producción otra cosa que el yugo del general retraimiento ó la coyunda del egoísmo especulador en forma de sindicatos acaparadores; es decir, la depreciación por el miedo ó la depreciación por el vasallaje.

Todas estas circunstancias, necesarias y forzadas derivaciones del suceso mismo, hacen más complejo el problema de la crisis económica y llevan á la resolución de éste dificultades inmensas. No se trata, como queda dicho, de un mal local, ni de una contrariedad que afecte á unos pocos determinados productos. La depreciación extiéndese á casi toda la producción y á casi todos los países; lucha de baratura que, aunque parezca paradoja económica, resulta más perniciosa que la lucha de carestía, porque en ésta el egoísmo tiende á la capitalización y en aquélla el temor conduce á la pérdida. No hay que hacer en esa lucha diferencia de productos ni distinción de procedencias: llega el mal á todos y á todo. Desciende el valor de nuestra exportación y descende asimismo el de lo importado; baja el precio del mineral extraído de la tierra, y el del producto agrícola, y el del producto industrial, y el del objeto suntuario, y el del artículo frívolo-

lo, y todo se reduce en valor de una manera tenaz y persistente, sin que sean óbice la fama alcanzada, la necesidad en pie, la venta segura, la valía indiscutible, la prosperidad del productor y la solicitud de la demanda. Como antes se rivalizaba en calidad, hoy se rivaliza en baratura, aguijoneados todos por ansias de pronta liquidación y viciados todos por reclamos de baratillo. De este modo, *le bon marché* no es ya frase tentadora: es dogma comercial reconocido.

— ¿Cabe explicación á tal fenómeno? ¿Puede el raciocinio explicarse por completo la causa de esa depreciación en los productos, motivo por sí solo eficiente de la crisis económica que atravesamos? Seguramente sí. La observación basta para encontrar respuesta terminante á lo que parece indescifrable enigma. ¿Acaso hay algo en la vida que no sea lógico? Confesemos que, en todo caso, no es el egoísmo comercial quien más se entrega al caprichoso azar, ni los números los que se sujetan menos al rigorismo de los hechos.

— Tiene origen indudable la depreciación presente en el afán elevado á manía por todas las naciones de desenvolver sus riquezas hasta la prepotencia. Esa plétora de producción que se señala como una de las causas de la actual crisis, y que sin duda existe, siquiera no en la exagerada proporción que se supone; ese exceso de producción con el cual pueden, como instintivo movimiento, explicarse las tentativas coloniales que hacen casi todos los Estados poderosos, no es más que el desenvolvimiento afanoso de la riqueza, la vertiginosa agitación de actividades, y el inquieto bullir y moverse con utilitario fin las voluntades todas. No hay para qué buscar en la filosofía que de los hechos se desprende la certeza de que el hombre vive en lucha armónica con el hombre; pero sí puede deducirse de

aquéllos que no todas las hegemonias se alcanzan por la victoria de las armas ni todas las prepotencias se consiguen del tronar de los cañones, y que en la paz tranquila y en eso que hemos dado en llamar pacífico progreso, si bien no caben violentas agresiones, tampoco caben armisticios sinceros, y si no hay pugna de odios, existen los de egoísmos y combate de intereses, una y otro más fatales en alguna ocasión para las naciones que la guerra misma. Consideración es ésta que hace oportuno el estudio en la depreciación en los productos y que no puede escapar á la observación más somera y á la inquisitoria menos prolija. Bien porque resultaran en extremo costosos ó bien porque resultasen relativamente estériles, los afanes que se mostraban antes por los engrandecimientos territoriales muéstranse ahora por comerciales predominios, á los que inclina, por otra parte, el apetecido lucro. En paz Europa y América, cada nación ha podido convertir á sí los ojos, y dedicar todo el anhelo al engrandecimiento de sus riquezas y al impulso de su producción. La guerra económica, en la doble acepción de este adjetivo, no ha tardado en declararse entre unos y otros pueblos, y por el afán de mercados ha surgido la baratura y por la conquista de compradores ha aparecido la baja, buscándose la afirmación de soberanías comerciales en la depreciación del producto. ¡Bendigamos enhorabuena tales hechos que han apartado al hombre de los sangrientos campos de batalla y han realzado nuestro fin social con humanitarias tendencias; pero no nos admiremos si del cambio sufrido inopinadamente se ha originado esa tormentosa crisis económica cuya furia experimentamos!

No encuadran, ciertamente, en lo complejísimo del problema económico hechos puntualizados á modo de pruebas fehacientes; pero encuadran, sin duda, generalizacio-

nes que aquellos mismos hechos forman y evidencian. Aun para los que siguen, paso á paso, los cambios de valor de una producción determinada, ha de ser imposible, en la mayoría de los casos, señalar á punto cierto las causas varias que en la mayor ó menor apreciación de aquélla influyen. El precio de los transportes, la época, las fluctuaciones bancarias y el estado de los mercados, son otros tantos motivos determinantes en la cotización de un producto, á los cuales hay que añadir y anteponer, por su vitalísima importancia, los progresos que en la producción se realizan de continuo, la tributación que sufre, la facilidad variable en la obtención del artículo, y la concurrencia que ofrezcan productos similares ó análogos. Con todo esto, resulta nuevo cada caso y excepción cada prueba aducida, axioma unas veces, falsedad otras, y las más motivo de duda y de controversia. Pero lo que es imposible en detalle aparece fácil en conjunto, y lo que aplicado á un solo caso sería falso, muéstrase, en síntesis, cierto hasta la evidencia. Nadie dirá, por ejemplo, las múltiples circunstancias que han influído en la baja de los cereales desde hace diez años, ni aun detallándolas todas podría señalar la parte proporcional que en la depreciación corresponde á cada una; pero nadie rechazará por absurda la idea de que esa baja en valor se inicia concertada la paz de San Estéfano, que permitió á Rusia y á Turquía lanzar sus repletos graneros sobre Occidente, y se acentúa con la facilidad mayor cada día en los transportes, la baratura de los fletes y la concurrencia americana á los mercados europeos. Fácil es también explicar la baja en valor de la producción mineral, con ser ésta ecuación difícil que resuelve casi siempre el egoísmo de poderosas sociedades, y en la cual influyen por misteriosas artes las cotizaciones de los cambios, no siempre

explicables ni lógicas. La depreciación en los metales, ¿quién duda de que tiene origen en la creciente extracción de los mismos no siempre equilibrada con las necesidades de las industrias metalúrgicas? ¿A poderse dudar de esto, diera prueba de ello nuestra propia exportación en creciente fabulosa, y diérala también la tendencia de acaparamiento hacia los cobres, mostrada con la creación de sindicatos explotadores, y que, como doble amenaza para la producción y para el consumo, aspira á acaparar también los hierros y el azogue. Y como estos dos ejemplos pudiérase citar el de la crisis industrial que ciertos artículos experimentan y que se ha revelado, tras la guerra franco-germana, en el afán que demuestra Alemania por sobresalir como nación productora, y á cuyo afán rinde inacabables estímulos de dinero y porfía incesante y no siempre leal de diplomáticos conciertos. He aquí cómo, vistos de lejos, pueden ser comprendidos los fenómenos económicos que, al detalle y en hechos parciales, mostrarían disparidades de bulto y contradicciones notorias; bien así como el fulgor de las estrellas presenta á nuestra retina luz semejante, con ser quizás unas encendidos mundos, gases esplendentes otras, nebulosa en caótica concreción alguna, y cuál otra rastro fúlgido de apagado sol, á modo de luminosa estela en el negro espacio.

Aunque lo contrario se crea, fácil es marcar las causas generales que han contribuído á la depreciación de los productos. Sin el ansia internacional por el desarrollo de toda riqueza, y sin los especiales motivos que hayan sido ocasión de restas en el valor de algunos artículos, la depreciación era lógicamente forzosa, y aunque más lenta y por manera menos brusca é inesperada, hubiérase mostrado. Todo en éste nuestro siglo de maravillosos inventos conspira, á la par que á la grandeza del hombre, á la

menor valía del producto, como si hubiera de ser señal de la apoteosis del humano espíritu el instante aquél en que lo más valioso sea baladí, y nimiedad y nadería lo antes inapreciable y apetecido. Cada sorpresa de la industria, cada progreso de la ciencia y cada portento de las artes son otros tantos motivos de inmediata depreciación en los productos, porque el precio no está en el objeto, sino en lo que la obtención de éste es rara, y su creación costosa, y su posesión difícil, y es divisa de nuestros tiempos borrar dificultades, facilitar imposibles y vencer resistencias. Ocasión de sobrepuestos era la distancia, y ésta ya no es otra cosa que una idea de relación cada vez más nimia. Ocasión de carestía era la escasez, y hoy nos sorprenden concurrencias desconocidas cuanto exuberantes, y nos asaltan de continuo pletóricas ofertas. Ocasión de privanzas económicas era el monopolio, y ahora es, á lo sumo, un recurso del Estado en bien del Estado mismo. De esta manera puede decirse con verdad que cuanto más se ensancha la facultad del hombre á adquirirlo y á poseerlo todo, tanto más progresamos, y puede decirse con razón que tanto es mayor el progreso cuanto menores sean los obstáculos entre la posesión y el deseo.

Ocurrese, tras esto, una pregunta: ¿cómo entonces nuestra crisis económica, que en la depreciación de los productos tiene origen, resulta tan fatal, aciaga y perturbadora? La respuesta es fácil. No está la crisis en la depreciación, sino en la depreciación brusca; como no está la caída en el descenso, sino en el descender rápido y violento: en una palabra, en el desequilibrio. Y ¿cómo se nota en todo ese desequilibrio! Entre la producción y el consumo, entre las necesidades crecientes y los menguantes recursos, entre el egoísmo del capital y los apremios del obrero, entre la tendencia cosmopolita de los negocios y

el individualismo del lucro, entre el trabajo como fin y el trabajo como medio, entre la riqueza como fundamento social y la riqueza como sanción de todo, entre el hombre para la sociedad y la sociedad para el hombre. ¡Cuántos problemas brotan de ese desequilibrio y cuántas tristes enseñanzas de la actual crisis! Mas no son ellos para este instante ni corresponden á un descarnado estudio económico de un punto concreto. Conste, sí, que esa nuestra presente crisis que ha perturbado todas las esferas de la producción, toma su gravedad de la violencia con que se ha realizado y de lo brusco de su desarrollo; y conste asimismo que la depreciación en los productos, causa integrante, por decirlo así, de la crisis, con ser fórmula de progreso, puede ser daño terrible y mal funesto, llevada de pronto y por caídas vertiginosas á bajas profundas y á deméritos inconcebibles.

¿Han existido esas bajas y ha sido tan notable, como queda dicho, la depreciación que ha experimentado la producción toda?

Veámoslo.

II.

¡Triste invitación es la que al lector se hace con la de datos estadísticos! Huye de las alineadas cifras la suelta fantasía, y de los cálculos aritméticos áridos y monótonos la vestimenta retórica artificiosa y elegante, y apártanse de las verdades descarnadas que los números dejan al descubierto la hipótesis soñadora del filósofo y el teorismo vago del político. Ciencia pretérita de curiosos y manía de impotencias, la estadística causa por lo común el mismo horror que, á mujeres un tiempo jóvenes y bellas, el recuento de los lustros que han vivido.

Mas no cabe elección donde el deber se impone, ni deben caber remilgos donde la experiencia brinda con incógnitas saludables y con enseñanzas valiosas. Y bien puede suceder que, con parecer tan árida la estadística, compensen sus verdades la atención prestada, y contribuyan á rectificar criterios, á corregir errores y á afirmar ideas deshilvanadas, y que la prevención mantiene á distancia del juicio y en destierro de la voluntad. ¿Quién sabe? No están reñidos con los números, sino todo lo contrario, los milagros modernos. Desde luego puédesse asegurar que el estudio estadístico de la depreciación en los productos ha de ofrecer revelaciones notables, ha de contribuir á lógicas explicaciones de fenómenos sin aquel estudio incomprendible, y ha de explicar hasta la comprobación lo profunda, lo inmensa y lo transcendental de la crisis económica que experimenta nuestra patria. No es, como ha de verse, una depreciación determinada y circunscrita, sino general y completa. No es una baja baladí que afecte á una riqueza sola y á un artículo insignificante. Es una depreciación importantísima y radical en muchos productos, que no altera, sino que transforma; no modifica, sino que cambia en absoluto las condiciones de los mercados.

Así, por ejemplo, ¿puédesse desconocer vitalísima transcendencia á la baja en los carbones minerales? Pues éstos en solos diez años han perdido muy cerca de la cuarta parte de su valor. Marcábales la valoración oficial de 1877 un precio de 25 pesetas por tonelada y señalales la de 1887 el de 18,50, y aún es exagerado este tipo, según el que por lo regular obtienen.—Los alquitranes y petróleos en bruto han perdido desde 1882 la mitad de su valor, y en igual tiempo una tercera parte de sus precios los petróleos rectificadós. ¿No es este dato una revelación completa y una comprobación cierta de la crisis olivarera?—

Todos los hierros descienden en cotización desde 1877, así el hierro en lingotes que ha bajado un 30 por 100, como el alambre que ha perdido el 17 por 100, como el acero cuya apreciación ha descendido más de la cuarta parte de su precio en aquella fecha.—Pérdida presenta el zinc, y pérdida de un décimo de su valor los aceites industriales, y pérdidas sensibles los productos químicos, y las féculas, y los jabones, y el algodón en rama, que ha bajado un 20 por 100 sus cotizaciones, y casi todos los tejidos, que han seguido al algodón en su descenso. El yute, el cáñamo y el lino no escapan de esa merma de valores sin dejar en ella la quinta parte de sus precios de diez años atrás, y con ellos descienden las lanas y los estambres, aunque no en proporción tan considerable, y las alfombras en un 40 por 100, y los paños en una quinta parte, y en un décimo las sedas. Apenas hay producto de nuestra importación que de la *vazzia* escape. El papel baja sus precios en más de una cuarta parte; la pipería salta una sexta parte de su valor, y reducen su estimación los guanos y las máquinas de todo género. ¿Y los productos agrícolas más importantes? ¡Qué depreciación tan estupenda! El arroz ha perdido desde 1877 un 40 por 100; más de un 35 el trigo; el 25 la harina, y otro tanto los cereales como término medio. ¿No ha de surgir la crisis pavorosa y terrible en un país cuya principal riqueza se ve desde el exterior compelida á una baja tan grande, sin medios de compensarla con exceso de producción ó con baratura en el trabajo? ¿Puede tomarse por hipérbole la queja, ni por exageración el lamento, en quienes á tal ruinoso pérdida se ven reducidos? ¡La crisis agrícola! ¿Qué mayor crisis que una depreciación brusca de más de un tercio en los productos? ¡La crisis azucarera! ¿Qué mayor crisis que una baja de 20 por 100 en los precios? No es baladí el estudio de

los números, que comprueban y ponen de relieve las causas inmediatas y las razones lógicas de la miseria y de la ruína de un país entero.

Vengamos á nuestra exportación con idéntico examen, siquiera en él ahonde el juicio algo más por lo mucho que ella nos interesa, y se detenga un poco la mirada por lo que directamente afecta á las riquezas nacionales. Más que á artículo de revista, préstase el asunto á apartado de libro y á consideraciones prolijas de informaciones múltiples. Ella es el proceso de nuestra vida económica y el augurio de nuestra indudable próxima miseria.

Terribles, económicamente considerados, han sido los efectos de la depreciación en los productos, que son base de nuestra exportación comercial al mundo entero. Bábase ésta casi por completo en nuestra riqueza mineral y en nuestra exportación agrícola, al punto de que en ellas solas estriban nuestras relaciones con el comercio internacional. Ni las industrias textiles, ni las industrias metalúrgicas, ni la cerámica, ni aun las explotaciones forestales á que pudieran haberse entregado comarcas enteras del país, pasan entre nosotros de ensayos ó de tentativas que, á lo sumo, demuestran nuestra idoneidad á la par que nuestra impotencia. Sea que hayamos llegado tarde á esa generación industrial que do quiera se nota; sea que no hayan sido bien encaminadas las iniciativas ni bien socorridas las fuerzas; sea que un sistemático abandono oficial haya ofrecido traba á desarrollos fecundos, que todo esto es y algo más al carácter debido y de nuestra pobreza efecto, necesario es reconocer que todos nuestros recursos se hallan circunscritos á lo que el suelo guarda avaro ú ofrece pródigo. ¿Qué extraña ha de parecer, pues, la crisis presente, si consideramos que los más principales productos han descendido considerablemente en sus precios?

Veamos nuestros minerales. Han perdido las blendas en solo cinco años la mitad de su valor, y un tercio de sus tipos en plaza nuestras estimadas calaminas. Nuestro mineral de cobre se cotiza hoy un 45 por 100 más bajo que en 1882, y nuestras tierras manganosas no alcanzan ni la mitad de los precios que lograban en esa fecha. Baja presentan las galenas y baja considerable de cerca de 30 por 100. Baja ofrece nuestro mineral de hierro, y nuestros lingotes han saltado de 9,50 á 3,50 pesetas los 100 kilos en un período de diez años. ¿Y nuestros reputados plomos? Estímense hoy con un demérito de 40 por 100 sobre sus precios de 1877. ¿De qué sirve que nuestra extracción mineral haya aumentado, si al propio tiempo ha disminuído su valor en un tercio por lo menos como promedio? Pues añádase á esa natural depreciación, consecuencia de la general que todos los productos experimentan, que el descenso sigue progresivo y tenaz; agréguese á todo ello la amenaza de acaparamientos, en vías de hecho, por sociedades poderosas, y dígase sinceramente si no es espantable el porvenir que se presenta para un ramo importantísimo de nuestra riqueza patria.

Mencionemos de pasada un contraste que la producción minera nos ofrece y cuya deducción puede ser de ilimitada enseñanza. Frente á la depreciación general que los minerales presentan, el azogue, el único producto explotado por una sola mano y cuya obtención arranca en un semi-monopolio, ha ascendido su cotización la décima parte de su precio en 1882. ¿Es que la depreciación se halla en la competencia envidiosa y en la concurrencia necesitada, ó hemos de creer que lo que es lógico para unos productos es absurdo para otros? Conteste el buen juicio, caso de que los hechos claros y evidentes necesiten de confirmación alguna.

Sigamos, en tanto, con el triste índice de los productos depreciados. La cáscara de la naranja, las cortezas curtientes, la cochinilla, la rubia, los jabones, el algodón hilado, los tejidos, el cáñamo y la seda, pierden en valor. Y lo pierden la pipería, la leña, el corcho en rama, el esparto, las pieles, las grasas y las plumas. La depreciación se ceba en cuanto puede sernos valioso y en cuanto nos es importante, y sólo se detiene ó se anula como sarcasmo cruel en aquellos artículos de escasas transacciones ó de limitadísimo consumo. Los cereales, las frutas (otra riqueza nacional), las harinas, en fin, caen también por ese declive que á la ruína nos precipita, sin salvador asidero ni sinuosidad que permita descanso. Los aceites y el espíritu de vino siguen la ley general, de la que no logran siquiera evadirse nuestros vinos.

¡Nuestros vinos! Mérecen, en verdad, párrafo aparte y atención preferente. De ellos, para mal de nuestros pecados, hemos hecho sostén casi único de nuestro comercio exterior, dándoles en él no una primacía, sino una privanza que, si es productora, es también peligrosa, pues nos ciñe y reduce á las contingencias de un solo artículo, y, lo que es peor, á la voluntad de unos pocos mercados. Esta última consideración, que las cifras evidencian, ahorra comentarios y releva de argumentos, ya que la apreciación de nuestros caldos está sostenida por la mera necesidad de una nación adquirente, en lugar de estarlo por la varia solicitud y la demanda múltiple y por la concurrencia de compradores en puja valiosa. Ya que andamos tan afanosos de buscar modelos económicos en el extranjero, bueno hubiera sido copiar el cuidado suspicaz con que todas las naciones procuran el desarrollo de diversos elementos de riqueza y explotan cada uno de ellos en varios países, no fiando jamás á un solo producto ni á un pueblo solo su co-

mercio de exportación. Error es éste en que hemos caído que puede costarnos caro en lo porvenir, y que, por de pronto, nos retiene en continuada zozobra. Bastaría un año fatal á nuestras viñas para que á la crisis de la penuria sucediera la crisis del hambre, porque hambre espantosa ocasionaría una baja de *cuarenta y tres por ciento*, á que asciende nuestra exportación vinícola, en nuestra exportación general. Bastaría asimismo un rozamiento grave con la nación vecina para que nuestros recursos se vieran considerablemente mermados y comprometido el principal medio de riqueza. Bastaría, finalmente, una concurrencia inesperada para que los tipos de cotización descendiesen á depreciaciones espantosas. No olvidemos la concurrencia americana á nuestros cereales: hace quince años hubiera parecido locura la idea de que de América viniesen el trigo y el maíz á competir con los nuestros, y, sin embargo, compiten. Háganos precavidos la experiencia.

Dejemos, no obstante, las hipótesis y examinemos hechos. Con ellos hay bastante comentario. Nuestros vinos de Jerez, tan preciados un tiempo y tan reputados siempre en todo el mundo, han perdido en solo cinco años más del tercio de su valor, y el 40 por 100 de sus valoraciones nuestros vinos generosos. La baja es por demás grande para que pueda pasar desapercibida. Y téngase en cuenta que se trata de productos cuya exportación rebasa ahora de 42 millones de pesetas, y cuya pérdida, por tanto, debe apreciarse en no menos de 22 millones, según los precios que alcanzaban hace cinco años. ¿Es ó no importante la depreciación experimentada por nuestros vinos superiores?

Pues ¿y nuestros vinos comunes? Cuando tal alharaca se ha metido con esta producción, presentándola como panacea comercial de España y haciendo de ella piedra angular de nuestro edificio económico, no holgarán cifras

rigoristas ni parecerán impertinentes algunas consideraciones. Mantiene la valoración oficial el tipo de 30 pesetas por hectólitro, de una manera idéntica desde hace bastantes años, para los vinos comunes; pero ese dato se halla desmentido plenamente por las estadísticas. Mientras en el año común del quinquenio último de 1882-1886 los 690 millones, cifra redonda, de litros exportados produjeron 253.700.000 pesetas, la exportación de 1887, que ascendió á 797 millones de litros, sólo tuvo un valor de 239.113.818 pesetas. *¡Ciento siete millones de litros más en venta han dado un producto de catorce millones MENOS!* Con arreglo al promedio resultante en el quinquenio citado, nuestra exportación de vinos comunes en 1887 debiera habernos valido 287 millones de pesetas, 48 millones más de lo que en realidad hemos obtenido; es decir, que aparece una baja evidente de 12 por 100 en los precios de nuestros vinos de pasto. ¿No ha de producirse la crisis si sólo en la producción vinícola merman los ingresos de fuera en 62 millones anuales, entre vinos superiores y comunes? Pero no era necesaria la prueba de los números para probar tal depreciación: acusan ésta hechos evidentes, públicos y conocidos, y el testimonio irrecusable de nuestros vinicultores todos; revélanla, en especial, aunque esto parezca forzado argumento, la sofisticación y el artificio de que vienen siendo objeto nuestros caldos, prueba plena de la depreciación notada, porque son ley histórica y razón añeja que andan siempre la superchería y el engaño á la zaga de la baja en los precios de los productos.

He aquí, pues, á qué queda reducida la pomposidad con que nos llenamos la boca á todas horas al hablar de la estimación creciente de nuestros vinos de pasto. Con ser ellos tan famosos no logran resistir el descenso gene-

ral en la valoración de los artículos. ¡Una baja de 12 por 100 en nuestra principal riqueza, bien puede ser motivo á preocupación unánime! Y lo es, sin duda. En esa baja explícase la pérdida de los mercados americanos, para los cuales muéstranse rehacios nuestros exportadores; en esa baja se explica también la apatía general que siente nuestro comercio vinícola hacia pesquisas é intentos de exportaciones á nuevos países. ¿Quién sabe á dónde vamos si la depreciación continúa? La cobardía va convirtiéndose, por tales rumbos, en virtud comercial, y en consuelo inapreciable el daño conocido.

Á tal extremo nos conduce ese mal cuyo término no se vislumbra; creciente, por el contrario, cada año, y que debiera llamar la atención de nuestros economistas y excitar al estudio y á la reflexión á nuestros hombres de gobierno, porque á ese daño va unida la ruína del país y su desgracia futura. Mal oculto á la percepción inmediata por la carestía de la vida, por las necesidades en aumento y por los tributos en exceso, á todos, sin embargo, nos hiere, y todos, sin embargo, ni le prestamos cuidado ni le rendimos reflexión atenta. Y es en vano que nuestras Cámaras de Comercio en el extranjero, la de Londres en primer término, señalen con insistencia fenómeno tan grave y suceso transcendental como pocos; y en vano es que, respondiendo á esa depreciación en aumento, decaigan industrias, merme el trabajo y huyan aventados á lejanos países nuestros braceros y pequeños industriales. ¡La depreciación en los productos!.... ¿Cómo, nos preguntamos todos, cómo han de bajar en precio los artículos, si casi todo llega al consumidor más caro que antes, al punto que la vida se hace imposible? Y, no obstante, aquello es cierto, tristemente cierto, aunque del contraste no se vea más que un lado y la antítesis no aparezca. Para verla hay

que presentar todo nuestro organismo político, despilfarrador y costoso, frente á los miles de fincas que la Hacienda subasta en pago de contribuciones; hay que presentar nuestros vicios elevados á necesidad, y lo supérfluo ascendiendo á costumbre; hay que presentar, en fin, nuestra vida asediada por gastos continuos y nuestra miseria atormentada por inacabables deseos. Allí está, en todo esto, el contraste entre la depreciación de los productos y la carestía de la vida.

Neguémoslo ó no, comprendámoslo ó no, atendámoslo solícitos ó despreciémoslo indiferentes, el hecho no es menos cierto. Desciende el valor efectivo de la moneda; descende el valor de las propiedades; descende el valor de los productos, y todo merma, baja, decrece, disminuye, se reduce y se deprime. El termómetro de la riqueza tiende al cero, y en restas y en particiones ciframos toda nuestra moderna ciencia económica. El *¿quién da más?* de las subastas parece anacrónica codicia y anticuado egoísmo: el cosmopolitismo comercial de ahora usa otros sistemas, y el progreso al galope otros caminos. Si eso será un bien futuro, ya lo dirán los tiempos; si es hoy un mal, no hay más que verlo.

III.

Tanto se ha hablado de las compensaciones que el crecimiento del consumo ofrece á la depreciación de los productos, que es fuerza, á modo de epílogo de estas abocetadas notas, examinar lo que representa la tan cacareada compensación. Fácil es la tarea.

De que el consumo ha aumentado no puede haber duda; de que ese aumento haya sido proporcional á la baja de

precios, sí que puede dudarse. La crisis económica no hubiera, de lo contrario, surgido, porque todo desarrollo de producción implica lógicamente menor coste en el producto, y las crisis arrancan, no del desarrollo armónico de la riqueza, sino de un desequilibrio brusco é inopinado.

Hablen cifras y callen hipótesis. Desde 1877 á 1887 las importaciones han aumentado en España un 34 por 100, y nuestra exportación ha seguido igual ascenso en un 29 por 100. Datos son éstos irrecusables y de los cuales dan fe las estadísticas: compárense con los que ofrece la depreciación de los productos, y dígase sinceramente si un aumento de 30 por 100 en el promedio de operaciones realizadas puede compensar la baja en valores, que excede, sin exageración pesimista, del 35 por 100. ¿Cabe admitir en absoluto que el exceso de producción ha recabado en ésta una tan inmensa economía? Admitámoslo así, en buen hora. ¿Qué ventajas reporta al productor el estimular el consumo y forzar la producción, si no alcanza con ello más que igualar los beneficios que obtiene ahora con un número mayor de operaciones, á los que obtenía antes con un tercio menos de capital, de actividad y de trabajo? ¿No es ya un desequilibrio, es decir, una crisis toda desproporcionalidad en el lucro obtenido?

Pero no es ésta la objeción única á las compensaciones de que tanto se habla. Esa economía lograda, sin duda, en la producción, hase visto contrarrestada en buena parte por causas que no son para perderse en un rincón de la memoria. Demos de barato que á la baja en el valor de los productos ha contribuído, en primer término, la facilidad de obtenerlos, y concedamos de buen grado que en la depreciación influyan poderosamente la baratura y rapidez de los transportes, la simplificación del trabajo y, si se quiere más, la prodigalidad de la naturaleza. Pero ¿acaso

no han aumentado, en cambio, los jornales y los tributos? ¿No han aumentado también lo que hemos dado en llamar necesidades de la vida? ¿No han aumentado asimismo las obligaciones sociales?—Sube el consumo, ¿quién lo duda? pero crece también el tributo público, y la necesidad individual, y el jornal del bracero, y el requerimiento social á interminables dispendios. De este modo la compensación que el mayor consumo ofrece á la depreciación del producto hállase, no anulada, pero sí mermada en mucho, y se origina la crisis económica, crisis que á ninguno aprovecha y á todos daña, porque todos nos hallamos más ó menos directamente sometidos á su influjo.

Apremiada la producción por codicias propias y ajenas; requerido á la par el capital por impuestos excesivos y tributos crecientes, han buscado natural compensación en el mayor consumo y han pretendido alcanzar esto por la baratura de los productos. El consumo ha aumentado ciertamente; pero con ese aumento ha venido la ilusión óptica de una falsa riqueza y la realidad triste de necesidades nuevas, precisamente cuando la depreciación venía á limitar los medios de satisfacerlas, puesto que reducía la utilidad al mermar el valor de los productos.

Innegablemente ha habido en esto un fatal error, cuya rectificación, en boceto ya, permite esperar, á falta de otras ilusiones, en el término del conflicto económico originado. El crecimiento del consumo no tanto debiera haberse buscado en bajas contraproducentes cuanto en el desarrollo comercial y en la universalidad, por decirlo así, de los productos; en una palabra, más en la colonización que en la competencia mercantil. Hubiéramos obtenido entonces para la producción un desarrollo positivo, esto es, la riqueza, y no un desarrollo negativo, esto es, la crisis. Algo de esto, y con ansias múltiples y diversas y

quizás enemigas, inténtase ahora; pero posible es que no resulte oportuno hoy lo que ayer hubiera sido de vitalísima conveniencia. De todas suertes, oportuna ó no, esa tendencia es sólo problemático bien y no próximo socorro; menguada esperanza, en verdad, para un mal cierto y un daño inmediato.

Por si acaso, preferible es que con ella no contemos, como no debemos confiar en que circunstancias inesperadas logren, en largo espacio de tiempo, para los productos el valor perdido. Lógicamente pensando, la depreciación ha de continuar arrastrada por su propio peso, porque á menores precios han de corresponder menores utilidades, y con éstas más limitados medios para el consumo, y menor demanda por tanto, y nueva depreciación por consiguiente, cuyo sólo límite puede prefijarse en los linderos de la ruína ó en las vecindades del monopolio. Lo más probable es, no obstante—y será lo más cuerdo,—que busquemos dentro de un mal, hoy por hoy irremediable, un consuelo en la previsión y en el cálculo antes que el remedio se imponga como necesidad instintiva y ciega. Ya que no sea factible elevar los precios, descendamos nosotros á ellos; y pues la crisis no es sino la resultante de un desequilibrio, procuremos que éste desaparezca en cuanto lo haya provocado nuestro error y lo mantenga nuestra voluntad. No es, á fe, la tarea imposible, ni difícil siquiera por lo que á España se refiere: cuestión es todo ello de no persistir en gastar como ricos quienes jamás lo fueron, ni han sabido conservar sus escasos recursos con acertada previsión y recelosa prudencia. Cada producto en depreciación ofrece al estadista una enseñanza y al hombre de gobierno un provechoso aviso; cada valor en descenso puede advertir al industrial de un peligro y señalar al comerciante un rumbo. Tradi-

cionalmente apáticos en lo que á la iniciativa individual toca, hemos caído en el opuesto error como entidad política, y hemos sido irreflexivamente innovadores. Será ó no será efecto de este trueque de funciones nuestra actual crisis económica; pero con él ha coexistido y con él se ha desarrollado.

Y esto es lo que conviene notar antes de que tengamos que poner á la cabeza de los productos en depreciación el más caro y el más útil que puede tener un pueblo: la experiencia.

J. EDUARDO SELLENT.

BARCELONA, Febrero 1889.

ANTONIO DE TRUEBA.



«¿Qué entiendo yo de griego ni de latín, de preceptos de Aristóteles ni de Horacio? Habladme de cielos y mares azules, de pájaros y enramadas, de mieses y árboles cargados de dorada fruta, de amores y alegrías y tristezas del pueblo honrado y sencillo, y entonces os comprenderé, porque de eso nada más entiendo.»

(El libro de los cantares.)

I.

Es un hecho innegable el que en la historia de nuestra literatura tiene Trueba desde hace treinta años reconocido y arraigado el envidiable título de escritor famoso, con esa fama que la opinión pública otorga y perpetúa, que en vida honra y distingue, y que después de la muerte inmortaliza. Difícil es determinar, en la numerosa falange de escritores que han trabajado y trabajan en estos tiempos en el campo de las letras, cuáles sobrevivirán con su renombre, enaltecidos necesariamente por el mérito de su propio valer, que el paso de los años, en vez de eclipsar, depura, abrillanta y sublima, porque todos los días vemos cuán rápidamente se desvanecen y olvidan muchas fulgurantes reputaciones, que lucieron de repente y pasajeras á grande altura, dejando tras de sí, por breves momentos, una estela de lumbre bien pronto

apagada en los oscuros y tenebrosos espacios de la indiferencia, como se encienden, resplandecen, corren y se apagan, durante las noches serenas, los fragmentos de la materia errante, al surcar los océanos de nuestra atmósfera en las inmensas latitudes del cielo.

Queda de la literatura lo que es natural y espontáneo, lo que nace del genio ó de la inspiración; y muere, en cambio, en cuanto le falta el ambiente de la oportunidad, lo que es artificioso y forzado, lo que es producto del costoso aprendizaje ó de la imitación, lo que no es hijo de nuestro espíritu y de nuestro sentimiento, lo que resulta ser siempre eco mal remedado de la energía y del talento de los demás.

Trueba, con su sencillez, con su cándida naturalidad, no copió á nadie ni á nadie se asemejó. En aquellas humildes esferas en que toda su vida se agitara, al pintarlas y describirlas, al hacer esos cuadros de género que desdennan los artistas del gran mundo, los que crean ó componen (que esto es lo cierto, mecánicamente considerado) grandes infolios descriptivos y filosóficos, cuajados de rica indumentaria artística y psicológica y teñidos con los colores de la más despiadada, mordaz y exagerada burla de todo cuanto anda por el mundo algo falto de equilibrio material ó moral, al bosquejar el poeta vizcaíno, en sus cuentos y romances, la sociedad del pueblo y de la aldea, no la desfiguró ni disfrazó, sino que de tal modo la dejó retratada, que aldeanos y madrileños, al verse descritos tales cuales eran, guardaron encantados, con amor y gratitud, aquellos libros, y otorgaron á su autor el título de poeta del pueblo, que ni críticos ni sabios han pretendido públicamente negarle nunca.

Hace cerca de treinta años sus obras se reproducían en España en cinco y seis ediciones, sanción elocuente del

mérito aquilatado, á cuyo envidiable honor han llegado muy pocas; y mientras aquí eran de ese modo recibidas, traducíanse en el extranjero á la mayor parte de las lenguas. Y no sólo el pueblo y la gente culta con sus aplausos, sino los príncipes y los reyes con su protección, enaltecían el nombre del afortunado escritor, pobre de ánimo y de aspiraciones siempre.

Después, al través del tiempo transcurrido, en la constante labor realizada por su cerebro y por su pluma, jamás parados, al publicar nuevos y nuevos volúmenes, no le ha negado el público su favor, y las ediciones se han repetido, á pesar de que en nuestros días la concurrencia ó competencia literaria, por ser tan grande, entrega en un mes, á la voracidad pública, diez veces más producciones que las que en aquellos tiempos aparecían en un año, con la agravante circunstancia de que hoy andan las gentes de continuo tan ocupadas y preocupadas, que por no haber tiempo para cuidarse de las golosinas del espíritu, se lee muchísimo menos que entonces.

Pero aún vive arraigada en el fondo de nuestro pueblo, en el núcleo de su bonachona y un tanto atrasada clase media, la afición á la lectura de los libros que, por la naturalidad de su lenguaje, por lo caliente y verdadero de los sentimientos, por la oportunidad y sana picardía de las gracias y por lo escogido de los asuntos, se identifican muy pronto con su espíritu, no dado á resistir de un tirón interminables descripciones, ni á profundizar fácilmente intrincados análisis del espíritu, dentro de cuyos ostentosos marcos artísticos y entre cuyas honduras sentimentales ó metafísicas no encuentran nunca el movimiento y la vida, que producen el encanto en las narraciones novelescas, sino á lo más la caricatura ó la apoteosis de algún par de tipos extravagantes, que concluyen sus cari-

ños ó sus odios con un abrazo ó que se tiran los trastos á la cabeza.

Aún queda en el seno de nuestra sociedad mucha gente que leyó en sus tiempos con cariño, y que conserva y da á leer á sus hijos, los libros de Trueba, claros y corrientes en su dicción, naturales y simpáticos en sus tendencias, graciosos y limpios en sus humorísticas picardías, y variados é interesantes en su argumento; y aún se adquieren con empeño sus últimas producciones, en las que la literatura y la historia se hallan tratadas discretamente con formal criterio y sin ostentación alguna. Cuando pudo aventurarse, en alas de su justo y envidiable crédito literario, á ocupar en Madrid honroso puesto ó á utilizar su fama y sus relaciones en la esfera de la explotación burocrática ó de la política que atrae y encumbra, como en general lo han hecho y lo hacen los hombres de letras, él renunció á los honores académicos, á la pitanza del presupuesto y á los relumbrones políticos, y dejando á los demás que á su placer bogaran en esos anchurosos mares donde se logran honra, dinero y fama, siquiera duren sólo mientras dura la vida pasajera, y siquiera los alcancen y disfruten muchos que no valen más, ni tanto siquiera, como lo que Trueba valía, sin disputar á nadie esas ventajas, se fué contento y tranquilo á su tierra vizcaína, cuando ésta, culta y levantada siempre, le honró llamándole desde el sagrado solar de Guernica á que ocupara el puesto de cronista y archivero del Señorío.

Había realizado el poeta sus sueños más placenteros. Ya tenía en su país asegurado un poco de pan; lo demás lo llevaba él consigo: la familia amante, el digno renombre, la laboriosidad ejemplar.

Su «categoría» literaria, tan bien reconocida y asentada, no fué para él jamás incompatible con el ejercicio de

la modesta, ruda y civilizadora labor del periodismo. Trueba, es verdad, era un escritor, un poeta laureado, un aristócrata de la familia literaria por sus éxitos; pero es verdad también que fué además de esto un periodista de vocación, de los de la verdadera raza, de los que más dignamente deben honrar la prensa española de nuestro siglo. En la bella literatura como genio, ganó sus laureles y en la prensa corriente como obrero, como hombre de bien, ganó el pan de cada día.

Hoy se recuerda, se llora y se alaba al poeta. ¡Ah! En aquel glorioso veterano de las letras, en aquel santo varón, que vivía modestamente en Bilbao, tanto como al poeta, más que al poeta, venerábamos todos al trabajador incansable, al periodista que durante cuarenta años no se rindió jamás, al que después de haber honrado á las letras castellanas en Madrid, haciendo desde aquí gustar sus delicias á todo el mundo culto, honró idólatra al país vascongado, dedicándole las primicias de su talento, y cantando las glorias y los infortunios de sus envidiadas libertades populares, tanto más grandes y deseadas cada día cuanto más crecen, fuera de aquella tierra, la inmoralidad, el atraso y la impotencia.

Tal fué aquel hombre ejemplar: grande de corazón, corto de ánimo, en cuya existencia humilde nadie recordará un solo detalle que manche su memoria, y cuya figura, purificada ya por el respeto de la muerte, surge hoy en Vizcaya y en España entera enaltecida por las alabanzas de cuantos se honran en hablar la lengua castellana, y de cuantos entienden que la literatura ha de dedicar sus primores, más que á la inteligencia que discurre y analiza, al corazón que siente y que se dilata gustando los atractivos de la bondad y de la belleza.

II.

A la izquierda de la ría de Bilbao y de la vega de Baracaldo se alza la cordillera de Triano, famosa en el mundo entero por sus grandes minas de hierro, y detrás de ella, en sus vertientes occidentales, está, en las Encartaciones y en el concejo de Galdames, el pueblecito de Montellano. Allí nació Trueba en 1821. Tuvo desde muy niño afición á la poesía. «Cuando mi padre iba á alguna feria—dice en su artículo *Romances de ciego*,—esperaba yo con impaciencia su regreso, porque sabía que me había de traer algún «nuevo y curioso romance.» Aunque volviese á las dos de la madrugada, me encontraba despierto esperándole, ó mejor dicho esperando las coplas; y tal acogida encontraban éstas en mí, que no me dormía hasta que las aprendía de memoria ó poco menos. Cantarlas y recitarlas era para mí el placer de los placeres.» Y no sólo gustaba de la vulgar poesía de los romances populares, sino que la poesía de la naturaleza le afectaba también. Así lo ha recordado en las curiosas *Notas autobiográficas*, que como último trabajo y como despedida al mundo ha publicado no há mucho en *La Ilustración Española y Americana*. «Cuando se cubrían de hoja las arboledas que cercaban nuestra casería de Santa Gadea, y de flores los cerezos que daban nombre á la fuente inmediata, y los mirlos y malvises se deshacían en cánticos amorosos en aquellas umbrías, yo sentía que algo extraordinario *me andaba por dentro* y experimentaba una mezcla singular de alegría que no acertaba á explicarme.» Destinado á ser labrador ó minero, quiso la mala fortuna del país, que providencialmente fué buena para él, separarle del campo y

de las minas. Los horrores de la guerra, que magistral y patéticamente describió después en el primer cuento de la colección de los *de color de rosa*; aquel desertor cristino muerto apaleado sobre un tambor en Montellano, y aquella hermosa joven, su novia, fusilada al exclamar: «¡Viva Carlos V!»; aquella sangre brutalmente vertida, hicieron que sus padres, temiendo por la suerte del estudioso joven, á quien ya buscaban los carlistas para alistarlo en sus filas, le enviasen á Madrid diciéndole: «Ve á ganar honradamente tu subsistencia, y no olvides que somos muy pobres los que aquí quedamos.» Los carlistas se apoderaron de su padre y le tuvieron preso hasta la terminación de la guerra, perdiendo la poca hacienda que en aquellos pueblos poseían. Tenía entonces quince años (1836); y aunque cambió de escenario, no cambió de oficio al venir á Madrid, porque en su tierra ya manejaba y cargaba la vena de mineral, y aquí, en la ferretería de su tío Don José Vicente de la Quintana, en la calle de Toledo, número 81, tuvo que dedicarse á manejar y pesar lingotes y barras y clavos de hierro. Pero tampoco cambió de aficiones ni de inclinación. Aquí, en más ancho campo para instruirse, leyó Trueba con pasión, con fiebre, en sus horas de descanso, en sus noches de reposo, todo cuanto estaba al alcance de sus escasos ahorros de dependiente, todo cuanto amigos y parientes le prestaban para que leyera; y sin más profesores ni más prácticas escolares que las que tuvo en su aldea, amplió él mismo su educación literaria, sostenido por su afición á las letras, dedicándose en sus soledades á estudiar y á admirar á los literatos que entonces gozaban de la aureola de la fama pública. En la modesta habitación del dependiente de la ferretería veíanse las armas con que hacía sus ejercicios de soldado de las letras, no del comercio. Á las coplas y roman-

ces de Montellano habían sustituido los periódicos y los libros de Madrid. Muy pronto se familiarizó con las obras del Duque de Rivas, de Zorrilla y de Espronceda, de Hartzenbusch, de Larra, de Roca de Togores, de Tassara, de Escosura, de Enrique Gil, de Arolas, de Estébanez Calderón, de M. de los Santos Alvarez, de Bretón de los Herreros, de Pacheco, de Vega, de Rubí, de Pezuela y de Carolina Coronado, que honraban con sus nombres al Parnaso español. Y cuanto más leía, más separaba sus aficiones del mostrador de la tienda de hierro y con más fe y vocación emborronaba en algunos pliegos los bosquejos de sus futuras composiciones. Diez años duró esta lucha entre el deber de ganar un sueldecillo y de no disgustar á sus padres y el amor á probar fortuna en el campo de la literatura y de entregarse en brazos de las musas. Al fin venció el poeta al comerciante. Los éxitos que habían logrado durante ese tiempo Romero Larrañaga, Guillén Buzarán, Campoamor, Cañete, Fernández-Guerra, Olona, Segovia, Navarrete, Fr. Gerundio, Antonio Flórez, Egueren, Villergas, López Pelegrín, Asquerino, Satorres, Adame, Villoslada, Tejado, Muñoz Maldonado, Gallardo, Pérez Calvo, el Barón de Biguezal, Mora y otros tentábanle con poderoso impulso; y después de haber publicado con marcada timidez y casi sin firma algunos ensayos, que fueron bien recibidos, hubo de dejar los hierros de su prisión mercantil de la calle de Esparteros, donde vivía en 1845, y se lanzó á la vida del bohemio honrado, lleno de fe, jamás calavera ni hombre perdido, aunque sí un tanto romántico, como la moda de aquel tiempo lo exigía, y empezó á recorrer el calvario de la gloria con la mente llena de ilusiones, ayunando á menudo y resistiendo con la energía de sus veinticuatro años los encontrados choques de las alegrías de la literatura, que eran pocas,

con las penalidades de la vida real, que sin cuento abundaban. El dueño del comercio en que servía abandonó á Madrid, á su esposa y á sus hijos, y Trueba trabajó sin descanso para proporcionarles el urgente socorro que necesitaban.

De aquellos días son las primeras composiciones de Trueba que yo conservo. Su inspirada musa escribió siempre, lo mismo en 1845 que en 1889, con la cara vuelta hacia Vizcaya. *Á la torre de Loizaya*, en Galdames, se titulan sus primeros versos, en cuya composición se leen, entre otros, los siguientes:

«Eres la gigante torre
Sentada en la enhiesta loma,
Que al tiempo audaz desafías
Y en tí sus iras se embotan.

En vano los huracanes
Desencadenados soplan
En tu derredor, en vano
Tus altos muros azotan;
Á tus embates resisten
Tus pardas almenas góticas,
Y así, eslabonando siglos,
Triunfos también eslabones.

Mil veces te he comparado
Con una reina orgullosa,
Que en alto trono sentada
De omnipotente blasona.

Por trono tienes la cumbre
Donde te alzas majestuosa,
Y tus gigantes almenas
Constituyen tu corona.

Vasallo tuyo es el pueblo,
Que humilde ante tí se postra,
Y tiembla si te dirige
Su mirada respetuosa.

.....»

Logró obtener un modesto destino de diez reales en el

Ayuntamiento, en cuyo desempeño estuvo tres años, y en cuyo tiempo escribió sus primeras novelas (1847).

Poco después publicaba en la *Revista Vascongada*, que dirigían en Vitoria sus amigos los Sres. Ayala y Manteli, una bella poesía titulada *Contemplando dormido á un niño poeta*, que dedicó á su compañero el escritor gallego Hipólito Pérez Varela. He aquí algunas de sus estrofas:

«.....

.....

El mundo te llama niño,
Y á fe que el mundo no yerra
Si la niñez por los años
De la criatura se cuenta.

Es niño; pero se agitan
En esa infantil cabeza
Los pensamientos del hombre
Que encaneció la experiencia.

Es niño; pero grabaron
Sobre su frente serena
La meditación arrugas,
Y el amor signos de penas.

Es niño; pero ha sentido
Más de una vez las tristezas
De la vida en largas noches,
¡De insomnios febriles llenas!

.....

.....

Descansa, cantor, descansa;
Recobra valor y fuerzas,
Y sigue con fe el camino
Que ya comenzado dejas.

Si en él punzantes espinas
Tu débil planta laceran,
También á su ansiado término
Corona inmortal te espera.»

En la misma revista hay un sentido artículo suyo que, con el título de *Caridad y genio*, recuerda un hecho generoso de la insigne artista María Malibrán, hija de nues-

tro compatriota Manuel García. El genio humorístico del poeta, que jamás le abandonó en sus populares descripciones, despuntaba también ya en aquellas primeras tentativas literarias. En una composición publicada en 1848 que tituló *Á la joven poetisa A. F.* (Amalia Fenollosa), se lee:

«.....

 Viérasme por esas calles
 Y esos paseos no há mucho,
 Siempre cavilando, siempre
 Con los ojos como puños.
 «¡Bueno es el mundo!—pensaba:—
 Por más que busco y rebusco,
 No encuentro en él otras leyes
 Que las leyes del embudo.
 Si Caco y Judas la frente
 Levantaran del sepulcro,
 ¡Oh, ciencia nuestra, dirían,
 Ya eres señora del mundo!»
 Estas y otras reflexiones
 Me irritaban á tal punto,
 Que hubiera empezado á palos
 Con un centenar de tunos.
 Pero me dije á mí mismo:
 «Antonio, no seas bruto;
 Deja esas cavilaciones
 Ó eres en breve difunto.
 Si necesitas mañana
 Para comer medio duro,
 No te lo darán en cambio
 De humanitarios discursos.

 Si la ciencia de la vida
 Enseñase el infortunio
 Y el desengaño, ya debes
 En esa ciencia ser ducho.»

Desde los veinticinco á los treinta años hizo su verda-

dero aprendizaje literario, colaborando en multitud de periódicos y poniéndose en relación con la gente de letras, aunque viviendo siempre en modestísima esfera. Cuando su nombre empezó á figurar en las revistas y periódicos durante ese quinquenio, era en aquellos mismos tiempos en que vinieron á Madrid y se dieron á conocer como escritores Valladares y Saavedra, Monje, Balaguer, Teodoro Guerrero, Sáenz de Miera, Cánovas del Castillo, Madrazo, Jove y Hevia, Flamant, Bueno, Fernández y González, Aiguals de Izco, Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda, Baralt, Sáinz Pardo, Barrantes, Ariza, Jiménez Serrano, Vila, Fernán Caballero, Cervino, Mieg, Eduardo Gasset, Martín Redondo, Camprodón, Iza, Leiva, Aldana, García Escobar, Bravo y Destouet, Martínez Padín, Goizueta, Casas-Deza, Fernández de los Ríos, Anduaga, García de Quevedo, Costanzo, Magán, Remigio Salomón, Castro y Serrano, Eguílaz, Luque, Arnao y Carlos Pravia. Con estos cinco últimos vivía Trueba íntimamente ligado por los lazos del más cordial compañerismo en 1851, cuando publicó la obra que le dió para siempre especial y característico renombre, *El libro de los cantares*, de la cual se han hecho en España ocho ediciones. Su buena estrella le hizo intimar sobre todo con el Sr. Castro y Serrano, á quien se debe la mejor biografía de los primeros tiempos del poeta, que no sólo se reprodujo en España, sino que figura en la hermosa edición alemana de los *Cuentos de color de rosa*, que se hizo en Ausburgo en 1861. En el prólogo de *El libro de los cantares*, que es todo un modelo de corrección, de sentimiento y de poesía, y que por sí solo bastó para colocar á su autor entre los escritores más distinguidos, explicó ingenuamente cómo se inspiró en los recuerdos de su país para glosar los cantares del pueblo. «No busquéis

en este libro erudición ni arte, decía. Buscad recuerdos, corazón, y nada más..... No faltará quien encuentre pueril el lenguaje—añadía, anteponiéndose á la injusta crítica que muchos espíritus fuertes (?) han hecho de la literatura de Trueba,—en que generalmente expreso mis pensamientos. No hay lenguaje más pueril que el del cariño y la inocencia, el de las madres y los niños; pero ¿dónde hay más pureza y sentimiento que en los niños y las madres? La mayor parte de los versos que contiene este libro se han compuesto de memoria, soñando con mi país y vagando por el Retiro, por la Florida, por la Montaña del Príncipe Pío, por la Casa de Campo, por la Virgen del Puerto, por las praderas del Canal, por Lavapiés y el Barquillo, por donde quiera que cantan pájaros y ostenta el pueblo sus virtudes y sus vicios, que de todo tiene el noble pueblo español. Con este sistema ha perdido el arte, pero ha ganado el sentimiento. En resumen: he compuesto mis cantares como sé, á la buena de Dios, como el pueblo compone los suyos.»

Tal fué Trueba, en estos párrafos retratado de cuerpo entero. El poeta que vagaba por los barrios y alrededores de Madrid, observando, inspirándose y cantando; hirió la fibra delicada del pueblo madrileño, y desde entonces ¡cuántos aprendieron y repiten sus hermosos cantares!

«.....

— «¿Quién te ha enseñado á cantar?»

Me preguntan todos.—Nadie:

Yo canto porque Dios quiere,

Yo canto como las aves.

.....

.....

Débil, inocente niño,

Vertiendo llanto á raudales,

Me arrancó la desventura

Del regazo de mi madre,

Y busqué en tu villa quien
 Mis lágrimas enjugase.
 Quince años há que discorro
 Por sus plazas y sus calles,
 Como mis padres honrado
 Y pobre como mis padres.
 Á veces me faltan fuerzas
 Para seguir adelante,
 Y nadie sostiene al pobre
 Antón el de los cantares;
 Pero el amor de mi alma
 Tu noble villa comparte
 Con el valle solitario
 Donde me parió mi madre.

.....*

¿Pueden pintarse cuadros más sencillos ni más poéticos que los que este libro contiene, entre otros, con los títulos de *La primera verbena*, *La niña de ojos azules*, *Amor sin esperanza*, *El adolescente*, *Una romería*, *Contra tristeza cantares*, *Las muchachas de Sanlúcar*, *La vida de Juan Soldado*, *La Sanjuanada*, *La Primavera*, *Amor de amores*, *Las madres*, *Periquito entre ellas* y *Noche-Buena?* La poesía resulta en ellos fácil, sencilla y natural; pero ¡cuán difícil y cuán trabajoso ha sido el imitarla para los que lo han intentado! El éxito de este libro fué extraordinario. Agotáronse en poco tiempo repetidas ediciones de miles de ejemplares; se reprodujo en la mayor parte de las naciones de Europa y de América; los Duques de Montpensier costearon la cuarta edición, y la Reina Isabel ordenó é hizo pagar en 1862 la que se hizo de ésta y de las demás obras del popular escritor. En sus páginas hay especiales dedicatorias á sus amigos del alma Arnao, al gran autor dramático Luis de Eguílaz, á su compañero Diego Luque, al periodista y novelista Carlos Pravia y al insigne Pedro Antonio de Alarcón. Para todos tiene amantes frases y elogios sin cuento el generoso Trueba,

que en vez de ser crítico despiadado y mordaz, émulo de sus compañeros de profesión, como en general se acostumbra á serlo en la república de las letras, fué siempre cariñoso pregonero del mérito y de las virtudes de los demás.

No intentó con tan buena fortuna el cultivo de la novela histórica. Sus libros de aquel tiempo (1851), *El Cid Campeador* (que él mismo ha calificado de malo), *Las hijas del Cid* y *La paloma y los halcones*, resultaron tan poco aceptables, que desde luego se decidió á abandonar para siempre semejante género literario. La bella literatura, la de sus obras escogidas, daba poco para comer, y le fué necesario ingresar en el ejercicio de la literatura jornalera y batalladora del periodismo para que el cuerpo pudiera sostenerse y para que el espíritu continuara cantando. El Sr. D. Manuel María de Santa Ana, que á tantos escritores ha amparado y que á tantos pobres ha sostenido y sostiene, gracias á su feliz inspiración de crear *La Correspondencia de España* autógrafa primero y tipográfica después, llamó á su lado á Trueba, á propuesta del Sr. Castro y Serrano, y allí empezó á encontrar el poeta casa y pan para muchos años. Muy poco ganaban en aquel tiempo los periodistas. Trueba cobraba seis reales diarios, y los primeros redactores ocho. Á contar desde entonces, y sin abonarle los servicios de periodista que prestó con Carlos Pravia en su *Revista de educación*, y los que prestara en un periódico oficial de la Guardia civil, donde escribió hacia 1849, Trueba trabajó en la prensa española, como queda dicho, treinta y seis años, «día por día.» Ni él olvidó jamás á *La Correspondencia*, para la que tuvo siempre amantes y entusiastas frases, ni en la redacción le olvidaron tampoco considerándole como hijo querido de la casa, protector y protegido, y honra de ella en todos sus primeros tiempos. Con Manuel Villamil, con Zuloaga, con

Baralt y con Gálvez primero, y con Martín Redondo, Nombela, Bravo, Cossío, Lesén y Ossorio Bernard después, contribuyó á sostener el creciente crédito del popular periódico durante diez años.

El periodista por necesidad jamás dejó atrás en sus trabajos al literato por vocación. Llenas están las publicaciones más distinguidas, las revistas *La Ilustración*, *El Semanario pintoresco*, *El Museo universal* y los periódicos de provincias, en el período de 1853 á 1860, de narraciones y artículos suyos, con cuyos materiales, aprobados por el creciente beneplácito de la opinión pública, formó sus volúmenes de cuentos, en cuyo género sostuvo dignamente y á gran altura el buen nombre que adquirió con el *Libro de los cantares*. Publicó, en efecto, en esa época las siguientes colecciones: *Cuentos populares*, *Cuentos campesinos*, *Cuentos de color de rosa*, *Cuentos de varios colores*, *Cuentos de vivos y muertos*, *Cuentos del hogar* y *Narraciones populares*. «Varias son las razones que he tenido para escribirlos—decía á su íntimo amigo y compadre el gran escritor D. José de Castro y Serrano en el prólogo de los *Cuentos populares*:—primera, mi convicción de que este género de composición literaria es bueno; segunda, mi afición á la literatura popular, que tiene su más genuíno representante en el cuento; tercera, la necesidad de dedicarme á trabajos literarios cortos y amenos, como descanso de otro género de trabajo con que adquiero el pan nuestro de cada día; y cuarta y última, la de atender á las necesidades del momento con el producto material de cada cuentecillo, porque has de saber que cada cuentecillo de los que tienen los tres ó cuatro tomos de ellos que hasta hoy llevo escritos, encierra para mí el recuerdo de una tristeza y de una alegría, es decir, la tristeza de una necesidad por satisfacer y la alegría de una necesidad satisfecha.»

Cuentos hubo que se reprodujeron en más de cincuenta periódicos: tal fué la popularidad de Trueba y la simpatía con que el público acogió sus hermosos trabajos. De los *Campesinos* se agotó en un año una edición de 6.000 ejemplares. En las colecciones hay de todo: asuntos de los barrios de Madrid; tradiciones vizcaínas abrigadas con deliciosas pinturas de la naturaleza; verdaderos cuentos de en tiempo de Mari-Castaña; cuadros de costumbres populares de tanta moralidad como exquisita y positiva gracia; recuerdos de viaje; parábolas alegres; sátiras de las exageraciones de la gente madrileña; narraciones originales; novelas campestres; la vida y el mundo de los pueblos inmediatos á la corte; relatos fantásticos llenos de humorística enseñanza; bosquejos histórico-anecdóticos, y retratos admirables de tipos de la clase media y del pueblo, de cortesanos, de campesinos, de montañeses, de vascos y de indianos.

Poco más delicado y poético puede encontrarse en las literaturas populares del extranjero que ese precioso álbum, dedicado á su esposa Teresa, que lleva por título *Cuentos de color de rosa*, cuyos argumentos «se idearon en Castilla, como los *Cuentos campesinos* se idearon en Vizcaya.» *La resurrección del alma*, el idilio de Catalina y Santiago en el caserío de Ipenza; *La madrastra*, el delicioso cuadro de los niños en Galdames; *Desde la patria al cielo*, el discutido cuento del amor al hogar natal, verdadero reflejo de las aspiraciones de Trueba (1); *El Judas de la casa*, de Güe-

(1) Caracterizó siempre á Trueba la manía de que la verdadera felicidad consiste en no vivir fuera de su patria, y aun si fuera posible, de la comarca en que se ha nacido. Buena prueba dió de ello al soñar siempre en Vizcaya, y al volver á ella para siempre en cuanto encontró ocasión oportuna. En una carta escrita á París á su querido compañero el infatigable y popular escritor Julio Nombela, en 1861, le decía: «..... Tengo á usted lástima por muy feliz que sea, porque no comprendo que uno pueda serlo lejos de su patria.»

ñes; el *Juan Palomo*, de Cavia; *Creo en Dios*, la fe del poeta de las Encartaciones, son obras tan sentidas y primorosas, que con razón se consideran como modelo en su género, y las cuales seguramente figurarán siempre en el tesoro de las letras castellanas.

No hay que apelar sólo al juicio de nuestros compatriotas para demostrarlo, porque en las críticas extranjeras de aquel tiempo y de los tiempos posteriores emitieron el suyo, tan autorizado como imparcial, los literatos de diversas naciones, cuyos análisis deben acompañar, como honroso apéndice, á sus obras, en la nueva edición que se proyecta hacer de ellas. Unánime es la opinión fuera de España de que con los cuentos escogidos de Trueba puede hacerse una colección que figure dignamente al lado de las de los hermanos Grimm, Hoffman, Musæus y Auerbach, en Alemania; con las de Zcokke y Toppfer, en Suiza; con las de Anderson, en Dinamarca; con las de Bjornstjerne Bjornson, en Rusia; con las de Deulin, en el país flamenco; con las de Erckmann-Chatrion, en Alsacia; con las de Walter Scott, Dickens y Goldsmith, en Inglaterra; con las de Poe, Bret Harte y Rosa Terry Cooke, en el Norte-América, y con las de F. Fabre, A. Daudet, Souvestre y Feval, en Francia.

¡Cuán interesante era el oír á su autor la historia de los cuentos, íntimamente ligados muchos de ellos con la verdad y producto de sus observaciones personales! Un día, mejor dicho una noche, por ejemplo, necesitaba describir el ritmo especial que produce el agua cuando llena una vasija en la fuente, y deteniendo su pluma en el pasaje á que llegaba, al escribir la relación *De patas en el infierno*, cogió un cántaro, lo metió debajo de la capa, fué desde su casa de la calle de Lope de Vega á la fuente de la plazuela de Jesús, y allá en la soledad observó atento el ruido del

chorro del agua y volvió á su escondrijo de trabajador é hizo en breves y gráficas frases la pintura. Otro día deseaba bosquejar el espectáculo del amanecer, y salió de noche, acompañado de Eguílaz, Luque y Bustillo, yéndose á los cerros de Vicálvaro á sorprender la naciente aurora, y la pintó en seguida de este modo, en su cuento campesino *Las siembras y las cosechas*: «En el fondo obscuro y triste del ocaso brillan aún las estrellas; pero un vivo resplandor se extiende ya por Oriente como una ancha cinta de plata y fuego, y lejanos sonidos de esquilas y balidos de ovejas, y cantos de pájaros, de pastores y de labriegos, confundiéndose con murmullos de fuentes y ríos, anuncian que el sol se acerca, como el murmullo de la multitud anuncia la aproximación de un rey querido á quien su pueblo esperaba con ansia.

»Los céfiros le traen las fragantes emanaciones del tomillo, de las manzanillas y de las retamas en flor, que engalanan los oteros que dominan á la aldea, y en su corazón oye una voz misteriosa que le dice:—¡Vuela, vuela á esos campos embellecidos con las flores de la primavera y la sonrisa de la aurora!

»Y el labrador da un beso de amor y paz á su mujer y á sus hijos, y trepa por los oteros exhalando en sus cantares la alegría de su corazón.

»Ya apenas brilla una estrella en el cielo; ya los primeros rayos del sol doran las cumbres lejanas; ya el astro vivificador de la naturaleza aparece con toda su majestad sobre la montaña y arroja torrentes de luz á las llanuras.

»El labrador dirige su mirada á la vega, que se extiende á sus pies como una inmensa alfombra verde bordada de flores, y siente latir su corazón de alegría al ver que sus trigos, con tanto afán y con tanto amor sembrados y

cultivados, empiezan á trocar el color de la esperanza por el color del oro.

»Entonces vuelve el pensamiento y los ojos á la aldea, y ve que de su hogar comienza á elevarse una blanca columna de humo, que le dice:—¡Tu compañera piensa en tí y en tus hijos!

»Y el labrador bendice á Dios, pensando en el santo regocijo que dentro de algunos días han de sentir su mujer y sus hijos al ver henchidas sus trojes.»

¡Quién olvidará la curiosa y simpática figura de aquel Antonio de Trueba, con su perpetuo cigarro en la boca y las manos cruzadas á la espalda, parado ante los corros del baile de la Virgen del Puerto, ante las disputas de las vecinas de Lavapiés, ante las casas de Juan Cachaza y del tío Berrinche en Cobeña, ante la tertulia casera de Navalcarnero, ó trepando por las laderas de las colinas de las Encartaciones para ir á estudiar, bajo los castaños de los caseríos, la vida patriarcal de sus amigos de toda la vida! Si hoy priva el naturalismo en la literatura, ¡qué naturalismo más verdadero que el de los libros de aquel hombre, cuya naturalidad en el pensar y en el escribir, siempre limpia, decente y encantadora, es el más puro reflejo de la naturaleza!

Nacido para la vida de la familia é idólatra de ella, Trueba se casó en cuanto tuvo seguridad de que su pluma le daría lo suficiente para vivir con modestia, á cuya arraigada situación no llegó hasta los treinta y ocho años. Á aquella felicidad tan deseada por él, se añadió bien pronto otra mil veces soñada: la de volver á visitar á su padre y á sus amigos y su caserío en Montellano..... «Á ambos nos sonrío la esperanza más hermosa de la vida—decía á su esposa Teresa en la dedicatoria de *Los cuentos de color de rosa*:—antes que el sol canicular marchite las flores que

están brotando, refrescarán nuestra frente las auras de las Encartaciones. El noble anciano que ya se honra y te honra dándote el nombre de hija, recorre alborozado la aldea, y con el rostro bañado en lágrimas de regocijo dice á los compañeros de mi infancia:

»¡Mis hijos vienen! ¡Mi hijo vuelve á saludar estos valles con el amor que les tenía al darles la despedida más de veinte años há!»

En su breve excursión por Vizcaya no descansó, sino que, por el contrario, encontrándose en su elemento y con el corazón lleno de ilusiones, concibió y escribió muchos de sus mejores cuentos. Pocos años después, tres mil paisanos suyos pedían á la Diputación foral que Trueba fuera nombrado cronista y archivero del Señorío, cuyos cargos se le otorgaron inmediatamente á instancia de varios representantes. ¡Bien se portó aquella noble y cultísima tierra al enaltecer al hijo que tanto la había enaltecido, al realizar sus ideales más queridos, al llamarle á su seno para que dedicara su genio á cantar las tradiciones, la hermosura, la próspera vida, las esperanzas, y después los infortunios de aquel pueblo honrado, creyente, varonil y digno de mejor fortuna!

No pudieron disuadirle de la idea de aceptar el modesto empleo de la Diputación vizcaína ni los hombres de quienes solía aconsejarse, ni el cariño de sus apasionados compañeros y «hermanos,» como él les llamaba, Luis de Eguílaz, Diego Luque, Castro y Serrano, Bustillo y Arnao, que veían con pena que iba á sepultarse en un lejano rincón de la Península, sin horizonte alguno, aquel popular y querido poeta y escritor, cuya reputación, perfectamente cimentada, podía servirle de base para lograr en Madrid un próximo y hermoso porvenir. Trueba, cuya musa, como he dicho, cantó siempre con los ojos puestos

en Vizcaya, partió á su tierra en cuerpo y alma, satisfecho de la honra que en su provincia recibía y de la que aquí rodeaba á su nombre, más y más enaltecida entonces con la que la Reina Isabel le dispensó al costear la edición de todas sus obras.

Marchó dejando en Madrid una brillante pléyade de insignes compañeros de letras, cuyo cariño y cuyas alabanzas le acompañaron siempre, y entre los cuales figuraban, además de sus íntimos, Alarcón, Gasset, Nombela, Rodríguez Correa, Palacio, Murguía, Ruiz Aguilera, Frontaura, Ossorio y Bernard, Selgas, Germán Hernández, Bonat, Viedma, Núñez de Arce, Navarro y Rodrigo, Villamil, Hurtado, Larrea, Escalante, Villabrille, Muñoz Gaviria, Eulogio Florentino Sanz, Maldonado Macanaz, Vidal Delgado, Ortiz de Pinedo, Montemar, Marín Baldo, Gullón, Rada y Delgado, Puiggarí, Acosta y Lozano, Canalejas, Picón, Borao, Diana, Mobellán, Tárrago, Sabando, Puente y Brañas, Martínez Pedrosa, Escamilla, Picatoste, Forteza, Soler, Querol, Aguirre Bengoa, Villanueva, Cossío, Vicetto, Albuerne, Carrasco, Fulgoso, Vergara, Martínez de Velasco, el Conde de Fabraquer, Olave, Ibo Alfaro, Arango, Ribot, Zamacois, Guijarro, Carreras y González, González de la Llana, Bastris, Entrala, Rezusta, Garay, Enrique Hernández, Cuende y algunos más.

¿Por qué no recordar aquí, como lo hago, tratándose del escritor bondadoso, cuya memoria se honra hoy al haberle perdido, á esos obreros entusiastas de la cultura y del progreso de España, que hicieron con él sus armas y adquirieron justa fama en aquel período, para ellos inolvidable, que medió desde las tormentas revolucionarias del 54 hasta la gloriosa campaña de África? Él los recordaba con fruición y con perpetua alabanza en los la-

bios; él, al verse lejos, al sentir la nostalgia de sus amistades madrileñas, tenía para la mayor parte de ellos un recuerdo expresivo, siempre que en la conversación ó en la prensa se pronunciaban ó aparecían sus nombres.

III.

¿Fué Trueba á Vizcaya, al ocupar su puesto oficial, á escribir la historia del Señorío? No: ni él se había dedicado á este género de trabajos, ni quiso nunca hacer una obra que viniera á resumir mecánicamente cuanto han dejado escrito acerca de aquel país Lope García de Salazar, Goicolea, Bedia, Larreátegui, los PP. Alonsótegui y Hernando de Zárate, Iturriza y otros escritores antiguos, ni siquiera á entrometerse en las gratas averiguaciones históricas, que con tanto acierto como ilustración han hecho y publicado los estudiosos y reputados publicistas vizcaínos Sres. D. Juan E. Delmas y D. Camilo de Villavaso. Él, además de arreglar, analizar y cuidar el archivo de la provincia, iba á hacer la crónica del tiempo presente, á poner su pluma á disposición de los representantes de Vizcaya, para que éstos la utilizaran en cuantas ocasiones solemnes lo creyeran oportuno, y en cuyo cometido el cronista cumplió, por cierto, á maravilla con su deber. En este concepto, dió cuenta en la prensa vascongada y en la madrileña de los principales sucesos que allí acaecieron hasta la guerra civil; trazó, en nombre de las tres provincias vascongadas, la crónica del viaje de la Reina Isabel en 1865; estudió y escribió el *Bosquejo de la organización social de Vizcaya* para la Exposición universal de París, cuyo notabilísimo trabajo, mil veces citado, valió á la provincia honrosas distincio-

nes y citas en muchos pueblos extranjeros; redactó en 1876, por encargo de las provincias, el admirable documento foral en que se pedía á D. Alfonso XII que no sancionara la ley de abolición de fueros, escrito que bastaría por sí solo para honrar su memoria; y en fin, durante veintiséis años, en sus tareas de la prensa, ha publicado más de un millar de artículos relativos á la comarca vascongada. Bien puede afirmarse, pues, que el cronista lo fué de hecho, y que respondió dignamente á la confianza que sus paisanos depositaron en él.

Con toda sinceridad ha recordado en sus *Notas autobiográficas* que al exponer á los diputados forales D. Antonio López de Calle y D. Juan José de Jáuregui su incompetencia en los estudios históricos para desempeñar el cargo de cronista, le dijeron: «Nadie es más competente que usted para comprender sus deberes y corresponder á ellos: lo único que nosotros podemos decirle es que el Señorío, sabedor de que uno de sus hijos deseaba vivir en su seno y consagrarse en él al cultivo de las letras, ha querido proporcionarle una pensión decorosa, aunque modesta, para que pueda realizar su propósito.» Sin embargo, á pesar de su modestia, el tiempo ha de demostrar, cuando se reunan en uno ó varios volúmenes, los trabajos que ha dedicado á su país durante su permanencia en él; que el cronista realizó una obra útil y curiosísima, á la que difícilmente hubieran llegado cronistas-académicos é historiadores de oficio.

Una vez en Vizcaya, recorrió el escritor á su gusto, con imponderable complacencia, todos los pueblos del Señorío y muchos de Guipúzcoa y Álava. En aquellos años (1864) le conocimos y tratamos en Vitoria los aficionados á las letras. Tenía yo entonces diez y nueve; acababa de graduarme de Bachiller en Artes, y el cariñoso escritor,

que ya me conocía por mis ligeros artículos publicados en *El Euskalduna*, en *El Porvenir alavés* y en otros diarios del país, me aconsejó que viniera á seguir mi carrera á Madrid, asegurándome desde luego un puesto de redactor en *La Correspondencia de España*. Pero yo he padecido siempre la misma enfermedad de Trueba, la nostalgia incurable por la tierra natal, y con gran disgusto suyo me negué á venir definitivamente á la corte, por no renunciar á vivir con mi madre y con mis amigos en mi casa de Vitoria la vieja.

Sentados una tarde á orillas del Avendaño, en los alrededores de la ciudad, el poeta Obdulio de Perea, el catedrático Cristóbal Vidal, el romántico novelista Sotero Manteli, Trueba y yo, le recordábamos la eterna cuestión de por qué había abandonado á Madrid cuando á tan grande y merecida altura llegara, y él, con su plácida sonrisa en los labios, nos contestó esto, que jamás se me ha olvidado:

«Tan pobre y olvidado viví en Madrid durante muchos años, que al verme después tan alto como dicen ustedes que me veo, no he querido faltar á Dios pidiéndole más, porque mucho más me ha dado de lo que yo, cuando era pobre y desconocido, le pedía. Tengo un nombre, tengo pan, tengo una familia amante, y Vizcaya me ha llamado á su seno. ¿Han visto ustedes nunca, amigos míos, un hombre más feliz que éste que tienen delante?»

Realmente aquel período de 1862 á 1872 fué el más feliz de su vida. Lleno de salud, embelesado con su hija Ascensión, rodeado de sus amigos, visitado constantemente por sus convecinos y condiscípulos de Sopuerta y de Galdames, contemplando dichosa á su tierra en el goce de sus libertades y en la práctica de sus patriarcales costumbres, sintiéndose en la plenitud de sus facultades, escribía á to-

das horas y aprovechaba los días de fiesta para recorrer las orillas de la ría; para subir á Begoña, á Echevarri ó á las cumbres de Archanda, y distinguir desde ellas las hondonadas de Lezama ó de Zamudio, en las vertientes del Asúa; para seguir por el Ibaizabal arriba, por las angosturas de los Caños, por las arboledas de la Campa ó por el barrio de la Peña; para internarse en las soledades de Iturrigorri, y otras veces, cuando los días de vacación se encadenaban, para hacer sus ansiadas visitas á la tierra de los Cuatro Concejos, á las faldas de Triano y de las Muñecas, á Montellano, á Mercadillo, á Loizaya y á Avellaneda, á aquellos lugares que recorrió de niño y cuya imagen parece que no se borró nunca de su retina ni de su imaginación durante los veinticinco años en que vivió lejos de ellos.

El cargo de cronista y la necesidad de ocuparse de las tradiciones y del suelo de su país, le hicieron un tanto erudito como historiador y naturalista. Estudió, y estudió siempre, y apareció en sus aficiones, como puede verse en sus artículos, bastante versado en arqueología, heráldica, ensayos de las fuentes y manantiales, agricultor, estadística y un poco de minería. No hizo mal papel nunca como periodista ilustrado al ocuparse de estas materias y al discutir acerca de ellas algunas veces. Como hijo de las Encartaciones no hablaba vascuence, y éste fué para él constante pesar durante su vida; pero procuró remediar semejante deficiencia imponiéndose cuanto pudo, no sólo en la inteligencia y traducción de esa lengua, sino en el estudio de su gramática, en el manejo de sus diccionarios y en el análisis de su estructura, hasta conseguir, como consiguió, conocer el significado y el origen ó derivación de la mayor parte de sus palabras; ilustración de tanta necesidad como utilidad para el que se dedica á conocer la his-

toria y los detalles del suelo vascongado, cuyos pueblos, caseríos, montes, raudales de agua, campos y despoblados, todos tienen un nombre que explica su origen ó sus caracteres.

Escribió en Vizcaya nuevos tomos de sus cuentos, y otras obras tituladas: *Narraciones populares*, *El libro de las montañas* (en verso), *Capítulos de un libro*, *El valle de Marquina*, *Historia de dos almas*, *Cielo con nubecillas*, *La redención de un cautivo*, y allí pasó apaciblemente otros diez años, dedicado en absoluto á la placentera tarea de cumplir sus deberes de empleado literario y de entregarse al culto constante de las musas. Y así hubiera continuado su tranquila existencia, feliz y retirado del mundo, á no haberle comprendido en sus terribles sacudimientos la sangrienta contienda civil, que en mal hora estalló en nuestra patria, y que escogió aquel suelo como principal escenario de sus horrores. Cuánto escribió Trueba en obsequio á la paz, aconsejándola á sus paisanos, al vislumbrarse en el horizonte vasco los primeros fulgores de la guerra, no hay para qué recordarlo. En algún periódico bilbaíno de aquellos días, y en varios de Madrid, se conservan las generosas excitaciones anónimas que á menudo brotaron de su pluma, y que desgraciadamente no se escucharon. La catástrofe sobrevino, y las letras enmudecieron en cuanto los gritos del combate, el estruendo del cañón y los lamentos de los huérfanos sonaron desde las orillas del Ibaizabal á las montañas de Cataluña. En la vida del poeta se abrió un doloroso paréntesis.

IV.

Las pasiones políticas, exageradas en los tiempos en que la lucha era más implacable, extremaron la persecu-

ción, y entre sus víctimas figuró Trueba, suponiéndose por algunos que era carlista. ¿Había dado motivo para que se pudiera afirmar que pertenecía á algún partido político? No, seguramente. Ni su padre quiso que en la juventud figurara en las filas carlistas, ni durante su carrera de hombre de letras había escrito un solo renglón en defensa de tales ideas, ni en la azarosa época en que se organizó el partido en Vizcaya y en toda España se le ocurrió á carlista alguno contar con él para nada. Al morir, no le ha dedicado una sola frase ningún periódico carlista de Madrid; y si alguno de provincias lo ha hecho, ha tenido buen cuidado de advertir que lo hacía «aun tratándose de un adversario.» Unido por vínculos de gratitud y de amistad á los Duques de Montpensier primero y á la Reina Isabel después, expresó repetidas veces en sus artículos la consideración que les debía; y fué siempre, entre los operarios de la política indeterminada, pródigo y corriente de *La Correspondencia de España*, el más generoso, pródigo é indeterminado de sus redactores. Hay en sus libros muchos testimonios de su amor á la libertad, á aquella libertad secular, práctica y hermosa que aprendió á venerar en el país vascongado.

«Quiero las leyes que del pueblo emanan,
Pues tales son las de mi libre tierra;
Y si el fusil alguna vez empuño,
Será para luchar en su defensa.»

Esto escribía en Bilbao en una composición que publicó en 1871, y cuatro años más tarde añadía en una sátira famosa:

«También al despotismo
Tengo yo mucha tirria,
¡Aunque los liberales
Que hace tiempo se estilan,

Me hacen tenerle á veces
Por la cosa más rica!

.....»

Trueba no fué político nunca, ni valía para serlo. Las letras le habían encadenado por completo el corazón y la inteligencia, y no tuvo tiempo ni humor jamás para pensar con seriedad en las diferencias y caracteres que separan á los partidos. Si á esto se añade el que nunca imaginó, ni remotamente siquiera, el desempeñar un cargo público en el más humilde concejo, ni el figurar en el presupuesto oficial, y que creyó que cumplía con el deber de buen ciudadano educando los sentimientos del pueblo por medio de sus escritos, concebidos á maravilla para este fin, se comprenderá fácilmente que nadie haya podido decir, ni diga hoy, á qué fracción política estuvo afiliado el cronista de Vizcaya.

La pasión que se mantuvo siempre caliente en su alma, fué la del amor ciego, decidido, indisputable, á los fueros vascongados. Antes de volver á su tierra, y después de abandonarla por fuerza, y á su regreso, y sobre todo cuando, terminada la guerra, se impuso á aquellas provincias el castigo de la pérdida de sus instituciones, profesó extraordinaria veneración á la vieja política euskara. Bajo esta fase, Trueba ha de merecer siempre, de parte de sus paisanos, el recuerdo y la consideración más grandes, tan merecidos como los que se tributan á Olano, á Barroeta Aldamar y á Moraza, porque no sólo en numerosos artículos de la prensa y en muchos de los de sus libros enalteció y defendió las libertades de la apartada tierra, sino que como poeta ha dicho tanto ó más que lo que otros, como oradores ó periodistas, pudieron decir.

Él cantó con lealtad y afecto la vuelta del Rey Alfonso en los sentidos romances que pueden leerse en el *Album*

poético, en que colaboraron tantos poetas en los primeros días de la Restauración; pero poco después, en cuanto quedó sancionada la ley de abolición de fueros, rompió de hecho y para siempre sus humildes relaciones con sus antiguos elevadísimos protectores.

«Á poco tiempo de haberse realizado la Restauración —dijo su periódico querido *El Noticiero bilbaíno*, al dar cuenta de su fallecimiento y consagrarle un hermoso recuerdo,—Trueba, grande amigo de la Reina Doña Isabel II, que le distinguía y apreciaba muchísimo, recibió una carta autógrafa de esta augusta señora para que se presentara en Palacio á visitar á sus hijos. Pues bien: el cantor de nuestras gloriosas tradiciones, que llevaba ya en su pecho la profunda herida causada por la proclama de Somorrostro, desatendió la invitación de la Reina y no fué á Palacio.»

En un romance muy notable dió al Rey su despedida, y desde entonces, en cuantas ocasiones se le presentaron, censuró duramente con la pluma la conducta del Gobierno vengador y la de los partidos y la de los hombres que habían hecho causa común para matar los fueros.

¡Con cuánta pasión y poesía anatematizó y maldijo á los autores de aquella ley en las admirables estrofas de su composición *La musa indignada!* Hay en ella una nota que creo necesario reproducir aquí, y que dice: «Para evitar cavilidades, debe prevenir el autor de estos versos que el tirano á quien en ellos se alude es la guerra civil, que, conculcando todas las leyes y libertades, constituye el más abominable de los tiranos.»

«III.

Es mi musa la musa del pueblo,
Del pueblo que vino
Desde aquella región donde tuvo

El humano linaje principio
Á poblar el extremo Occidente
De fieras dominio,
Y conserva en los valles cantábricos
Sangre y habla y honor primitivos.
Es mi musa la musa que inspira
Al mártir del Irnio
Que clavado en el santo Lauburu
Á la libre Basconia alza un himno.
Es mi musa la musa que canta
Los triunfos perínclitos
De Altabiscar, Padura y las Navas,
Exaltando á la patria y á Cristo.

IV.

¡Ay! solía posarse en las ramas
De un árbol bendito,
Al que nunca tiranos osaron
Por espacio de siglos y siglos,
Y entonaba allí libre y dichosa
Sus cantos sencillos
Á la fe y al hogar y á la patria
Que sus únicos númenes hizo;
Mas llegaron al pie de aquel árbol
Tiranos impíos
Y asestaron sus hachas al tronco
Secular, respetado y bendito,
Y volando, volando á los cielos
Así al Señor dijo,
Demandando indignada y llorosa
Para tal sacrilegio castigo:

V.

«El tirano sin Dios ni conciencia
Que mi árbol ha herido,
En la tierra, Señor, y en el cielo
De tu santa clemencia es indigno.
Názcanle ingraticudes en donde
Sembró beneficios.
Su lealtad y su amor entrañable
Retribuyan falacia y desvío.

Lo que más haya amado en la tierra
 Lo llore perdido.
 Se conviertan las flores y el césped
 Á su paso en ortigas y espinos.
 Su conciencia cruel le atormente
 Despierto y dormido,
 Y le espere el destino de Judas
 Al finar el humano camino.»

Aquel espíritu animoso, no sólo no le abandonó jamás para lamentar la desgracia de las provincias, sino que fué creciendo de día en día. Postrado en el lecho, y en medio de sus terribles dolores, exclamó, en la poesía que hace pocas semanas compuso, titulada *Distracciones de un enfermo*, y que han reproducido los periódicos vascongados y americanos:

«.....

 Nos dijo un Rey tan severo
 Como prudente y cristiano:
 —Cortárame ántes la mano
 Que ponerla en vuestro Fuero (1).
 Quizá el mal sino que cupo,
 Ave fugaz en la tierra,
 Al que imitarle no supo
 Misterio de Dios encierra.

 Detesta Euskaria lo anárquico,
 Pero..... que echen un responso
 Á su espíritu monárquico.
 Que hirió el duodécimo Alfonso.

»

Trueba no ocultó nunca su manera de pensar en este

(1) «Decidles (á los vizcaínos) que la mano me cortaría antes que ponerla en sus honradas libertades.» (Palabras de Felipe II á una Comisión en corte del Señorío de Vizcaya.)

asunto. Al publicarse en 1884 la segunda edición de una de sus últimas y más aplaudidas novelas (en cuyo capítulo XX hay un cariñoso y poético recuerdo á la Reina desterrada, cuando vió la luz el libro por primera vez, 1872), consignó esta expresiva nota: «¡Ay! Entre los dolores de la vida del autor de este libro, no hay ninguno tan cruel como el que tiene por causa la abolición de las gloriosas y seculares libertades de la tierra natal apenas ascendido al trono el Rey D. Alfonso XII.»

Si algunos vascongados trabajaron con empeño en la crítica época de la desaparición de las leyes forales; si como diputados ó representantes del país, como oradores y como publicistas se hicieron dignos de la gratitud del mismo, la pluma de Trueba fué la que llevó su representación oficial, y á ella se deben, como ya se ha apuntado, la razonada y lata exposición á las Cortes (16 de Junio de 1876) en súplica de que negasen su aprobación al proyecto de ley abolorio de las libertades y el segundo recurso colectivo que las Diputaciones generales elevaron al Rey. La primera se presentó; pero el segundo «no se permitió que llegase á su destino, á pesar de ser tan respetuoso como aquélla.»

Estos documentos deben ser reproducidos por las provincias como utilísima curiosidad y enseñanza para los buenos hijos de aquel suelo, porque constituyen un resumen histórico de la constitución secular del país vascongado, de la sanción que todos los monarcas otorgaron á sus franquicias, de los servicios prestados á la patria, de los grandes méritos que los euskaros lograron al servirla, y de la interpretación dada al concepto de la unidad constitucional por estadistas tan respetables como Arrazola, Carramolino, el Conde de Ezpeleta, Landero, Olózaga y Marqueses de Vallgornera y de Viluma. No podía faltar

en un trabajo de esta clase, basado, al mismo tiempo que en la justicia, en el amor á su país, la muestra galana de la inspiración del castizo y elegante escritor; y así se leen en él, entre otros hermosos párrafos, los siguientes:

«Pero ¿qué pueblo es éste que tan viril, tan noble, tan grande, tan transcendental papel desempeña hace veinte siglos en el teatro de nuestra historia? Apenas cuenta un millón de individuos; no tiene ciudades populosas; su suelo se compone de estrechos y lóbregos valles y de estériles y quebradas montañas; vive en dispersas y rústicas caserías, donde no hay más atractivo que el santo y dulce calor de la familia que las anima y alegra; la naturaleza parece haberle condenado á arrastrar una existencia obscura y miserable, inútil para el bien propio é inútil también para la vida y progreso hermanos: es, en fin, un pueblo de humildes montañeses, que todo lo que es y lo que vale lo debe á una maravillosa y fecunda virtud que Dios parece haber hecho ingénita en su inteligencia y en su corazón, como para compensarle pródigamente de los dones que la naturaleza ha negado al estrecho rincón que le dió por cuna. Y sin embargo de esto, este pueblo ofrece en la historia de la nacionalidad española el glorioso cuadro que imperfecta y compendiadamente hemos bosquejado.

.....

.....

»Últimas libertades españolas llamaba á las vascongadas uno de los legisladores de 1839. Aunque sea cierta la afirmación del Gobierno de S. M. de que la opinión pública las condena, no por eso las Diputaciones que suscriben tienen menos fe en su santidad. También la opinión pública condenó las libertades castellanas cuando las vió vencidas ó próximas á serlo en los campos de Villalar;

pero la historia no por eso ha negado cánticos á los que las defendieron y maldiciones á los que las ahogaron en sangre. Ni en el primer tercio del siglo xvi, cuando las libertades de Castilla perecieron, ni más tarde cuando fueron conculcadas las de Aragón y las de Cataluña, no tenían las libertades populares el fuerte escudo que hoy tienen. Este escudo son las Cortes del Reino, cuyo poder no es hoy nominal, como lo era en los tiempos que siguieron al glorioso reinado de los señores Reyes Católicos. A este poderoso escudo fía el pueblo vascongado la protección de su sagrado é incuestionable derecho.»

Con el título de *Los días tristes* redactó Trueba la historia completa de los últimos trabajos que, en defensa de los derechos de

«Aquella tierra libre, creyente y brava,
Que bajo Alfonso doce fué tierra esclava»

(según en una de las muchas estrofas escribió el poeta encartado), realizaron las Diputaciones forales, y cuyo resumen cerró con estas frases: «De esta historia resulta, entre otras cosas, que en *Los días tristes* el pueblo vascongado, bajo el peso de la ley aboloria de sus seculares y gloriosas libertades, *se quebró, pero no se dobló.*» Con sobrada razón, pues, sus paisanos tributan hoy y tributarán siempre alto y honroso homenaje al vascongado insigne que, si supo cantar al árbol de Guernica como Iparraguirre, supo también defender las instituciones regionales como el venerado y sabio representante alavés, de quien dijo:

«¡Moraza! ¡El dardo que le hirió en el pecho
Fué aquél que hirió nuestro foral derecho!»

Cuando las Juntas generales de Guernica celebraron sus últimas sesiones le honraron con el nombramiento de «Padre de provincia,» que es para los vascongados el título

más distinguido y estimado que pueden desear, y que aquel país otorgaba sólo á los hijos ilustres, á quienes debió extraordinarios servicios. «Para mí—ha dicho Trueba en sus *Notas*,—vale esa distinción más que todas las cruces y calvarios y que todos los mimos palatinos posteriores á la proclama de Somorrostro.»

V.

Dos años permaneció «desterrado» el poeta en Madrid viviendo de sus trabajos literarios, hasta que al terminar la guerra le reintegró la Diputación vizcaína en sus cargos de cronista y archivero. Durante ese breve período renovó sus antiguas amistades y adquirió otras muchas entre los escritores. Sus amigos íntimos, además de Castro y Serrano, Alarcón, Arnao, Hurtado, Luis de Eguílaz, Eduardo Bustillo, Alonso Gullón y Diego Luque, fueron en aquella época: Frontaura, á cuya casa acudió diariamente, cuando aún resonaba placentero en toda España *El Cascabel*, animado por el chispeante ingenio de su director é ilustrado por el inimitable Ortego; Ossorio y Bernard, el fecundo y familiar publicista; Teodoro Guerrero; el popularísimo Serra, y Ricardo Sepúlveda, que fué el Benjamín de aquella fraternal y brillante familia literaria.

En ella se refugió complacido Trueba al venir de Bilbao, ya que para ella había escrito, en el «Pleito en verso» el *Matrimonio*, que con tanto aprecio se conserva entre los amigos de la literatura amena, la *sentencia* en primera instancia, cuya graciosa composición fué una de las más aplaudidas que brotaron de su pluma, y entre cu-

yas estrofas se leen algunas tan sencillas y fáciles como éstas:

«Yo, como el párroco sabe,
 Me casé con una chica
 Que, no porque yo la alabe,
 Era la cosa más rica
 En lo moral y en lo físico;
 Y así que hice este trasbordo,
 ¡Yo, que antes tiraba á tísico,
 Me fuí poniendo más gordo!....
 Pero en cuanto me dió un nene
 Se llevó el diablo mi edén,
 Pues desde entonces no tiene
 Hueso que la quiera bien;
 Y esto al marido más ducho
 Le da, hablando con franqueza,
 Mucho mal humor, y mucho
 Quebradero de cabeza.
 «Esa ya el cielo ganó,»
 Me dicen gentes de seso;
 Pero ¡caracoles! yo
 No me conformo con eso;
 Que á pesar de su aureola,
 Si mi mujer se me escapa,
 Voy y cojo una pistola
 Y me levanto la tapa.....
 Pero de hacerlo me espanto,
 Desde que dais en la tierra
 De paciencia ejemplo santo,
 ¡Pobre Hurtado y pobre Serra!

»

En Julio de 1874 tuvo el dolor de asistir á los últimos momentos de la vida del ilustre poeta dramático D. Luis de Eguílaz, su apasionado amigo durante tantos años, á cuya honrosa memoria dedicó notables artículos en *La Ilustración* y en *La Época*.

Á su regreso á Bilbao se entregó de nuevo á sus aficiones periodísticas en las horas que le dejaba libres su pues-

to de la Diputación. La casa editorial de Guijarro hizo en 1875 una nueva y notable edición de todas sus obras, enriquecida con curiosas notas. Publicábase ya para entonces en aquella villa *El Noticiero bilbaíno* y en Madrid *La Ilustración Española y Americana*, en cuyos periódicos ha trabajado con especial empeño durante estos últimos quince años. La invicta villa de Bilbao, que entre las diversas manifestaciones de su positivo valer, de su riqueza y de su cultura, ha ostentado siempre la de contar con una prensa periódica tan distinguida como numerosa, recuerda con estimación las campañas del veterano y animoso diario *Iruvac-Bat*, en el que tantos escritores vascongados hicieron sus primeras armas y al cual dedicó Trueba bastantes de las concepciones de su ingenio. Pero fundado y boyante *El Noticiero* y habiendo desaparecido aquél, siendo el nuevo periódico adalid pacífico en la política militante, imparcial, liberal templado y defensor de la unión vascongada, encajaba perfectamente dentro de las aficiones del cronista, que fué siempre vascongado también antes que político. Identificado con su redacción, trabajó constantemente en ella, ya en la parte doctrinal ó ya en las amenas «Hojas literarias» que semanalmente da á luz. No necesitaba ciertamente el nombre de Trueba nuevos horizontes para asentar su fama, bien arraigada; pero preciso es confesar que en nuestros días, en que la ansiedad de lo nuevo hace olvidar con rapidez lo que más renombrado haya sido, necesario es estar siempre en la brecha y de pie sobre el trabajo, para conservar el brillo, grande ó pequeño, de la fama adquirida. *El Noticiero bilbaíno*, que nació con buena estrella, ha hecho una próspera carrera en el terreno positivo de la aceptación y de lo cuantioso de su tirada, y con tan segura base, Trueba, obrero constante del periódico, sostuvo vivo y cada

vez más estimado su recuerdo en España y en América.

Admira el considerar el sinnúmero de curiosos artículos que publicó en este periódico, de los cuales, y sobre asuntos del momento relativos á los intereses del país y á la política pacífica que él defendía, hay cerca de un millar que no llevan su firma. Entre los que firmó, que bastarían para componer algunos volúmenes, recuerdo los siguientes, á riesgo de olvidar muchísimos más:

Históricos: *Doña Toda de Larrea, Los plateros de Durango, Los Zamacois de Bilbao, El palacio de Amézaga, La fundación de Buenos-Aires y Montevideo, Casas principales del Señorío de Vizcaya, El valle de Ayala, El santuario de Arrechinaga.*

Descriptivos: *Las escuelas de Vizcaya, Las caserías vascogadas, El arbolado en Vizcaya, Un viaje de Collette, Los hornos, El valle del Deva, Curiosidades históricas de Vizcaya (más de treinta artículos), El santuario de la Encina, Los castañares, La cofradía de San José, La Virgen del Castañar, La leyenda de Sasía, Las romerías de la Asunción y de San Roque, Fundaciones docentes.*

Filológicos: *Los estudios de Astarloa, Novia y su defensa histórica, El canto de Altabiscar, El canto de Leló ó de los cántabros, Á la sombra del árbol de Guernica.*

Literarios: *Los ausentes del hogar, Muletillas, Una boda aldeana, Los árboles, La villa y la aldea, La oración de un anciano, Una pintora bilbaína, Un falso yo, Optimismo y pesimismo, Lo que es la guerra civil.*

Unido por estrecha y cordial amistad al insigne fundador de *La Ilustración Española y Americana*, D. Abelardo de Carlos, mantuvo con su casa y con su periódico constantes relaciones hasta la víspera de su muerte. En las buscadas páginas de esta reputada y popular publicación, honra de España, han aparecido recientemente, cuando

Trueba llegaba al ocaso de su laboriosa existencia, su retrato y su autobiografía. Pues bien: desde que *La Ilustración* nació, y con algunos breves intervalos, la firma del veterano y glorioso cantor y periodista abunda en casi todos sus volúmenes, cuya asidua colaboración contribuyó también á sostener el cariño á su nombre.

Al través de los diez y nueve años transcurridos desde 1870, contribuyó á la obra de propaganda de la cultura y del progreso, que esa publicación lleva á cabo, con estos trabajos:

Iturriza historiador y peregrino, La cabra negra, La parte del león, Las ferrerías de Cantabria, La libertad (poesía), *Los sepulcros de Cantabria, El sepulcro del príncipe León en Arrigorriaga, Los minómanos, El valle de Mañaría, La elección de rey* (sátira), *Oriundez de Elcano, La niña y el marinero* (poesía), *Elcano, Regazos patrios* (poesía), *Landáburu* (poesía), *Laguardia, Somorrostro, Fábulas nuevas* (crítica), *El paraíso moderno* (romances vizcaínos), *El ten ten, Eguílaz: su vida y su muerte, Torre de Bilbao la vieja, Recuerdos de un español ilustre, El rico y el pobre, Á Caféfila* (sátira), *La viña mágica, El averiguador de nuestros aborígenes, La visión de las Muñecas, Venezuela y los vascos, El caballero de Rojas, Flaviobriga, Recuerdos* (poesías), *El árbol de Arbieta, La mejor lotería, Traducción de la Oda á Calderón del gran poeta euskaro Felipe de Arrese, Tesoro literario* (D. Mariano de Eguía), *El desarrollo del mundo, La verdad, La señal de la coz, Lope García de Salazar, Los Fajardos, Un documento literario* (1), *Antigüedades de Castro-Urdiales, Fenómeno geológico en Vizcaya.*

(1) Refiérese á un recuerdo honrosísimo para su autor. Cuando el Emperador del Brasil D. Pedro, tan modesto monarca como grande hombre en cultura y en amor á las ciencias y á las letras, vino á Madrid en Febrero de 1872, fué visitado por nuestros publicistas de más renombre, á quienes desea-

No hay para qué recordar además que en la escogida serie de «Almanaques» de esa casa editorial ha continuado publicando Trueba encantadoras narraciones, de asuntos vizcaínos generalmente. Y en la «Biblioteca selecta de autores contemporáneos,» de la misma, figuran como nuevas obras suyas, recibidas con la aceptación de los mejores tiempos, los volúmenes siguientes: *El gabán y la chaqueta* (cuya edición se agotó y fué reproducida por el «Cosmos editorial» en 1884), *Mari-Santa*, *Nuevos cuentos populares* y *De flor en flor*.

Añádanse al considerable número de tomos ya indicados, los que llevan por título: *Cuentos de madres é hijos* (editado en Barcelona), *Arte de hacer versos al alcance de cualquiera*, *El redentor moderno*, *Madrid por fuera* (1879), el que contiene los tres cuentos (*Aventuras de Periquillo*, *El molinerillo* y *Las cataratas*) y la *Descripción geográfica é histórica de Vizcaya*.

Algunas veces me dijo, hablando de sus trabajos inéditos y de sus colecciones de manuscritos en prosa y en verso, que guardaba materiales para formar los siguientes volúmenes: *El libro de los recuerdos*, *Canciones primaverales*, *El libro de los amores* y una *Historia general de Vizcaya*. La dolencia que, con caracteres de gravedad, empezó á minar su robusta naturaleza desde hace algún tiempo, detuvo, aunque no el vigor de su inspiración, el trabajo de su pluma; y en la esperanza que siempre alimentó de curarse y de alcanzar mejores días, tal vez no dió la última mano ni arregló ni completó esös trabajos.

ba conocer. Uno de los que acudieron á saludarle fué el ilustre Castro y Serrano, á quien el Emperador preguntó con todo interés por D. Antonio de Trueba, haciendo grande elogio de sus obras y mostrando vivos deseos de estrecharle la mano. El Sr. Castro y Serrano dió cuenta á Trueba de esta visita en una carta admirable, tan hermosa y sentida como todos sus trabajos, y de la cual se ocupó el cronista vizcaíno quince años después, en este artículo.

De todas maneras, el lector habrá visto una vez más, en la rápida indicación que queda hecha, lo extraordinario de la tarea que Trueba se impuso y llevó á cabo durante su vida literaria. Trabajadores como él ha habido pocos. Entre los periodistas fué un soldado de fila de los más firmes y de los más incansables, honrado, pacífico y sin ambiciones, cuyos artículos y cuyos sueltos jamás hirieron la honra ni el buen nombre de nadie. Nunca se ocupó de las miserias y flaquezas de los demás, y publicó, en cambio, á todos los vientos el mérito y el valer de muchos, animando especialmente á la juventud laboriosa, que despuntaba en el campo de las letras, á seguir con entusiasmo en ellas el camino emprendido, poco positivo en general, pero honroso al fin, y positivo al fin también, ya que como resumen de todos los positivimos del mundo buscan, los que parecen más enemigos de la fama, la de gozarla por la consideración, ó envidia ó extrañeza con que les miren sus conciudadanos.

Que digan, no ya solo la antigua legión de escritores que empezaron á distinguirse en Madrid hace treinta años, sino la juventud de las Provincias Vascongadas que cultivaba las letras, si dejaron de encontrar siempre un generoso consejero, un patriarcal amigo y maestro, un heraldo de sus talentos y de sus méritos incipientes en el autor de *El libro de los cantares*. Empiezo por confesarlo así, yo el primero, aunque sea, como seré, siempre el último de todos; pero tengo la seguridad de que de igual modo lo sentirán y declararán siempre literatos tan conocidos como Arana, Campián, Herrán, Oloriz, Arrese, Enciso, Apráiz, Roure, Baraibar, Arzac, Echegaray, Artola, Iturralde, Otaegui, Martínez, Alvénez, Arbulo, Led, Olea y otros más. No fué un gran poeta ni un gran escritor. Fué un escritor y un poeta original, típico, personalísi-

mo, á ningún otro parecido y por ninguno bien imitado; un artista que copió lo bueno, lo honesto, lo gracioso y lo alegre de la naturaleza; un naturalista de la sociedad humilde, del pueblo decente, sentido y risueño, y un espíritu ajeno á los dramas y á las tragedias de la vida, enamorado de la santa sencillez del hogar y de la familia y de la comedia callejera de las ciudades, de las aldeas y de los caseríos. Entendió, desde el principio de su carrera, «que el pueblo español es un buen hombre que sabe leer y escribir medianamente.....» y que literatura popular es «aquélla que por la sencillez y la claridad de su forma está al alcance de su inteligencia;» y, dentro de esta escuela y de este criterio, realizó á maravilla la empresa de escribir para el pueblo, deleitándole y educándole y convirtiéndole en partidario ferviente de sus libros y de su persona, resultado altamente meritorio y digno de unánime alabanza en nuestros tiempos.

VI.

Era Trueba extremadamente cuidadoso de la honra en todas sus acciones, del buen crédito de los demás, de la corrección y delicadeza de sus escritos y del lustre y gloria de su tierra; pero jamás se cuidó de la estética de su persona ni de los relumbrones de su fama. Tenía el aspecto de un aldeano vestido de señor humilde; y así como en su atavío exterior no se sujetó á las exigencias de la moda, tampoco en sus relaciones en Madrid ni en Bilbao se preocupó, ni una sola vez siquiera, en buscar el roce y amparo de la sociedad elegante. Con escritores é íntimos amigos, de la misma alcurnia y de los mismos gustos que

los suyos, se codeó siempre aquí, y con escritores ó aficionados, con aldeanos y con modestas gentes pasó su vida en la capital de Vizcaya.

Era alto y de recia complexión, un tanto encorvado, en sus últimos tiempos, y siempre llevó, desde muchacho, algo caída la cabeza hacia adelante, bajos los ojos y serena y melancólica la mirada, mientras no departía con las personas de su estimación, en cuyos momentos brillaba el cariño en sus claras pupilas y se marcaba una amante y sincera sonrisa en sus labios. Usó el cigarro tanto ó más que la pluma, y con esto está dicho que consumió más tabaco que tinta, y que ese inocente y filosófico vicio le dominó de una manera absoluta, como lo hizo constar en uno de sus más agradables cuentos.

Viudo hace ya algunos años, logró renovar las alegrías del hogar doméstico al casar á su bondadosa y amante hija Ascensión, y al verse rodeado de sus hermosos nietecillos.

Al aproximarse á los setenta años, cuando acariciaba nuevos proyectos literarios y se proponía aumentar el número de sus producciones, se vió acometido por la dolencia que, después de hacerle sufrir sin medida, había de terminar tan fatalmente. Buscó la salud en el uso de algunas aguas minerales de su país durante el verano último, y á mediados del otoño, cuando recrudeció el tiempo en aquellos oscuros y tristes horizontes, cayó en el lecho para no levantarse más. Durante tres meses aguantó resignado con cristiana tranquilidad los grandes dolores que la enfermedad le producía. En aquel crepúsculo vespertino de su existencia llegaron, de cuando en cuando, á su alma atribulada los vívidos resplandores del sol de su envidiable gloria. La colonia española de vascongados de las repúblicas Oriental y Argentina, entre cuyas familias

vivió siempre la memoria del país euskaro, pintado y levantado en gran relieve y con verdadero colorido en las obras de Trueba, acordó entusiasta tributarle un homenaje de cariñoso reconocimiento, abriendo una suscripción para regalarle en Bilbao una hermosa casa, que llevará su nombre. Así como en sus juventudes, cuando vagaba pobre y errante por las calles de Madrid, creyó ver la mano bienhechora de la Providencia en aquel pobre aldeano de la manta, á cuyo hijo había logrado librar de la suerte de soldado con el producto de una obra escrita por él y sus amigos, que sin conocerle le detuvo y le preguntó por D. Antonio de Trueba, para entregarle los ahorros de algunos meses del mozo redimido, así al llegar de las orillas del Plata la hermosa nueva que sus paisanos le transmitían, sintió que se le ensanchaba el corazón, y con los ojos arrasados en lágrimas bendijo á Dios, al comprender que ni en sus primeros ni en sus últimos días le abandonó jamás. Y como la salud y la bondad del corazón se reflejan sin cesar en la alegría del espíritu, enfermo y todo, pero sano de sentimientos, chispearon en su mente todos los días, durante su dolencia, los fulgores y desahogos de su peregrino ingenio, y el poeta, ¡placentero es decirlo! sufrió y murió poco á poco, como había vivido, cantando. Durante los primeros tiempos de su enfermedad revisó y completó la *Traducción castellana de todos los nombres vascongados de los pueblos de Vizcaya*, que se dignó unir á mis *Etimologías locales de Álava* y publicarlas en el Almanaque de *El Noticiero*; más adelante (Enero de 1889) escribió para *La Ilustración Española* sus *Notas autobiográficas*, y antes y después, hasta casi en vísperas de su muerte, dictó desde su lecho humorísticas y hermosas poesías, algunas de las cuales, por ser las postreras que compuso y para que vayan unidas á su memoria, reproduciré aquí:

«I.

Yo sé dónde hay un lugar
En que no puede faltar
Nunca un poco de calor,
Y es el rincón del hogar
En que haya un poco de amor.

II.

Historias hay que así
Se pueden abreviar;
Oigan de cabo á rabo
La historia de Ojalá:
Se sabe que era sastre,
Y no se sabe más.

III.

La niña era rubia, rubia,
Cuando cincuenta años há
Á mariditos jugábamos
Los dos en el castañar;
Y rubia, rubia mis ojos
Aún viendo á la niña están.
Tener ojos embusteros
Es mucha felicidad.

IV.

Campanitas de mi aldea:
Tiene vuestra santa voz
Algo de la de mi madre
Y mucho de la de Dios.

V.

Estrellas muy hermosas
Hay en el cielo azul;
Pero yo sé de una
Que es más hermosa: tú.

VII.

Me da el nombre de *Ovito*
Mi nietecilla Inés,
«Castellano sin huesos»
Que me suena muy bien,
Como el sabio Sumondi
Dijo del portugués.

IX.

De un pájaro y una pájara
Que se querían de veras
É hicieron nido en el puente
Por donde se iba á la escuela,
La niña y yo colegimos
Haber poca diferencia
Entre casados y pájaros
En punto al *crescite* etcétera,
Que amor todo lo que toca
Al *crescite* les enseña.

X.

Si quieres, amigo Fabio,
Perorar con mucho fruto,
Date apariencia de sabio
Aunque revientes de bruto.
Preguntarás: ¿la apariencia
De ciencia ciencia no pide?
Hombre, no, porque la ciencia
Por la cháchara se mide.

XII.

El hogar paterno es santo
Porque allí la patria empieza,
Y allí primero se ama
Y allí primero se reza.

XIII.

¡Oh madres ó vice-madres
Que soléis añadir al

Mañoso y más que mañoso
 Impío tantarantán,
 Cuando pobre criaturilla
 No sabe más que llorar
 Para deciros que siente
 Dolor físico ó moral,
 Dejad tal frase, y la acción
 Que á veces tras ella va,
 Porque abdicáis, de no hacerlo,
 El santo amor maternal!»

«DISTRACCIONES DE UN ENFERMO.

¡VUELVE POR OTRA!

La ví pasando el puente
 De Castrejana,
 ¡Y de decirle algo
 Me entró una gana!
 Porque como era joya
 De las mozuelas,
 Agua al verla se hacían
 Dientes y muelas;
 Y al decirle lisonjas
 De pretendientes,
 Me rompió de un sopapo
 Muelas y dientes,
 Exclamando:— «¡Chimberos,
 Venir con esas
 Á nosotras las chicas
 Baracaldesas!»
 Aunque en ello me fueran
 Celestes nimbos,
 No cazo en Castrejana
 Chimbas ni chimbos.
 ¡Por ser uno entusiasta
 De la hermosura,
 Verse uno á los veinte años
 Sin dentadura!

—
 Aunque muy poco ó nada
 Tengo de teólogo,

Creo que á Dios sirvo algo
 Con este epílogo,
 Cuya moral es ésta:
 Si hay boca impura,
 Sopapo que le rompa
 La dentadura.»

Nada más hermoso y elevado que su postrer arranque poético, reflejo admirable de su alma patriarcal, que dice así:

«ÚLTIMA.

Dicen que el cisne cuando muere canta,
 Y hoy tanto de mortal mi dolor tiene,
 Que acaso es la del cisne mi garganta.
 La voluntad de Dios es justa y santa.
 ¡Hágase en mí, Señor, lo que ella ordene!»

Perdimos al poeta, al amigo, al hijo ilustre de Vizcaya, al periodista incansable y honrado, al narrador querido del pueblo.

Se fué; pero ¡cuántas veces aparecerá su simpática figura ante nuestros ojos, y cuántas acudirá su nombre á nuestros labios! Le veremos y le recordaremos constantemente, no sólo en el tesoro de sus libros y de sus centenares de artículos, sino al recorrer las álamedas de San Antonio de la Florida y las orillas del Manzanares; al bajar á los barrios donde viven sus anónimos personajes; al ver allá, en los lejanos horizontes de la villa, las siluetas de los pueblos campesinos; al oír en el hogar tranquilo las narraciones que los siglos han traído de boca en boca de abuelos á nietos; al visitar los valles y montañas del país vascongado, sus pintorescos caseríos, sus romerías bulliciosas, sus viviendas humildes (de donde salieron tantos capitanes y marinos ilustres), sus derruídos castillos y sus hermosos templos; al detenernos ante el roble de las libertades en Guernica; al dirigir la vista al revuelto y te-

mido mar Cantábrico; al saludar á Bilbao, y al subir á Mallona á descubrirnos ante su tumba. En todos estos lugares vive y vivirá la cariñosa y grata memoria del hombre de bien, cuyo ingenio fué celebrado en Europa y América, cuya positiva gloria lo es de la nación entera y en cuya modestia y en cuya vida ejemplar deben mirarse como en un espejo cuantos se sientan inspirados y con ánimo para el trabajo, si es que desean que después de la muerte, la sociedad les consagre el digno recuerdo y la unánime alabanza, que con tanta justicia brotan hoy de los labios del pueblo español en obsequio á Antonio de Trueba.

RICARDO BECERRO DE BENGUA.

SOR MAGDALENA.

TRADICIÓN MEXICANA.

..... neve rerum quas viderimus et audierimus, quasi formæ quædam ac imagines, in anima permaneant ac exitium interitumque nostrum.

San Basilio, *Regula fusius*, Trac., VI-I.

TRAS los espesos muros seculares,
Cuyos toscos sillares
Reviste el musgo y la humedad desgrana,
Donde la hierba descuidada crece
Y el buho se guarece
Esquivando la luz de la mañana,

Se extienden solitarios y sombríos,
Como la tumba fríos,
Los espaciosos claustros de un convento,
Donde la luna tiembla penetrando
Cual si fuera alumbrando
La prisión del humano pensamiento.

Allí la celda reducida guarda
Misterio que acobarda;
Allí se agitan en constante guerra,
En hondo batallar, en fiero duelo,
La aspiración del cielo,
Y las ciegas pasiones de la tierra.

Allí de las mundanas tempestades,
Huyendo las crueldades,
Como roto bajel que busca el puerto,
Llegando van las almas laceradas;
Arenas empujadas
Por el simoun que removi6 el Desierto.

¿Y qué buscan allí? ¿Se puede acaso
En ese breve paso
Dejar el corazón fuera del muro;
Del recuerdo extinguir la ardiente llama,
Y la pasión que inflama
Desterrar con las preces de un conjuro?

Como sangriento buitre que destroza
Á su víctima y goza
Contemplando el horror de su agonía,
Así en el alma, firme, encarnizado,
Está el dolor clavado
Su veneno filtrando noche y día.

Son allí las memorias más intensas,
Más fúnebres y densas
Las nubes que del alma se levantan,
Y cruzan por las ascuas del deseo
Con pesado aleteo
Imágenes bellísimas que espantan.

Es inútil la lucha y hace en vano
Esfuerzo sobrehumano
Para evitar el insondable abismo,
Que la llama, la arrastra y la fascina
El alma, que camina
La misma siempre y sobre el mundo mismo.

Allí Sor Magdalena, retraída
La congojosa vida,
Que secreto dolor constante amarga,
Divide austera en el asilo santo,
Entre oración y llanto
Que hacen más dura la tremenda carga.

En su primer amor fué tan constante,
Tan tierna y tan amante,
Que al sentir el inmenso desconsuelo
Del primer desengaño, arrebatada
Y ciega y despechada,
Celebra eternas nupcias con el cielo.

Mas sin hallar descanso ni reposo
Del celestial Esposo
Cambia la forma y equivoca el nombre,
Y al invocarle ardiente en su amargura
Le sueña en su locura
Con las formas fantásticas de un hombre.

Del hombre mismo que su fe quebranta,
Cuya imagen levanta
Sobre ancho pedestal de amor inmenso,
Lo mismo en la sonrisa que en el lloro,
En el altar y el coro
Y entre las blancas ondas del incienso.

Nunca puede alcanzar que la abandone,
Y siempre se interpone
Entre ella y Dios cual sombra temeraria,
Y apasionadas frases le provoca
Que salen de su boca,
Mezclándose á la mística plegaria.

Sueña escuchar palabras seductoras
En las calladas horas
En que del templo en la tranquila nave,
Resbalando en los ámbitos oscuros,
Sobre los viejos muros
Alza el viento rumor pausado y grave.

A veces tentadoras armonías
De fiestas y alegrías,
Alzándose confusas y lejanas,
Entran á perseguirla hasta su lecho
Asaltando el estrecho
Paso, que dan al aire las ventanas.

Entonces, con la fiebre del delirio
Doblando su martirio,
Se siente transportada á los salones,
Donde luciendo gala y gentileza,
Es imán su belleza
De ardientes y viriles corazones.

La atmósfera candente y perfumada
Respira enamorada;
Siente el nervudo brazo en su cintura
Que en la ligera danza la sostiene,
Y hasta su frente viene
El suspiro que arranca su hermosura.

Oye las frases del amor que hechizan,
Frases que se deslizan
Y encienden en su pecho ardiente llama,
Y arrebatada y ciega y delirante
Siente en aquel instante
Fuego que por sus venas se derrama.

Resuena en tanto en la mansión tranquila
La destemplada esquila,
Que al rezo convocando la despierta,
Y arranca de sus labios un gemido
Al mirar convertido,
Soñado bien, en desventura cierta.

Una hermosa mañana desde el coro,
El órgano sonoro
Por las augustas naves derramaba
De voces la corriente fugitiva,
Que en la calada ojiva
Los pintados cristales agitaba.

Monótono y tristísimo murmullo,
Como lejano arrullo
Levantado por voces misteriosas;
Y dando de piedad muestra y ejemplo,
Se escuchaba en el templo
El rezo de las santas religiosas.

Del alba pura á la primer sonrisa
Comenzaba la misa.
Y en el fondo del templo, arrodillado
En humilde actitud, baja la frente,
A la oración ferviente
Un apuesto doncel yace entregado.

Inmóvil y tan cerca de la reja,
Una estatua semeja;
Ejemplo mudo del orgullo humano,
Que con el arte pretendió altanero
Recordar al guerrero
Sobre la humilde fosa del cristiano.

Bajo los pliegues del tupido velo
Fuerzas pidiendo al cielo,
Que ya le faltan en su lucha fiera,
Repasa Magdalena en sus congojas
Las amarillas hojas
Del viejo libro en que rezar quisiera.

Absorta con su propio pensamiento,
El agitado viento
Cruzando las estrechas celosías
Llega á su faz, trayendo de la nave
Un perfume süave,
Encantador recuerdo de otros días.

Como herida de un rayo, palpitante
Alza el rostro anhelante,
Porque el perfume aquél es su perfume:
Mil veces lo aspiró cuando á su lado
Galán y enamorado
La pasión le inspiró que la consume.

¡Qué infinitos recuerdos en su pecho
Como huracán deshecho
Despierta aquella ráfaga perdida!
Todo el pasado surge en su memoria,
Y olvidando la gloria
Á su antigua pasión torna vencida.

Sobre la reja la encubierta frente
Reclina febrilmente,
Y despidiendo rayos su mirada
Se clava al fin como puñal de acero
Del gentil caballero
En la faz dolorida y conturbada.

Él es: sus penas al mirarle entiende,
Y adivina y comprende
Que si en su rostro la profunda huella
Se marca del dolor, y si rendido
Hasta el templo ha venido,
Es por ella no más, no más por ella.

En ese raptó de pasión no alcanza
Más risueña esperanza
Que del claustro romper los férreos lazos,
Y lanzándose al mundo en raudo vuelo,
Ir á buscar el cielo
Espirante de amor entre sus brazos.

Terrible la impaciencia la devora,
Fugaz pasa la hora
Destinada á los rezos matinales,
Se concluye la misa, y lentamente
Silenciosa la gente
Va cruzando del templo los umbrales.

El último devoto desaparece,
Y sólo permanece,
Como perdido en la anchurosa nave,
Junto á la reja inmóvil y severo,
El gentil caballero
De noble porte y continente grave.

Reconcentrado en su pensar profundo,
 Olvidado del mundo
Y en hondas reflexiones sumergido,
Escucha ya del éxtasis despierto,
 Leve rumor incierto
Que baja desde el coro hasta su oído.

¿Es un vago suspiro de ternura?
 ¿Un eco de amargura?
¿De ignorado dolor errante queja
Que exhala como místico perfume,
 Alma que se consume
Allá detrás de la inflexible reja?....

Vuelve el rostro el mancebo, y con espanto,
 Bajo del velo santo,
Apartado con mano convulsiva,
Contempla marchitada por la pena
 La faz de Magdalena
Y su mirada ardiente y expresiva.

Apenas conteniéndose, sofoca
 El grito que á su boca
Arranca la sorpresa, y sin aliento
Y como el árbol por el rayo herido
 Vacila conmovido,
Perdiendo en sombras vista y pensamiento.

Inmóviles los dos con las miradas
 Uno en otro clavadas,
Extáticos y absortos permanecen,
Hasta que ya las solitarias naves
 Con los ecos suaves
De la última plegaria se estremecen.

Entonces, como huyendo del abismo
Con terrible heroísmo,
Se aparta Magdalena de la reja,
Sin volver la mirada, y presa en tanto
De repentino espanto,
Con raudos pasos el doncel se aleja.

¡Qué horrible tempestad se precipita,
Y conmueve y agita
De Magdalena el alma sin ventura!
Que se siente arrastrada en su camino
Por fiero torbellino
De negro abismo hasta la sima oscura.

Nunca con más pasión ni más intenso
Aquel cariño inmenso
Encendiendo su sér, mostró á sus ojos
Fantasma de ilusión tan palpitante,
Que busca delirante
Besos candentes en sus labios rojos.

Ya se sueña feliz, cuando violento
Clava el remordimiento
Sus garras en el pecho dolorido,
Y ofusca la ilusión y es tan agudo
Aquel dolor, que rudo
Arranca de sus labios un gemido.

Como del puerto al encendido faro
En demanda de amparo,
Ante la imagen pura de María,
Atribulada por creciente pena
Se arroja Magdalena
Implorando fervor en su agonía.

Desfallecida ante el altar de hinojos
Y los nublados ojos
Con ardiente fervor alzando al cielo,
Á la Madre de Dios envía el alma
Para pedirle calma
Y en su santo cariño hallar consuelo.

Y piensa que descubre, aunque de lejos,
Los pálidos reflejos
De inexplicable y mística ventura,
Y oye voces que pasan murmurando,
Apacibles calmando
Su agitación febril y su amargura.

En su pecho renace la esperanza;
Se imagina que alcanza
Á extinguir la pasión que la devora,
Y de súbito se alza más terrible,
Mostrándose invencible
Atizando su llama hora por hora.

En tan hondo penar, en tal fatiga,
Y sin que mano amiga
Le preste apoyo en la mortal dolencia,
Llega la noche con su negro manto
Acreciendo el espanto
De las sombras que envuelven la conciencia.

Pero del alba al pálido reflejo
Con su grato cortejo
De ilusiones fantásticas, triunfante,
Vuelve el amor, y corre Magdalena
Olvidando la pena
Hasta la reja en busca de su amante.

Se abre del templo la crujiente puerta
Y en la nave desierta
El apuesto galán entra el primero:
Cruza frente al altar; su faz humilla,
Y luego se arrodilla
Cabe la reja, pálido y severo.

El alma en la mirada reconcentra,
Y procura y encuentra
Fulgurantes y límpidos los ojos
De Magdalena, y grata una sonrisa
Que dibuja indecisa
Plácido amor entre sus labios rojos.

Y así se pasan uno y otro día:
Ella en la celosía
Ardiente, apasionada, insaciable;
Él de hinojos, inmóvil, arrobado,
Al delirio entregado
Del éxtasis más puro é inefable.

Ahoga Magdalena en su demencia
La voz de la conciencia;
No lucha más, cesó el remordimiento,
Y á la encantada luz de sus amores
Ve cubrirse de flores
El obscuro recinto del convento.

Un mundo de placer halla en sí misma;
Se confunde y se abisma
En la imagen del hombre que es su sueño,
Y al sentir de su amor los fuertes lazos,
Mirarle entre sus brazos
Es su sola ambición, su solo empeño.

Una tibia mañana, y cuando apenas
Tranquilas y serenas
Las luces de la aurora iban brotando,
El doncel, que del coro no se aparta,
Ve caer una carta
Que abrió ligero y ocultó temblando.

¡Con qué impaciencia que termine ansía
La misa de ese día!
Y no bien se termina, presuroso
El templo deja y á su casa vuela,
Y rompe de la esquila
El nema perfumado y misterioso.

«Sol de mi vida, mi constante anhelo,
»Aurora de mi cielo,»
Dice la carta; «el vértigo me ciega,
»En vano lucho por buscar la calma;
»Ven á obtener la palma
»De esta mujer que á tu pasión se entrega.

»No vaciles, no temas: de este abismo
»Arráncame tú mismo;
»En esta noche y al sonar la una,
»Por la tapia que mira al Occidente,
»Escala, que impaciente
»En mis brazos te aguarda la fortuna.

»Feliz te seguiré; por tí desprecio
»Cuanto en el mundo necio
»Empeño ardiente ó ambición inspira.
»Nada contigo, nada me acobarda;
»Ven presto, que te aguarda
»No Magdalena ya, sino tu Elvira.»

En un inculto, abandonado huerto,
Pavoroso y desierto,
Que enmarañada envuelve la maleza,
Y que pendiente y elevado muro
Le sirve de seguro
Dando al convento linde y fortaleza,

Aquella noche y al sonar la una,
Y cuando ya la luna
Pálida y al ocaso se avecina,
Leve rumor se escucha, y cautelosa
Una sombra medrosa
En la vaga penumbra se adivina.

Es Magdalena: con febril empuje
La maleza que cruje
Rompiendo va, para llegar ligera
Hasta el pie de la tapia, y palpitante
El anhelado instante
Allí, temblando, entre la sombra espera.

Dejó ya la sagrada vestidura,
Símbolo de clausura;
En negro manto su belleza envuelve,
Que ya de su pasión el desvarío,
En su anhelar impío,
Á romper con el cielo la resuelve.

El profundo silencio de aquel huerto
Turba tan sólo incierto
El aire leve con sus vagas ondas,
Trayendo el eco de rumor lejano,
Ó sacudiendo ufano
De la arboleda las movibles frondas.

La luna en el ocaso se sepulta,
Y entre la sombra oculta
Magdalena impaciente, y esperando
De súbito se hiergue y se estremece,
Que su amante aparece
El altísimo muro coronando.

Cuelga el doncel la movediza escala;
Pero torpe resbala
En el musgo su planta, y desprendido,
Llevando en pos de sí la hiedra rota,
El pavimento azota
En inerte cadáver convertido.

Magdalena, aterrada, ronco y fiero
Gemido lastimero
Exhala de su pecho, y se desploma,
Como herida de muerte y sin aliento,
Sobre el tronco sangriento,
Cuando la luz en el Oriente asoma.

Vibra á poco la voz de una campana,
Que sonando lejana
La torna en sí de su mortal letargo,
Y tiembla Magdalena sorprendida
De volver á la vida
En tanto duelo y trance tan amargo.

Tímida en derredor mira y se espanta.....
La cabeza levanta.....
Errantes vagan sus turbados ojos.....
¿Es delirio? ¿Es verdad? Ni está en el huerto,
Ni del amante muerto
En sus brazos oprime los despojos.

Es aquélla su celda, aquél su lecho
 Incómodo y estrecho,
Su mesa y su sitial de tosco encino,
Y el cuadro de la imagen de María,
 Difundiendo alegría
El resplandor de su mirar divino.

Y todo lo contempla, absorta, muda,
 Y la espantosa duda
Se agita en su cerebro y la sofoca;
Siente que débil la razón le falta,
 Y de su lecho salta
Delirante, turbada, como loca.

En la celda la luz de la mañana,
 Por la estrecha ventana
Se desliza apacible: Magdalena,
De la duda tenaz en el empeño,
 Pensando que es un sueño,
Corre á la iglesia de esperanza llena.

Él debe estar allí; ella le busca
 Y su razón se ofusca,
Porque ni está ni llega, y terminada
La santa ceremonia, ya la gente
 Se aleja lentamente
Y llora la infeliz atribulada.

Vuela entonces al huerto, y allí observa
 Con pavor, que conserva
Sus pisadas la arena removida,
Destrozada la hiedra, y junto al muro,
 Triste manchón obscuro
De hierba, por la sangre enrojecida.

En espantosa confusión, no acierta
Si soñando ó despierta
Está en aquel instante, y dan entonces
De la iglesia en el alto campanario
El toque funerario
En triste son los consagrados bronces.

De allí se aparta vacilante y ciega,
Y cuando al templo llega
La dicen que la víspera en un duelo
Alvaro sucumbió; que del convento
Bienhechor opulento,
Sus plegarias por él levante al cielo.

Pocos años después, aún se veía
Al despuntar el día,
Tras la reja del coro arrodillada,
Semejante á fantasma silenciosa,
Humilde religiosa
Muda, pálida, triste y demacrada.

Era Sor Magdalena: su existencia,
Por oculta dolencia,
Sin tregua ni descanso combatida,
Se agotaba fugaz, sin el consuelo
De explicarse en su anhelo
El terrible secreto de su vida.

EL GENERAL RIVA PALACIO.

CONSIDERACIONES

SOBRE EL SUFRAGIO UNIVERSAL.



PRESENTADO á las Cortes el proyecto de sufragio universal, próximo ya el discutirse y seguro el aprobarse, que no otro suele ser el valor de nuestras discusiones parlamentarias, razón es que algo se medite sobre el caso, sobre su alcance y gravedad, siquiera sea para llamar la atención de quienes, por virtud de su cargo, han de poner mano en el asunto. Ofrece éste de extraordinario el que, con ser de importancia tanta, ni en poco ni en mucho haya logrado preocupar la opinión pública, moviendo á entusiasmo á los partidarios del progreso y concitando la adversidad de los apegados á la tradición. Si hubiera aquí sanas aficiones políticas—no se tome por tales las del chisme y la intriga que alimentan la curiosidad insaciable;—si hubiera costumbres parlamentarias y opinión pública, abundarían á estas horas los libros, los folletos, los discursos, en que se hiciese propaganda y se mostrase la malicia ó bondad de unas ú otras soluciones. Pero este movimiento no existe: sé sólo de un estudio sobre el sufragio universal, inadvertido para los más, pero digno de andar en manos de todos, con general provecho

y enseñanza. Avaloran el libro del Sr. Sánchez Toca, á que aludo, sus condiciones de imparcialidad serena y de conocimiento de la realidad, pues, aunque conservador de escuela el Sr. Toca, no regatea su valor á la democracia, antes bien reconoce que representa en la política una fuerza de que no es dado prescindir. No ha salido aún, que yo sepa, ninguna impugnación al libro del Sr. Toca, lo cual confirma la ya notada deplorable indiferencia.

Si se interesase la opinión, el choque de las opuestas tendencias, daría la pauta á los hombres políticos, para buscar en la resultante, solución conforme á la realidad y á la conveniencia. Indiferente y pasivo el país, viven los políticos como en mundo aparte y se falsea la condición primera y esencial de un régimen que, como el parlamentario, pretende vivir de la opinión. Censurarán ésta varios políticos, acusándola de egoísta; pero ella devolverá la acusación, diciendo á esos políticos, que viven una existencia de convención y artificio, que prescinden de lo que al país preocupa, de lo que afecta á su vida y á sus intereses, de lo que inspira sus amargas quejas, sus francas censuras, su desaliento y su abandono. Culpas hay en la opinión y culpas en los gobiernos, y de muchas de éstas es aquélla responsable. Á tanto llega su plasticidad, que, sin apenas oponer resistencia alguna, se deja modelar liberal ó conservadora, según la significación de los gobiernos. Y tan persuadidos están todos de que éstos han de ser factor principal que siga decidiendo, que cuando los más interesados en la reforma electoral oyen á alguno expresar temores, tienen por respuesta un encogimiento de hombros y una sonrisilla entre escéptica y burlona, que subraye y acentúe alguna frase como ésta: «¡Bah! ha de seguir todo como ahora y ganando las elecciones el Ministro de la Gobernación.» ¡Ah! ¡lástima que la historia no guarde

en sus páginas, como la mejor ilustración á los hechos que consigna, ciertas curiosas anécdotas!

Cuando á merced del entusiasmo y por la fe que se pone en una idea, se cae en yerros al realizarla, llevan tales yerros en su abono, ese mismo noble y purificador entusiasmo que los produce. Pero triste suerte la de una reforma, que nace entre la indiferencia general, como si no fuese ya secreto para nadie, que, propuesta sin fe y defendida sin convencimiento, sólo será ley por los sufragios de quienes para vivir habrán menester de su conculcación. La que llamó David Hume corrupción necesaria, irá en aumento extendido el derecho de sufragio, pues no dando la opinión, abandonada á sí misma, clave de unidad, será menester que los gobiernos hagan sentir más cada vez el peso de su influencia, para lograr el triunfo de sus candidaturas oficiales; y no tanto por lujo de inmoralidad y alarde de poder, como por necesidad de vida. Si por acaso la opinión despertase y con briosa iniciativa hubiere de sacudir el pesado yugo á que la tienen sujeta los actuales organismos de centralización parlamentaria y burocrática, tanto peor para los que proponen la reforma, que en tal caso vendría á señalar una nueva etapa en el desenvolvimiento de la revolución, sirviendo el sufragio universal de arma apropiada para destruir, con las condiciones propias del régimen parlamentario, una parte muy principal de lo que fundó la revolución misma.

I.

Ya desacreditadas en los tratados, aún se practican en las repúblicas, aquellas teorías de Rousseau de que recibió la revolución principal impulso, y que son las que todavía

influyen de manera decisiva, aunque acaso inconsciente, en el ánimo de buen número de nuestros más conspicuos políticos. Parte Rousseau de una ficción imaginativa, del supuesto estado natural, de la imaginada bondad de la naturaleza humana (1); afirma la soberanía del individuo, que á su vez hace enajenación de sus derechos á favor de la comunidad, resultando, por consiguiente, la soberanía social, suma ó componente de las voluntades individuales, que, concertadas por medio del pacto, se obligan á vivir en sociedad, creando, para garantía de estas relaciones, un régimen de autoridad y de derecho. Son los hombres que conciertan este pacto, según la burlesca pintura de Taine, «seres perfectamente iguales y libres, seres abstractos que, á modo de unidades matemáticas, tienen el mismo valor, juegan igual papel, y entre los cuales no caben desigualdad ni violencia que hayan de perturbar el pacto. Por ello, desde el momento en que éste se concierta, todos los otros pactos son nulos. Propiedad, Familia, Iglesia, ninguna de las instituciones antiguas, puede invocar derecho alguno frente al Estado nuevo (2).» Así la libertad y la soberanía del individuo, tan solemnemente afirmadas, se sacrifican en realidad á la omnipotencia del Estado (3). «De entre las ruínas del antiguo régimen, dice Tocqueville, surge un poder central inmenso, que engloba y resume en su unidad todas las partículas de autoridad y de influencia, que estaban antes repartidas entre una multitud de poderes secundarios, de órdenes, de pro-

(1) «Los juristas y los filósofos del siglo xvii y xviii entendían por derecho natural, ya el régimen de las sociedades primitivas, donde el optimismo les hacía soñar el reinado de la justicia, de la libertad y de la igualdad, ya el conjunto de derechos que deben pertenecer á todo individuo en razón de su naturaleza de hombre.» (Summer Maine, *Ancient Law*.)

(2) Taine, *La revolution*.

(3) Renan.

fesiones, de familias y de individuos, desparramados por todo el cuerpo social. Así crea la revolución un poder tal, que no se vió otro semejante desde la caída del Imperio romano (1).» Por tal modo, lejos de ensancharse la esfera de acción del individuo, se limita y reduce, ya por suprimir la asociación, que tanto añade á su libertad, ya por la extensión de las funciones del Estado (2), que á todo llega y todo lo uniforma, semejando antes el Dios Estado de Hegel, que el Estado negativo de Kant y de los filósofos economistas.

Rousseau, pues, nos ha legado, como afirma Summer Maine, esta concepción del Estado democrático omnipotente, «que tiene á su discreción cuanto es de esencial interés para el individuo: su propiedad, su persona y su independencia.» ¿No es esta concepción del Estado la misma que profesan buen número de nuestros políticos de filiación radical? Y en aquellas mismas teorías tienen origen esas frases de «pueblo soberano, voluntad ó soberanía popular,» frases sin significado concreto, con que aluden nuestros políticos, no á las opiniones é intereses del país cuidadosamente representados, sino á una «informe multitud vagamente definida,» ó al «poderío más vago aún de una opinión flotante (3).» Estos políticos á que me refiero, siguen dando valor real á los supuestos derechos naturales, primero de todos la soberanía de la voluntad, de que derivan el derecho de todo individuo al sufragio.

Lleva razón el Sr. Azcárate en considerar el sufragio

(1) Tocqueville, *La revolución y el antiguo régimen*.

(2) «La suma de derechos naturales que absorbe la comunidad soberana merced al contrato social, no es en el fondo sino el viejo derecho de los reyes con nuevo ropaje.» (Summer Maine.)

(3) Esta obra de Summer Maine, á que he de aludir varias veces, ha sido traducida al castellano por el Sr. D. Siro García del Mazo.

como función y no como derecho, «que si lo fuera, dice, lo tendrían todos, ciudadanos y extranjeros, varones y hembras—Stuart Mill aboga por el sufragio de las mujeres,—mayores y menores de edad, mientras que por ser función se exige por todas las escuelas y partidos alguna capacidad, puesto que cuando menos se requieren la ciudadanía y la mayoría de edad (1).»

Cuando las más distintas escuelas conciben la sociedad como un organismo (2) y caen en el mayor descrédito aquellas teorías, impregnadas de un atomismo falso, que concebían la sociedad como agregado de individuos, nuestros legisladores, parándose en el supuesto derecho de éstos, es decir, poniendo la cuestión en un terreno que no es el suyo propio, no atienden á lo que es esencial y primero, á dar condiciones de vida al principio de representación, que es el que fija y caracteriza la organización política moderna.

Por lo mismo que es erróneo negar á la sociedad personalidad propia, lo es también afirmar con Rousseau, que la simple suma de voluntades individuales da la voluntad general (3).

Aboga Ahrens por la representación orgánica que sea verdadero reflejo del organismo social, y á este fin pretende que se asocien y agrupen los intereses. En realidad hay que considerar el sufragio, no en sí mismo, sino en cuanto sea medio idóneo para obtener una verdadera representa-

(1) Azcárate, *Tratados de política. Resúmenes y juicios críticos*, página 160.

(2) Sánchez Toca.

(3) Como se trata de sumandos que representan cantidades heterogéneas, no pueden dar por suma un producto homogéneo. Inspírase cada individuo por el móvil de sus intereses particulares. ¿Y habrá quien pretenda que el interés particular de los miembros de cualquier corporación sea uno con el interés general de la corporación misma?

ción. Da el sufragio lugar á que la opinión se manifieste, y por esto debe requerirse que, antes de ser solicitada con el voto, muestre tener conciencia de sí misma. Sabido es que la opinión influye por varios modos, y que si se pronuncia unánime y resuelta, con ó sin sufragio, llega á imponerse. En efecto, cuando una opinión se condensa, todo lo llena é invade y vano es huirla. Muchas veces se ha impuesto la opinión sin necesidad del sufragio, y por medio de éste se impuso, al alzar en Francia la soberanía napoleónica ó al fundar en Alemania el poder del Canciller de hierro; que esos son los timbres, de dudoso valer para la democracia, que ostenta el sufragio universal. Por caso general, sólo abandona la opinión su atonía, á merced de alguna idea que por su simplicidad pueda estar en el ánimo de todos, y que por exagerada y extrema, pueda ganar todas las imaginaciones y mover todas las voluntades. Pero no es este estado de opinión el normal y corriente á que hay que atenerse en esto del ejercicio de las funciones electorales. Y precisamente, es lo más difícil de todo, hallar en la opinión pública, en ninguno de sus momentos, esa combinación de acierto y templanza, que se requiere para los negocios. Ó se enamora de lo abstracto y cae en torpes ideologías, ó fiándose con exceso de lo práctico consulta en demasía el interés y el egoísmo, cosa á que ahora la inducen las corrientes positivistas. Por eso importa organizar la opinión, no abandonarla á egoísmos é ideologías individuales que no pueden sumar cosa buena; y para ello pueden servir de clave de unidad, los intereses de clase ó de grupo. Era lógico que precediese al establecimiento del sufragio universal este trabajo de organización social, de suerte que, formados cuerpos con espíritu y carácter propio, no sean tan sólo números los que se sumen y masas las que decidan. Pero á estas reformas en el

cuerpo social, que han de afectar beneficiosamente á la representación, no se va ciertamente por el camino poco liberal y muy igualitario del radicalismo democrático.

Si no hay cierto grado de superior unidad de criterio, que no excluye variedad de las opiniones como de los intereses, en el cuerpo que elige, ¿cómo es posible que el elegido pueda realizar funciones de gobierno? Dado lo que antecede, fuerza será convenir en que lo necesario y aun lo urgente, dentro del interés parlamentario, es formar un verdadero cuerpo electoral que, teniendo conciencia de sus opiniones é independencia para convertirlas en actos, demuestre aptitud para formar un verdadero cuerpo representativo. Subiría de punto esta necesidad si hubiera de ser una realidad la soberanía de la opinión, si ésta hubiera de emanciparse de los partidos políticos que hoy, por virtud de los resortes centrales, la mantienen sujeta.

Claro es que todas estas dificultades á que vengo refiriéndome no existen para quien, como el Sr. Moret, prescinde de la capacidad, «pues los que colocan la base del sufragio en la capacidad del elector, dice el autor del actual proyecto de sufragio, no modifican, sino que atacan y destruyen el principio del sufragio (1).» Es éste para el señor Moret, derecho que no función, y de ahí que niegue á la sociedad la facultad de fijar las condiciones en que la función ha de ejercerse. Nadie más apropiado para presentar á las Cortes y defender en ellas el sufragio universal que quien cree, ya en el orden teórico, que sin reparar en la capacidad á todos debe darse por igual el voto, porque todos tienen igual derecho (2). No comparte con el Sr. Mo-

(1) Moret, *La representación nacional. Teoría del sufragio*. Conferencias en la Universidad.

(2) El derecho al voto no precede á la capacidad, que, como dice Lavelaye, ésta es el único título de admisión al voto, según la incapacidad lo es de

ret tan radicales y absolutas opiniones el Sr. Azcárate, que siquiera defienda el sufragio universal, lo considera función, reconoce necesaria la capacidad, y deja á salvo, en principio á lo menos, el derecho de la sociedad á intervenir en los términos que el Sr. Moret censura. En su mismo partido, representándole en elevado puesto, tiene el señor Moret quien le conteste, que aunque se estime el sufragio como derecho ideal, son menester determinadas condiciones para que se haga real y efectivo (1). Mal ha de pensar el Sr. Santa María del actual proyecto de sufragio, que no admite más principio de limitación que la residencia, recordando aquel juicio de Lavelaye, que hizo suyo, donde dice que conceder á todos el derecho de votar en pueblo que no es bastante ilustrado para comprender sus intereses, vale tanto como abrir la fosa de la libertad. Por ello, concluye Lavelaye que la instrucción universal debe preceder al sufragio universal. Y tanto abunda el Sr. Santa María de Paredés en este parecer, que opina que para ejercitar el derecho electoral no basta saber leer y escribir, lo cual no da, en efecto, las condiciones necesarias para el caso: es preciso que «se exija prueba de haber recibido la instrucción primaria superior, de cuyos estudios habría de formar parte necesariamente la enseñanza de la Constitución política y de ciertas nociones de moral, derecho y economía.» No sé cuándo llegarán á estilarse entre nosotros tales electores bachilleres, ni sé si con ocasión del proyecto de sufragio propondrá el Sr. Santa María, al par que su apla-

exclusión. Por eso añade que quienes carezcan de esa capacidad deben ser privados del voto en interés de los demás y de ellos mismos. (Lavelaye).—Lo mismo dice Bluntschli, *Derecho público universal*: «No es el de sufragio un derecho natural puesto que no lo ejercen los hombres por serlo, sino por ser ciudadanos.»

(1) Santa María de Paredes, *Derecho político*.

zamiento, medios que provean á la necesidad de propagar esa instrucción universal que necesariamente ha de preceder al sufragio. Tan radical publicista como Stuart Mill, tiene por principal ventaja del Gobierno popular, el que sirve á la educación y elevación moral del pueblo, pues según el escritor inglés debe verse en el derecho al sufragio el reconocimiento de aquellas condiciones y su recompensa (1). Los verdaderos partidarios del sufragio universal deben ser los más interesados en rodearle de garantías. Quizá importa tanto como la instrucción universal la agrupación de los elementos individuales. Si adquieren los cuerpos de electores un carácter propio y definido, lo tendrán también como creados á su imagen y semejanza quienes ostenten su representación. Así no se dará el triste y harto frecuente divorcio, del país y las Asambleas parlamentarias.

No hay que olvidar los antecedentes históricos del sistema representativo: para que éste sea una verdad, importa agrupar, organizar los intereses (2). ¿Es que por temor á la oposición entre intereses varios, se les ha de excluir de la representación? (3). Carece de justificación el miedo á esos intereses, que por legítimos, son de suyo armonizables. Lo que sí hay por qué temer y desechar, son

(1) Stuart Mill, *El sistema representativo*.

(2) Defiende Sánchez Toca que «junto al procedimiento de sufragio propio de la plebe, y en el cual caben todos, puesto que todo el mundo es plebe desde el momento que sólo se toma en cuenta la calidad de ciudadano, coexistan procedimientos de derecho propio y nombramientos y compensaciones de proporción, adecuados á la representación de cada uno de los grandes grupos, intereses y organismos sociales.» Véase lo que dice el señor Pérez Pujol sobre representación gremial.

(3) «La opresión de la minoría por la mayoría sería menos frecuente que hoy en una sociedad donde todos los intereses tuviesen defensores naturales.» (Ahrens, *Curso de derecho natural ó de filosofía del derecho*.)

los falsos intereses que crea y sostiene el caciquismo. Prescindamos de una vez de aquella falsa concepción de Rousseau—lógicamente contrario al sistema representativo,—que desechada en el orden teórico, sigue siendo en el práctico punto de partida de las actuales combinaciones políticas, que por medio del sufragio aritmético crean la Cámara de diputados. Á esto dicen que á la Cámara popular corresponde la representación de los individuos, y á la Cámara alta la representación social; es decir, que aquélla debe fundarse en la concepción de Rousseau y ésta en la negación de las teorías de Rousseau, ó sea en la concepción, hoy generalmente aceptada, de la sociedad como un organismo. Entiendo que esto, amén de contradictorio, es convencional y gratuito, como lo es, según observa con razón el Sr. Santa María de Paredes, asignar á la Cámara de diputados el espíritu progresivo y á la Cámara alta el espíritu conservador. ¿Pero no nos llevaría al cabo á esto mismo, el que la Cámara alta tenga la representación de las principales corporaciones del país, es decir, la representación social, y que la otra Cámara represente sólo individuos? (1). ¿No es de presumir que

(1) «Toca al Senado, dice en su preámbulo el proyecto de ley, la representación de la nación por clases y por organismos sociales; de suerte que cuanto en ella tiene realidad, fuerza y vida, está allí valiosamente representado, dando origen á una Cámara que es la suma de todas las fuerzas vivas y gobernantes del país. El Congreso, por el contrario, es, dentro de la Constitución, la representación total de la nación, nacida, según ella determina, del número, y representante por eso de la masa que en la mecánica social, como en la física, es en sí misma una fuerza y un dato y un origen de poder, con el cual es preciso contar, no ya para contradecirla, sino para utilizarla y dirigirla.» Y ésta es la Cámara de las iniciativas impulsoras, quedando la otra Cámara, que es, según el proyecto, «suma de todas las fuerzas vivas y gobernantes del país,» relegada á segundo término. Dice Stuart Mill que allí deben buscarse garantías para contrarrestar un poder, donde radique su influencia. «En un Estado donde la democracia sea el poder dominador,

surja entre ambas Cámaras—por el instinto de conservación que la alta oponga al de absorción de la baja,—oposición y pugna? Hay que notar que la existencia del Senado es contradictoria de la tendencia radical, y está inspirada, como nota Summer Maine, en un sentido de desconfianza con respecto á la opinión popular. Relégase así la representación social á un cuerpo que tiene en el Continente escasa fuerza política y que se limita á ir á remolque de la Asamblea popular.

«La fórmula aritmética por sí sola, dice el proyecto de ley del Sr. Moret, no será jamás, como no ha sido nunca, la expresión más gráfica, siquiera sea la más sencilla, de la voluntad nacional. El que todos los españoles tengan derecho á intervenir en la dirección de los negocios públicos, no significa que su simple yuxtaposición, ofrezca la síntesis de la voluntad nacional; que de muchas maneras se ha demostrado aquí y fuera de aquí, que la misma cantidad de electores y el mismo número de sumandos, puede producir resultados completamente distintos.....» «El problema de la representación no se ha resuelto, cuando se ha concedido el derecho electoral á todos los ciudadanos: antes bien, con extender el sufragio, se ha aumentado la gravedad del error y la injusticia de toda preterición; y si tal sucediera, no sólo no se habría salvado la dificultad, sino que se habría comprometido la paz pública, porque las minorías, rechazadas y abrumadas bajo el peso del número, protestarían indignadas, no ya contra los gobiernos, sino contra el sistema mismo que tan falsa representación hubiere consagrado.» El proyecto de ley presenta, como se ve, las dificultades y dudas, pero no las re-

observa el Sr. Toca, el Senado aristocrático, por el mero hecho de representar los elementos de menor potencia, dispone de flacos recursos para no verse arrollado en cuanto quiera resistir á algún exceso de la Cámara popular.»

suelve, que era lo que importaba, pues para eso son las leyes. Lo más práctico y útil que en nuestro país se ha hecho dentro del régimen parlamentario, para mejorar la representación, ha sido el concedérsela á las minorías. Y es éste que ahora consigno, imparcial elogio que tributó al partido conservador y al Sr. Cánovas del Castillo, en uno de sus últimos discursos, el Sr. Pí y Margall (1).

¿Pero es que con la organización de la representación social, y con el establecimiento del voto limitado y la representación de las minorías, se ha dicho en esta materia la última palabra? No lo creo así, y baste á demostrarlo, por ejemplo, el favor que logra entre tratadistas y políticos (2) el voto cualitativo defendido por Loimèr. La cuestión que el escritor inglés trata en su libro *El constitucionalismo del porvenir ó el Parlamento espejo de la nación*, está en pie, como dice el Sr. Azcárate, y en Inglaterra y en todas partes espera solución todavía. En este problema de la representación, como en tantos otros, se notan síntomas, cada vez mayores, de próximo cambio, y desde luego se puede afirmar que van las corrientes en la dirección que señalan, entre otros autores, Ahrens y Bluntschli.

II.

Ya queda dicho que en tanto es bueno el sufragio en cuanto sea medio para llegar á la representación, y en tanto es buena la representación en cuanto sirva para asegu-

(1) Discurso pronunciado en Zaragoza.

(2) Reiteradamente se ha dicho por los periódicos que alguno de los personajes del partido que actualmente gobierna se mostró partidario del voto cualitativo en las reuniones que precedieron á la presentación del proyecto de reforma electoral.

rar las libertades públicas. Por eso se engañan los que dan finalidad propia al sufragio ó á la representación; los ideólogos que consideran estos términos en teoría, sin temor á comprometer en la práctica aquellas libertades, que son las que precisamente se trata de asegurar con las nuevas formas de gobierno. Requieren éstas, por lo ocasionadas que son á abusos, que hayan de ceder en su daño, singulares garantías. Como ya queda dicho que en el proyecto de sufragio del actual Gobierno no se establecen siquiera, aquéllas que defienden los más radicales publicistas, fuerza será, si ese sufragio universal no se falsea por los mismos que lo establecen, fuerza será, digo, hayamos de sentir todos, los males á que el sufragio universal es de suyo ocasionado. No lo digo por afán de oposición, por desconfiar de lo nuevo ó por ser dado á exageraciones pesimistas; y para probarlo, quiero atenerme á los recelos y temores que han sentido hombres, que no puede tener por sospechosos la democracia; y quiero expresarlos con palabras suyas. No recusarán por poco demócrata ni por poco avisado, los miembros de la actual mayoría parlamentaria, á Enrique George, del cual son las siguientes palabras: «Merced al sufragio universal—dice esto refiriéndose á la República de los Estados-Unidos,—cae el poder en manos de quienes no se interesan directamente en la marcha de los negocios públicos, que, con el tormento de la necesidad y el embrutecimiento de la pobreza, están prontos á vender sus sufragios al mejor postor.» «En una nación regida por instituciones republicanas, en que es una clase demasiado rica y la otra tan pobre que con un puñado de dinero se la mueve, cae el poder en manos de agiotistas ó demagogos.» Que es lo mismo que dice Lavelaye y expresa Taine de que el dogma de la soberanía del pueblo interpretado por la multitud produce la anarquía, é inter-

pretado por los jefes produce el más perfecto despotismo. Taine, Lavelaye, George, Stuart Mill, Leroy Beaulieu (1) y otros muchos publicistas sinceramente liberales y aun demócratas, ven el peligro en la soberanía de los más (2), en la soberanía del pueblo, es decir, en la imposición de una clase que venga á excluir del Gobierno, la total representación de la sociedad. «Tengo la firme seguridad—y permítase añada á los citados el importante testimonio de Macaulay, elocuente defensor de la reforma electoral inglesa de 1832—de que jamás he escrito una línea ni pronunciado una palabra que exprese la opinión de que la autoridad suprema en el Estado, deba confiarse á la mayoría numérica de los ciudadanos, ó en otros términos, á las clases más pobres é ignorantes de la sociedad. Hace muchos años que abrigo la convicción de que las instituciones enteramente democráticas han de destruir más pronto ó más tarde la libertad ó la civilización, si no ambas cosas á la vez.» En esta misma carta explica los vivos temores que le inspira la democracia, incapaz de elevadas soluciones frente al conflicto social. «Algún César se apoderará de las riendas del Gobierno, ó vuestra República norte-americana será entregada al saqueo por los bárbaros del siglo xx, tan espantosamente como el Imperio romano lo fué por los bárbaros del siglo v. La diferencia consistirá en que los hunos y los vándalos venían de fuera, y las modernas hordas nacerán en vuestro mismo país, al calor de vuestras propias instituciones.» ¿Quién sabe?

(1) «El estudio de la historia no hace augurar muy favorablemente de la organización que nuestros padres y nuestros abuelos han acogido con tanto entusiasmo. El pasado parece demostrar que los reyes y las aristocracias forman los Estados, y que los pueblos entregados á sí mismos los destruyen.» (Leroy Beaulieu).

(2) Pablo Laffite: *El sufragio universal y el régimen parlamentario*.

Los sucesos suelen desviarse del curso que *a priori* les traza la mente: varones muy ilustres se han engañado al hacer tal género de profecías. ¡Ojalá se engañe Macaulay! Pero en tanto, bueno es registrar su opinión, autorizada en este caso por expresivo comentario de Scherer (1), que añade á la cita anterior lo siguiente: «El razonamiento de Macaulay parece irreprochable. La democracia, según él, tiende al socialismo, que consiste en tomar á los que tienen para dar á los que no tienen; el procedimiento es de carácter primitivo en la historia de los pueblos: la expropiación y la conquista.» Empuja á la democracia por la pendiente del socialismo el anhelo de la igualdad, cuya abstracta é ilusoria noción es para el mismo Scherer el vicio de la democracia. Esta democracia, que es una fuerza cuya magnitud se desconoce y cuyo alcance se ignora, parece llamada á dar próximo fin á la actual organización parlamentaria. Las teorías radicales, que como todo lo absoluto atraen por su misma simplicidad, fascinarán á la multitud, que irá extirpando todas aquellas instituciones que juzgue contrarias á su absoluto, incontrastable señorío. La organización parlamentaria, que es de suyo difícil y compleja, vive del equilibrio y necesita, por tanto, de la transacción. Inglaterra, comprendiendo que los gobiernos populares requieren influencias que les sirvan de contrapeso, no ha sacrificado unos á otros, sino que ha desenvuelto armónicamente, sus elementos sociales. Fué ya ventaja grandísima para Inglaterra, haberse librado de aquella monarquía absoluta, de administración centralizada, que facilitó en Francia el advenimiento de la revolución, heredera del espíritu centralizador de la monarquía.

(1) El Sr. Sanz Escartín ha vertido á nuestra lengua este libro de Scherer, y ha puesto al frente de su traducción un interesante prólogo.

Entre la organización social y la política, existe en Inglaterra perfecta correlación. Conserva su aristocracia, verdadera clase directora, gran prestigio social, y gran influencia política, que no se limita á la Cámara alta, sino que también alcanza á la popular. Es allí inverosímil el caso de que un Ministro de la Corona, erigiéndose en primer cacique de la nación, se rodee de advenedizos que aspiran á ostentar la representación del país, sin tener representación propia (1). Allí donde los gobiernos son frecuentemente derrotados, pues tiene la opinión conciencia de sí misma, no se puede luchar en elecciones sin tener un programa, y los gastos de la elección apenas puede soportarlos, quien no maneje regular fortuna. Por la influencia general en el país que dan las grandes propiedades y el prestigio de la tradición, se comprende la gran fuerza de la aristocracia inglesa, tan beneficiosa para la estabilidad en las instituciones, para el florecimiento de las libertades públicas. Así, sin sufragio universal, la opinión pública se impone, y por tanto la capital aspiración de la política moderna se cumple. ¡Qué poco se preocupa de esto Francia, que cegada por el radicalismo, fiándolo todo al número (2), persigue una torpe igualdad, una absurda nivelación! Al observar ésta, dice Tocqueville, que, entre todas las sociedades, ningunas caen con facilidad mayor en el Gobierno absoluto, que aquéllas en que no

(1) Tratándose de hombres ilustres, se ha dado el caso varias veces de que los mismos electores sufragasen los gastos. Así, cuando Mill fué elegido por Westminster, sus amigos sufragaron los gastos, que importaron 50.000 pesetas.

(2) Por eso, con mucha razón se queja Pablo Laffite en su último libro de que Francia siga entregada al imperio de las mayorías, cuando el principio de representación de las minorías ha pasado en una ú otra forma del orden de las teorías al de los hechos en Inglaterra, Dinamarca, Brasil, Italia, España y Portugal.

háy y en que no puede haber aristocracia. Si arriba se alza un Estado que asume las funciones de todos los otros cuerpos que él mismo destruyó, y abajo hay sólo una masa de individuos que carecen de organización, la autoridad del Estado parará lógicamente en despótica; porque ¿en dónde se hallarán puntos de apoyo para resistir? Las jerarquías, además de ser una realidad social indispensable, son una verdadera necesidad política dentro de un régimen representativo. Por saber respetar su secular organización, por la combinación feliz de los elementos sociales (1), el régimen parlamentario inglés encuentra la estabilidad en el equilibrio; y así su historia en nuestros tiempos es, al decir de May, la de la libertad, según la historia de Francia es la de la democracia. A Inglaterra vuelve frecuentemente la vista, prendado del *self-government*, el Sr. Azcárate. ¡Ah, qué lástima que no pueda traer, con las teorías que recoge en libros ingleses y con los hechos que ilustran su historia, las condiciones y el carácter de aquel pueblo! Fuera así el nuestro, y razón habría en pedir que el *self-government* se cumpliese; á bien que entonces no habría ciertamente necesidad de que amigos ó correligionarios del Sr. Azcárate hablasen solemnemente de «soberanía detentada» ó de que se amenazase con el factor revolución. El filósofo que habla de soberanía detentada y el catedrático que pide la inmediata aplicación del *self-government*, amenazando con la revolución, si no se cumple, convienen en lo ideólogos, pues no se preocupan de si hay condiciones de vida para sus respectiva concepción histó-

(1) «Aux murs de Westminster on voit paraître ensemble
Trois pouvoirs etonnés du nœud qui les rassemble
Les deutes du peuple et les grands et le roi
Divisés d'interets, reunis par la loi.»

(Voltaire, *Henriad.*)

rica ó filosófica. Aun rechazando las teorías de la filosofía francesa, aun considerando la sociedad organismo y el sufragio función, aun sintiéndose atraído por la superior organización del parlamentarismo inglés y por su desenvolvimiento histórico, el Sr. Azcárate, con su sistema *a priori*, con su organización preconcebida, imprime á las teorías de sus libros carácter ideológico de marca francesa. ¿Cómo si no, y á pesar de todo lo dicho, había de patrocinar este sufragio universal que, con peligros mayores para la libertad que para otra cosa alguna, se trata de establecer entre nosotros? ¿No ve el Sr. Azcárate que yendo tras el número y la fuerza, nos alejamos más y más de las condiciones que son propias al parlamentarismo inglés, que tiene la mejor garantía de florecimiento para su organización política, en aquella organización social que compensa la influencia del número, con la de la hacienda, y la inteligencia? (1). La filiación de nuestro proyecto de sufragio universal hay que buscarla, como ya dije, en la influencia del radicalismo francés, en la filosofía ideológica y abstracta de su revolución. Las reformas en el pueblo inglés no se legitiman con teorías: el mismo Stuart Mill defiende el Gobierno democrático, por juzgar que es prácticamente la mejor forma de gobierno. El Sr. Azcárate tiene que sentir, con la superioridad de la política inglesa, que sabe cumplir el progreso y respetar la tradición, la superioridad de los escritores ingleses: el citado Stuart Mill, tratando del Gobierno representativo; Lorimer, del derecho de sufragio; Hare, de la representación de las minorías; lord Brougham, del parlamentarismo; pero á bien que la influencia de estos autores, no ha bastado á extirpar del ánimo del Sr. Azcárate, á pesar de su clara inteligencia y

(1) Macaulay: *Discurso sobre la reforma parlamentaria*.

sana voluntad, aficiones y resabios propios de revolucionario del Continente (1). No es vana afirmación la de que las libertades públicas tienen mucho que temer de esos radicalismos de que se pagan tanto en teoría, y con los que no rompen á pesar de sus excesos en la práctica, muchos que se dicen amantes de la libertad. De la aspiración á ésta, mezclada de cierta repulsión á las experiencias de los franceses en tal materia, surgió, como dice Summer Maine, el estado de opinión que ha dado origen al movimiento constitucional del Continente, que ocasiona una serie de desviaciones del derrotero trazado por el radicalismo. Después de todo, lo que pretende el radicalismo, es imponer á los más la opinión de los menos. Sabe halagar y mover á la muchedumbre de las ciudades, que con sus clamores y ruidos, obscurece y apaga la voz reposada y severa de la nación. Las gentes del campo, permanecen entre nosotros enteramente extrañas á la política. No tienen ninguna de las condiciones propias al ciudadano de una democracia, ni sienten confianza en el progreso que á toda hora invocan los políticos. Si nuestros Parlamentos reflejasen la opinión del país, estaríamos mucho más atrás. ¿Con qué fe, pues, buscan la opinión general, los que han necesitado burlarla para realizar su obra? En lo que digo de la población de nuestros campos, hablo por propia experiencia, afirmo lo que me enseña mi misma observación. ¡Cuánto sorprende á quien, después de estar en contacto con el pueblo, contagiado el ánimo por el buen sentido y la sana malicia rural, vuelve á este mundo madrileño de convención y artificio; cuánto sorprende oír hablar en la

(1) El Sr. Azcárate reconoce, en sus *Tratados de política*, donde examina la obra de May, Lorimer, el Duque de Somerset, Gneist, Minghetti y otros autores, que en Inglaterra es más verdad que en ninguna otra parte el gobierno de la opinión.

cátedra de *self-government* ó en la tribuna política de soberanía detentada!

Nuestros escritores y políticos, semejan aquéllos de quienes decía Taine que si habían visto el pueblo, «era solamente al pasar, poco más ó menos que como habían visto los caballos del tiro de diligencia: con compasión, sin duda, pero sin adivinar sus pensamientos vagos y sus instintos oscuros. Sin imaginar la estructura de su espíritu primitivo; la tenacidad de sus ideas; la estrechez de su vida rutinaria, entregada al trabajo manual, con la sola preocupación de ganar el pan de cada día; su apego á la iglesia, á los ritos sagrados, al sacerdote; sus rencores profundos, su proverbial desconfianza, su credulidad fundada sobre la imaginación, su incapacidad para concebir el derecho abstracto y los sucesos públicos, que por extraña gestación interna, las noticias políticas se transforman en su cabeza, en cuentos de recién llegado ó de nodriza.

«El Estado moderno, dice Leroy Beaulieu, salido de la masa de ciudadanos por breves delegaciones, no sólo no es en principio más inteligente que ellos, sino que está sujeto á todos los sucesivos prejuicios que dominan el género humano y que le arrastran (1).» Lo cual razona, parándose á examinar la poca tranquilidad de espíritu que lleva el ciudadano á la elección, las condiciones anormales en que la elección se verifica. Crea así el poder público la opinión, cuando está menos segura de sí misma, cuando no hay medio que deje de usarse para arrastrarla, es decir, en el peor de sus momentos. Esa misma opinión, considerando su propia obra fría y desapasionadamente, será hostil á ella. Dado esto y la debilidad con que nacen y la inestabilidad con que viven, no cabe que tengan gran

(1) *Revue des Deux Mondes*, 1888.

prestigio y fuerza gobiernos que necesitaban de tales condiciones por las muchas cargas y graves funciones que pesan sobre ellos. Porque hay que mirar que con estos avances de la opinión, llamada á tan importantes destinos, ha coincidido la formación de las nacionalidades y el desarrollo de una política de grandezas y de aventuras: se desborda en empresas de colonización la actividad de las naciones, malquistas las unas con las otras, que no ha trascendido hasta ellas el principio de fraternidad, y se hace preciso mantener en pie de guerra, las grandes fuerzas de sus ejércitos permanentes. ¡Qué contraste ofrecen con las aspiraciones y ensueños de la democracia, éstas otras aspiraciones de hegemonía militar, de dominación y de imperio! (1). ¿Y cómo llenar tales fines con gobiernos inestables?

«Inestabilidad, dice Pablo Laffite viendo el triste espectáculo que da el parlamentarismo francés, en los negocios exteriores, inestabilidad en las cosas militares.» ¡Los generales sucediéndose incesantemente en el Ministerio de la Guerra, como los diplomáticos en el de Negocios Extranjeros! «Lo que hace falta es unidad en el pensa-

(1) «¿Qué organismos más opuestos que un ejército disciplinado y equipado científicamente, y una nación gobernada democráticamente? Principal virtud militar es la obediencia: la falta militar más grave es la lentitud en obedecer; está terminantemente prohibido negarse á ejecutar una orden, aunque se tenga el convencimiento de su inoportunidad. Pero el primero de los derechos para un demócrata es el de juzgar á sus superiores. La opinión pública—que no tiene voz en el ejército—es el motor por excelencia de las sociedades modernas.» (Summer Maine, *Ensayos sobre el Gobierno popular*.) Amén de que el organismo del ejército es, en el mismo seno de la democracia, contradicción viva de ésta, hay que notar que á las restas que se hacen al sufragio universal, por las cuales en puridad nunca merece este nombre, hay que añadir la de los ciudadanos que prestan servicio en el ejército, es decir, la de una grande é importante porción, sobre todo si se admite el servicio militar obligatorio, que figura, lo mismo que el sufragio universal, entre los proyectos de nuestro actual Gobierno.

miento, continuidad en la acción. ¿Creéis que si Bismarck y Moltke hubieran estado á merced de Parlamentos que los derrotasen todas las semanas, Alemania ilustraría su historia con Sadowa y Sedan?»

¿Qué extraño es, añadido por mi parte, que los impresionables franceses, hartos de crear y deshacer ministerios, siquiera engañándose, busquen en un hombre un pensamiento y una acción, que realmente sirvan al pensamiento y á la voluntad nacional?

III.

Después de haber hecho observaciones y recogido pareceres poco favorables á los gobiernos populares y al sufragio universal, y que por lo menos ponen en claro que, al entregar á la masa electoral el origen de los Parlamentos, hay que buscar garantías en la instrucción popular previa y en la organización de esas mismas fuerzas electorales, á fin de que toda la sociedad obtenga representación y no impongan su solo dominio las mayorías, he de aducir antes de terminar, y de propósito dejé lo más grato para lo último, consideraciones favorables al sufragio universal, fundadas en pareceres autorizados, principal de ellos el del Canciller de hierro, Príncipe de Bismarck (1). Quede bien

(1) En el discurso pronunciado en el Reichstag el 28 de Marzo de 1867, dijo el Príncipe de Bismarck: «El sufragio universal es para nosotros en cierto modo una herencia que recogemos del desarrollo de las tendencias unitarias de Alemania: ya hemos tenido el sufragio universal en la Constitución federal de Francfort de 1848; ya hemos opuesto en 1863 ese mismo principio á las tendencias austriacas en Francfort; y en cuanto á mí, sólo puedo decir una cosa, y es que yo al menos, *no conozco mejor ley electoral.*» (*Discursos del Conde de Bismarck*, tomo I.)

sentado que hablé del sufragio universal, con relación al régimen parlamentario dentro del cual vivimos, y que no creo esté en la mente de los autores de la reforma electoral haya de desaparecer. Nadie podrá negar que es el parlamentarismo un régimen de naturaleza compleja, de carácter mixto, que en Inglaterra, su país clásico, vive del equilibrio de la clase alta y popular, y en el Continente se adapta muy bien al carácter de las clases medias, que son las que dominan, «apoderadas de todas las fuerzas del Estado (1).» La revolución entre nosotros, como el señor Sánchez Toca dice, significó el predominio de la clase media; afirmó su influencia oficial creando intereses por virtud de las leyes desamortizadoras, y aseguró su influencia política mediante la creación de grandes partidos que, enseñoreados del poder, dispusieron, como de principal fuerza, de los resortes de la administración centralizada. Hartos pecados tiene sobre sí la burguesía, y no creo momento oportuno de afearlos, éste en que ya declina su influencia. Con la habilidad que le es propia, para no provocar disgusto en la clase media, á que pertenecen los más de sus habituales lectores, cohonestó *El Imparcial* la implantación del sufragio universal con la necesidad de contrarrestar la tendencia egoísta de las clases medias. «Por su ilustración relativa, por su moderación, por su templanza, estas clases son merecedoras de su misión histórica, pero tienen una marcada tendencia al egoísmo. Aman la familia más que la patria, y atienden á sus propios intereses antes que á los intereses de la nación. Los grandes arranques de abnegación y desprendimiento han proveni- do siempre de las clases altas ó de las populares.» Por el estado de decadencia á que han venido las clases altas, fía

(1) *El Imparcial* de 19 de Octubre último.

en que los entusiasmos populares sean los que compensen las deficiencias del espíritu frío y calculador de la clase media.

Creo que hay mucho de verdad en lo que *El Imparcial* dice: precisamente esa templanza y moderación, han hecho que á la clase media cuadrase como su forma política más adecuada, el régimen parlamentario, régimen de discusión y publicidad, propio para una época de transición en que tenían que irse desenvolviendo las nuevas condiciones de organización social, que habían necesariamente de preceder al advenimiento de la democracia. He aquí el nuevo período que se inicia. Una vez rotas las condiciones de equilibrio estable propias del parlamentarismo, se irá desmoronando el que fué soberbio alcázar de la elocuencia. Toda variación en el fondo de la organización social, implica otras en la forma de organización política. El parlamentarismo, que viene siendo entre nosotros el régimen de las clases medias, es lógico que decline al tiempo mismo que estas clases. Bien me ahorra de dar gran desenvolvimiento á estas proposiciones, basadas en la observación de *El Imparcial*, lo extensa y luminosamente que trata del caso el Sr. Sánchez Toca. Al considerar el sufragio universal como base y asiento del régimen parlamentario, presenta el Sr. Toca el siguiente dilema: «Ó los partidos consiguen disciplinar y dominar el sufragio, y ya no es la expresión de la voluntad popular, sino un instrumento sumiso á la dirección de oligarquías políticas, ó bien la voluntad popular se sobrepone con el sufragio á las imposiciones de los partidos (1).» En el primer caso, la que llamaba Hume corrupción necesaria se hará mucho mayor; en este segundo caso, deshechos los

(1) Sánchez Toca, cap. IV.

partidos, no podrá el Parlamento cumplir su función de gobierno.

¶ No es posible negar que ampliado el sufragio aumenta la dificultad de su dominación. Si son más los votantes, á más hay que contentar ú oprimir, valiéndose de las artes, de la violencia ó el soborno, apurando los resortes de la administración, que se bastardea y corrompe con las ingerencias de la política. Subirá, pues, la marea de inmoralidad, que, aún en mayor grado que al presente, tendrán que mantener para asegurar su dominación, los gobiernos de partido. Y con esto crecerá el disgusto, hoy latente, del país, y se condensará en aspiraciones y amenazas concretas la enemiga al parlamentarismo y el anhelo de sacudir sus ligaduras y recobrar libertades que, no por proclamadas en teoría, dejan de ser desconocidas en la práctica.

¶ Si como es más de presumir, y aténgome en esto al segundo término del dilema, sustituyen los grupos á los partidos, se harán imposibles los gobiernos de gabinete. Es expediente que nada resuelve, como no sea el salir del día enmarañando las cuestiones, el de los gobiernos de coalición, tales como los que el Parlamento francés crea un día y abandona al siguiente.

Por eso, en presencia de la triste historia de esa Francia parlamentaria, se recuerda aquella observación de Summer Maine de que «desde los tiempos en que los emperadores romanos estaban á merced de la soldadesca pretoriana, no ha visto jamás el mundo inestabilidad parecida á la de estos gobiernos, cuyos jefes han venido á ser delegados de la comunidad.»

La descomposición de un Parlamento en grupos, rompiendo la necesaria unidad, hace imposible que ese Parlamento gobierne: esa misma descomposición sirve de

base y fundamento á un régimen representativo puro; por ello el sufragio universal, que en Francia destruye el régimen parlamentario, consolida en Alemania el representativo. Bien claramente muestra Bismarck en sus discursos (1) la gran ventaja que sacó del fraccionamiento de la Cámara (Reichstag).

«Cuando se da un Parlamento, dice el Príncipe de Bismarck, con una mayoría sólida, disciplinada, permanente, formada con elementos homogéneos y acaudillada por jefes como los que en otro tiempo tuvo Inglaterra, los dos Pitts, los Canings y aun los Peels y Palmerston, entonces, sin duda alguna, tal Parlamento constituye un centro de gravedad, una masa política de tanto peso que, aun cuando se encuentren frente á él Reyes tan potentes como Guillermo de Orange ó tan hábiles como Leopoldo de Bélgica, con dificultad consigue la Corona que prevalezca la supremacía de su dirección. Creo, sin embargo, que, á pesar de todo, la Corona dominará siempre que quiera; mas de todas suertes es evidente que tales Parlamentos, constituyen un poder formidable que en determinadas circunstancias reduce á la Cámara alta y á la Corona á no poderse mover sino en estrecho círculo y con muy escasa libertad de acción. Si algún día surgiera entre nosotros un Parlamento de esta fuerza, será llegada entonces la ocasión de que podamos tratar en serio la cuestión de la supremacía directiva del poder real, frente á frente de las mayorías parlamentarias. Pero con un Parlamento—obra del sufragio universal—fraccionado en ocho ó diez grupos, sin mayoría constante, sin unidad de dirección, sin jefes unánimemente acatados, debemos todos estimar como gran fortuna el encontrar junto á él, en la nave del Estado, el las-

(1) Véase la obra de Toca, cap. VII.

tre del Gobierno, de la Corona y de la voluntad real. Si este lastre nos faltara, todo se iría á pique y caeríamos en el caos.» ¿Es que en los actuales Parlamentos, no ya de Francia, pero ni de Italia ni aun de Inglaterra, encontramos esas mayorías sólidas, homogéneas, permanentes, disciplinadas, que dan la característica de los Parlamentos de poder formidable á que alude el Príncipe de Bismarck? Recibiendo inspiración y fuerza, ya de la clase media, ya del equilibrio de varias clases, como era natural á un régimen que, usando de moderación y templanza, había de armonizar diversas tendencias, resumidas en dos principales, la tradicional y la progresiva, el régimen parlamentario tenía por misión histórica, realizar esta obra de transformación que ya va tocando á su término.

Aunque den ocasión á ello varias causas segundas, no cabe negar que existe una causa general y primera, que determina esta nueva forma de agrupación de las fuerzas políticas en los Parlamentos. El pueblo, que siempre en sus instintos é inclinaciones va delante de los partidos, mira con indiferencia, cuando no con animadversión, esos programas que responden á una concepción enteramente convencional y artificiosa. En nuestro país, no faltan políticos que creen ó afectan creer servir á la libertad, imponiendo todo género de limitaciones á la autoridad real, reduciéndola á una tal pasividad que linda con la anulación. Y, sin embargo, la autoridad que ahora pesa sobre los pueblos es la de los Parlamentos, de la que no sólo dicen mal los pueblos mismos, sino también los más radicales tratadistas (1). Al poder del jefe del Estado habrá

(1) Spencer, *El individuo contra el Estado*. Ojea, *El parlamentarismo*. El publicista conservador, Sr. Mañé y Flaquer, ha combatido varias veces en *El Diario de Barcelona* el régimen parlamentario. Véase el artículo titulado «¿Para qué sirven los Parlamentos?» número del 17 de este Marzo.

que volver la vista; en él habrá que fiar, cuando los Parlamentos, de puro divididos, resulten inservibles para las tareas de gobernación. ¿Dónde hallar si no el necesario criterio de unidad? El Rey de Italia viene imponiendo el Gobierno de Crispi, no por responder á deseos de la opinión, sino para desenvolver la política de la triple alianza. ¿Qué género de parlamentarismo es ese? ¿Ni qué condiciones de normalidad para el desenvolvimiento del sistema parlamentario, son las de un país que, sin partidos que se sustituyan, vincula el poder en Depretis antes, ahora en Crispi, que tienen que darse el arte de combinar influencias de derecha á izquierda para contar con mayoría? Tal vez Leroy Beaulieu viese en todos éstos, los síntomas favorables al hecho que tiene por verosímil, de que, no sin que precedan violentas sacudidas, «vuelvan las naciones de territorios muy poblados y rodeadas de vecinos peligrosos, á las grandes monarquías administrativas, como la de la antigua Francia, aunque con más inspección y contrapeso, ó más bien como la monarquía prusiana actual, ó, en fin, como el Imperio romano en sus días mejores» (1).

¶ Viniendo al punto de partida, insisto en que el sufragio universal, acelerando la descomposición de los partidos, precipita la decadencia y acerca el fin del parlamentarismo. ¡Y pensar que los hombres que han recogido mayor provecho y más gloria en las lides parlamentarias, son los que proponen y patrocinan en nuestro país, una reforma que amenaza y compromete la existencia del parlamentarismo! Si este movimiento puede ser bueno en sus consecuencias lejanas; si á la larga puede reportar ventajas, hasta para que no se malogre, es preciso que lo madure la

(1) Paul Leroy Beaulieu, *Revue des Deux Mondes*, 1.º Octubre 1888.

opinión, que lo defina en sus afirmaciones concretas y no en sus simples negaciones.¹ Cumple, pues, dejar el establecimiento del sufragio universal para cuando exista una organización no incompatible con él, como la parlamentaria, que sólo á costa de grandes esfuerzos logrará burlar la opinión y coexistir con tal forma de sufragio.

Nótanse ya, amén de los dichos, varios otros síntomas de futuros cambios. Reacción contra el Estado nivelador y absorbente, antes descrito con frases de Taine y Tocqueville, pondrán fin á su centralización esterilizadora, nuevos organismos donde tomen cuerpo los varios intereses y las diversas aspiraciones nacionales, representados á su vez en Cortes, que no pierdan su carácter verdaderamente representativo al arrogarse la tarea de gobernar. Por su mayor simplicidad y más fácil comprensión, el régimen representativo puro es más propio de la democracia; según es más propio de la mesocracia el parlamentario. Que así como la mesocracia tira á la centralización, secuela del parlamentarismo, la democracia propende á la descentralización (1), que, incompatible con aquel régimen, encarna, como en el suyo propio, en el representativo puro. Clave y coronación de este edificio, sería un poder no ciego á lo que ve y sordo á lo que oye, sino inteligente y dispuesto, lazo de unión y armonía entre los varios elementos sociales; porque al desintegrar las funciones que hoy asume el Estado imprimiéndolas carácter de uniformidad, al crear cuerpos nuevos con influencias nuevas, hácese indispensable, para evitar peligros á la sociedad, que la autoridad gane en fuerza y prestigio. Más valen los go-

(1) Todo favorece en Francia (incluso las condiciones naturales del país) la tendencia á la centralización, enteramente contraria á las costumbres y aspiraciones de nuestra nación, sujeta por mala ventura á la imitación de la vecina.

biernos fuertes, de acción limitada, que los gobiernos que todo lo pueden, pero que, por el mismo exceso de funciones, carecen de perseverancia y energía para realizarlas. Y no se tema la energía en el poder, que la violencia sólo es propia del débil, y bien se hermanan energía y moderación. Sólo á esta costa podrán florecer las libertades públicas, en una organización que tenga por principal asiento el sufragio universal.

EL MARQUÉS DE FIGUEROA.

W 2004 20 24 24 2004 2004 2004

2004 2004 2004 2004

2004

2004

2004

2004

2004

2004

2004

2004

2004

2004

2004

2004

2004

2004

2004

2004

2004

2004

2004

2004

2004

2004

2004

2004

2004

2004

2004

2004

2004

2004

2004

2004

2004

2004

Á MI AMIGA I. M.

CON OCASION DE SU CASAMIENTO.



SONETO.

TE acuerdas, Isabel? Juntos un día
Del Plata delicioso en la ribera,
Al rayo de la luna placentera
Hablábamos de amor y poesía.

—Ama, te dije: tu cariño ansía
Un alma joven que la dicha espera;
Entre en tu corazón la primavera
Llena de luz, perfumes y armonía.

Hoy, que al pie del altar esposa amante
Enlazas tu destino á su destino,
Yendo hacia el porvenir bella y radiante,

Venturosa por siempre te imagino,
Y en los labios posándola un instante
Mi pobre flor arrojo en tu camino.

MANUEL DEL PALACIO.

CRÓNICA DEL ARTE.



Lo que se derrocha y lo que se pinta.—La inspiración y el bolsillo de nuestros artistas.—La decoración de San Francisco *el Grande*.—La historia de la pintura que allí se ofrece.—El espíritu religioso y el naturalismo.—El carácter decorativo.—Los maestros clásicos y el espiritualismo.—Las esculturas.

CUALQUIERA que, sin conocer las veleidades del dinero y de la fortuna, tratara de establecer una relación imaginaria entre las sumas fabulosas que gasta nuestra sociedad culta y acaudalada y la cuantiosa producción artística, deduciría hipotéticamente que las artes obtenían en este país mayor éxito positivo que en ninguno. Pero si analizando la cuestión parase mientes en que aquellas sumas se derrochan de continuo por virtud de las exigencias de la moda ó del capricho; que, á pesar de lo mucho y bien que se pinta, se compra poco y no siempre se paga con largueza; que el Estado, entidad sin gusto ni criterio personal como tal entidad, sin pasión por las artes, sino como *protector* obligado, es quien más compra y mejor paga; que aun entre las personas cultas se hace poca y aun ninguna diferencia de valor entre el cuadro y la fotografía iluminada ó el cromo, pensaría el analizador que este país, á pesar de su situación meridional, del glorioso abolengo de su pintura y de sus excelentes artistas,

es el país de menos gusto artístico del mundo. Algo de verdad hay en esto; pero es aún mayor verdad que el número de pintores se acrecienta de día en día. La última Exposición de Bellas Artes lo demostró palmariamente, y con obras en que se revelaron nuevos genios, haciendo en ellas alardes atrevidos de su esfuerzo y de su inspiración.

Cuando se salía de visitar aquel lucido certamen, sentíase embargado el ánimo por dos sentimientos bien opuestos: era uno el orgullo de haber nacido en un país de talentos tan privilegiados que sabían enaltecerle con sus bellas producciones; era otro el triste convencimiento de que tras de aquella noble emulación, tras de aquellos triunfos tan brillantes como legítimos, la mayor parte de los cuadros expuestos volverían á casa de sus autores, colmados de gloria y aun quizá de merecidas recompensas, en vez de pasar á manos de un comprador. Herética sería la afirmación de que hay sobra de artistas; pues el mayor pecado que con respecto de los fines sociales puede cometer un hombre, es coartar sus aptitudes y desoir la voz misteriosa de la inspiración. Lo que honra nunca sobra.

Pero estas aptitudes y esta inspiración, que han dado á España y siguen dándole tan crecido número de artistas y de literatos geniales, son, con respecto del lado positivo de la vida, como una especie de propensión inconsciente al suicidio. Usando una frase de moda, puede decirse que *la lucha por la existencia* es más azarosa para los que ponen su talento al servicio de la imaginación. El hombre ha sido siempre ingrato para los que le hacen sentir y le hacen pensar: cree que con dedicarles tal cual vagar de su corazón ó de su cerebro, los ha pagado ya. No puede desconocerse, sin embargo, que los modernos artistas están hoy en situación más ventajosa que estaban hace treinta años, pues que hoy se compra más y se paga fabulosamente me-

jor que entonces. Pero al cabo, la falta de gusto y la sobra de frivolidad son siempre los enemigos mortales de los artistas, quienes después de haber recogido lauros y conseguido fama en esta España tan romancesca, tienen, mal de su grado, que expatriarse para vivir en centros más positivos como París ó Roma. Alguien me dirá que las ventajas positivas no son allí tan grandes; que en París hay muchos más pintores que aquí. Es cierto: mucho de lo antedicho puede repetirse juzgando la situación de las artes en general; pero siempre resultará que el *vulgo* del extranjero es menos *vulgo* que el español, respecto de las artes como de otras muchas cosas; que aquél comprende mejor el sentido estético de las obras de arte y aprecia más sus excelencias, y en suma, que allá se vive en otra atmósfera, en otro medio infinitamente más favorable á la vida de los artistas y á sus producciones.

Resulta, pues, que en España el gran *amateur* es el Gobierno. Su gusto y sus dispendios merecen gratitud; mas como de lo dicho anteriormente respecto de él pudiera inferirse que censurábamos la protección oficial, debemos añadir aquí que el hecho de ser el Gobierno quien más compra y mejor paga, si para los artistas es beneficioso, es una prueba tristísima del poco aprecio que nuestra sociedad hace de las artes. Esto es lo que lamentamos y censuramos; por lo demás, sería necedad desconocer que, considerando el arte desde el punto de vista de los fines á que se le aplica, la mayor parte de las obras de más empeño, de más importancia, se hacen y tienen que hacerse por encargo y á costa del Gobierno ó de entidades parecidas; los museos de obras contemporáneas, el decorado de edificios públicos, los monumentos, etc., etc. Aquí todo esto va despacio y se hace en pequeño, por causas que no creemos oportuno señalar. Verdaderamente excep-

cional ha sido la restauración y decorado de la iglesia de San Francisco, que es la obra más importante de cuantas aquí se han llevado á cabo.

Los periódicos se ocuparon con más extensión de la que suelen de esta obra desde que comenzó; se emitieron apreciaciones y juicios; y ahora que por ofrecerse terminada la obra á los ojos de todo el mundo es cuando más importa ilustrar la opinión, los periódicos se han contentado con anunciar que la iglesia se abría al culto público. Cierto que la prensa se había ya ocupado de las obras de pintura; pero en detalle y de un modo incompleto, lo cual la tenía más comprometida á juzgar ahora del conjunto. No tratamos de dirigir un ataque á la prensa. La impresionabilidad de nuestro carácter meridional es causa de que nuestro espíritu sea súbitamente poseído de entusiasmos tan exaltados como fugaces, que matan la serenidad y el aplomo para la observación sincera y el severo juicio. La célebre frase de Víctor Hugo de *esto matará á aquello* es aplicable en presente á lo que sucede en la opinión y en su fiel reflejo la prensa: la ola de entusiasmo que levanta hoy una novela nueva, el estreno de una obra dramática, la celebración de un certamen artístico, la llegada de un cuadro para el Senado, será mañana barrida como á impulso de un ciclón devastador por el estupendo relato de un crimen pavoroso, los escarceos políticos de una *crisis* que se barrunta, el extracto de una tumultuosa sesión de Cortes ú otra suerte de algarada política, hechos, todos éstos, que tienen el seguro privilegio de ocupar el tiempo y absorber el pensamiento de casi todos los españoles.

Volviendo al caso de San Francisco, también nosotros nos ocupamos de sus pinturas y de otras obras artísticas en una serie de artículos que, con el título de *Correo del Arte*, vieron la luz pública en las columnas de *El Impar-*

cial, y que no continuamos por haber adquirido el convencimiento de que era predicar en desierto, sin que esto signifique que tuviéramos, como no tenemos ahora, la pretensión de enseñar. Por la misma deficiencia que lamentamos, es más de estimar el reciente libro titulado *San Francisco el Grande*, de que es autor D. Manuel Mesonero Romanos; libro que contiene una guía precisa y detallada para quien visite la iglesia de que vamos á ocuparnos.

La obra llevada á cabo en San Francisco no puede considerarse como una restauración. Si se hubiera tratado de una iglesia románica ú ojival, se hubiera tenido por anacrónica herejía que los pintores contemporáneos llenasen aquellas bóvedas y muros con sus modernas creaciones; pero al tratarse de una iglesia neoclásica, es tan ingrato este siglo para el anterior, que nunca se pensó en decorarla conforme pedía su estilo; antes bien se pensó en hacer una decoración bizantina. Así lo propuso el Sr. Contreras; y su idea, una vez excluída la de hacer una restauración, era excelente, aunque para desarrollarla por completo hubiera sido menester excluir á los pintores y decorar los espacios propios para contener una composición con mosaicos de fondo dorado. La estructura de la iglesia hubiera favorecido esta decoración, que á nosotros, sin duda por el culto que rendimos á la Arqueología, nos hubiera gustado. El carácter de la iglesia era ya pagano; pero decorada como está, en un estilo que participa del Renacimiento español y del gusto moderno, fundido todo en el crisol de lo *clásico*, ahora no es pagano, es *mundano*. El estilo y el sistema allí empleados para decorar y pintar, cambiando símbolos y representaciones, hubieran hecho de aquel lugar un salón de conciertos ó de baile.

Como las ideas generales en las artes se reciben de primera impresión, la que se recibe al penetrar en San Fran-

cisco, ante aquella fastuosidad, aquel conjunto rico de aéreas figuras y ornatos brillantes, no es la de una casa de oración fundada por el seráfico asceta. Allí se ofrece la Iglesia con su cohorte de Santos, de Profetas, de Evangelistas, de Arcángeles, de Doctores; pero con aquella pompa pagana que empleó el arte *barroco*, tratando por igual manera los asuntos de la Mitología que los de la Religión. De aquello á la poética simplicidad del arte cristiano de los siglos medios, hay mucha distancia. No hemos querido significar que tengan las pinturas sabor *barroco*. Ante todo, no debe tomarse este vocablo como sinónimo de mal gusto: así lo entiende el vulgo; pero es un error que no hace al caso desvanecer. Lo que hay y lo que hemos querido significar es que el arte *barroco* era esencialmente decorativo, y de aquí que veamos grande analogía en el modo de decorar pictóricamente entre las obras de aquel período histórico y las que motivan estas líneas. Por donde puede inferirse que si en San Francisco se hubiera hecho una verdadera restauración, aunque la fábrica es del período neogriego, como en éste los pintores y los escultores, fuera de los acérrimos secuaces de la nueva escuela, conservaban algo del espíritu decorativo *barroco*, y lo demuestran en la misma iglesia un cuadro de Maella y unos niños—muy hermosos por cierto—esculpidos á los lados de las ventanas: el conjunto sería más armonioso, más completo, sobre todo si se hubieran escogido para el desempeño de la obra los pintores que mejor se acomodaran por su estilo á salir airosos de tan difícil empresa. La decoración de San Francisco se ha supeditado á la idea laudable y equitativa de que en ella tomaran parte muchos artistas de nota, á fin de que resultara un museo de las artes contemporáneas; pero teniendo esto en cuenta, la falta de armonía del conjunto, que desde luego salta á la

vista, es un resultado necesario y lógico de la idea seguida. Esta falta de armonía, no sólo salta á la vista en la gran rotonda y el ábside, sino que se hace aún más patente cuando se examinan las capillas, pues cada una es de estilo diferente. Como lo único que ha podido hacerse es disfrazar el verdadero estilo de la construcción, cuyas líneas generales daban un pie forzado, no ha sido posible decorar ninguna capilla según el gusto ojival, el más religioso de todos; y por eso la capilla que ofrece mejor conjunto es la llamada de *Carlos III*, que se ha decorado conforme pedía el estilo propio de la iglesia, y es una prueba, en nuestro juicio, de lo dicho más arriba, es decir, que debiera haberse hecho una obra de restauración en vez de una obra de decoración. Después de la de *Carlos III*, las capillas mejor ornamentadas son la *bizantina*, obra excelente de D. José Marcelo Contreras, y la de gusto *clásico*, de D. Carlos Luis de Ribera.

Indudablemente se ha conseguido que San Francisco ofrezca la historia de nuestra pintura moderna. Comienza por los lienzos de Maella, Castillo y Calleja, que están pintados en aquellas postrimerías del *barroquismo*, cuyo origen se halla en la manera de Mengs; continúa en los de Ferro y González Velázquez, inspirados ya en el neoclasicismo, cuyo corifeo era David en Francia, á los cuales sirve de contradicción un precioso lienzo del originalísimo Goya. Estos cuadros existían de antiguo en la iglesia y hoy decoran las dos últimas capillas; y aunque á primera vista parezca que su tiempo y su estilo los coloca muy lejos de las pinturas de la obra nueva, es lo cierto que entre éstas hay algunas que están bastante próximas á las primeras, ya que no por el tiempo, por su estilo. Nos referimos á las de D. Carlos Luis de Ribera y á otra de D. Germán Hernández Amores, ajustadas respectivamente á las

dos nuevas fórmulas del clasicismo: en Ribera, con la manera académica de Oberbeck, y en Hernández con el purismo de Ingrés. El espiritualismo de D. Federico Madrazo aparece reflejado en las pinturas de D. José Casado del Alisal (á quien sorprendió la muerte sin poder dar término á esta obra, ni al arte los días de gloria que aún podía prometerse), y en las de D. José Marcelo Contreras.—La nueva tendencia del inmortal Rosales se reconoce en las pinturas de D. Casto Plasencia; y en fin, la influencia colorista de Fortuny brilla en las de D. Manuel Domínguez y en las de los Sres. Ferrant, Moreno Carbonero, Muñoz Degraín, Martínez Cubells y Oliva.

Hemos indicado más arriba que no distingue en general á las nuevas pinturas el carácter religioso, sino el decorativo. De esto no tienen la culpa los artistas, pues en vano hubieran intentado sustraerse á la influencia de la época, ni menos aún al *credo* de las artes modernas, que está en la interpretación hermosada de la Naturaleza; pero de la Naturaleza en todo su vigor, fuerza y exuberancia, bajo su aspecto más brillante y atractivo. El moderno naturalismo presta culto á la forma, poniendo por lema de su canon estético la frase de San Agustín: *Ver y creer*. Hoy admiramos como cosa muy alta para nuestros esfuerzos el amor divino que supo inspirar al místico las frases

«¿Cuándo será que pueda
Libre de esta prisión volar al cielo?....»

y que puso en boca del cartujo el *morir tenemos* como perpetuo anatema de los fugaces placeres de la vida. Esta discordancia de los ideales místicos y el espíritu plástico de las artes, no es nuevo: en rigor data del Renacimiento, que fué como una conversión al paganismo de las artes de

la forma. Mal podía pedirse, por consiguiente, que nuestros artistas fueran místicos en la decoración de San Francisco, cuando ya no es que se inspiran en los modelos clásicos, como hicieron los artistas del Renacimiento, sino que se inspiran en la Naturaleza misma, despreciando toda tendencia, escuela ó convencionalismo. Observando las pinturas á que nos referimos, especialmente las de la cúpula y las del ábside, se ve que han tratado de ser místicos, han hecho laudables esfuerzos por conseguirlo, han sentido el espíritu pronto á empaparse de la idea cristiana; pero la carne enferma. La carne les ha seducido con su morbidez, con su belleza, con las arrogancias de un escorzo atrevido, con la corrección de un perfil, con el mágico encanto del color. ¿Y qué han hecho entonces? Buscar una belleza grandiosa en el natural mismo, y pedir á la fantasía rasgos atrevidos y pomposo boato. Por donde aquellas pinturas han resultado una maravilla como obra decorativa. Causa un efecto verdaderamente mágico el contemplar tanta belleza de color y de forma unida á tan poderosa fantasía. Nuestros pintores, como ya hemos indicado antes, han resuelto el problema decorativo que se les propuso por un modo análogo á como le resolvieron los *barrocos*, en cuyo tiempo era el arte, como hoy, lo contrario del misticismo. Pero debe decirse, y decirse muy alto, que en las pinturas de San Francisco resalta la originalidad distintiva de la pintura española contemporánea. Nuestros pintores han demostrado allí que saben acometer con desusado brío la gran pintura decorativa, derrochando admirables notas de color, produciendo ricos efectos de composición que atraen á los sentidos y subyugan el ánimo del espectador, especialmente en la *Virgen de los Ángeles*, en los *Arcángeles* de la gran cúpula, y cúpula y testero de la capilla de *Carlos III*, de Plasencia; en los

Profetas, la parte del ábside y la cúpula de la capilla de *la Pasión*, de Ferrant; en los *Doctores y Santos Padres de la Iglesia*, la parte del ábside y el muro del lado izquierdo de la capilla de *Carlos III*, de Domínguez. Plasencia con su dibujo sobrio, vigoroso y correcto; Ferrant con sus mágicos efectos de luz y el boato de sus figuras y composiciones, y Domínguez con su entonación caliente y seductora, han sabido hacer grandioso, imponente á veces, como pedía la decoración, sin ampulósidades ni timidez alguna. Esta es la gran novedad que ofrecen las pinturas de San Francisco; su carácter decorativo, que hasta aquí sólo había podido mostrarse en los estrechos límites de los cuadros históricos á que nuestros pintores nos tenían acostumbrados. No es ésta la primera obra que en el género se ha hecho recientemente, pero sí la primera en que se ha acometido con tanta grandeza en el pensamiento y amplitud en el desarrollo de las composiciones. En la de la gran cúpula, mucha parte de su espíritu decorativo se debe á D. Carlos Luis de Ribera, que la trazó y distribuyó; aunque es de lamentar que, por exigencias arquitectónicas, se viera precisado á repartirla en lunetos encuadrados por las costillas de la cúpula, pues si éstas hubieran desaparecido, el efecto de tan vasta y grandiosa composición hubiera sido más aéreo y maravilloso aún.

Los tres artistas antes citados son los que mejor representan la tendencia colorista y el naturalismo en nuestra pintura. Pero en ningún modo hemos querido significar al citarlos que sólo ellos han salido airoso y aun victoriosos de su ardua empresa. Por otros caminos lo han conseguido también los demás. D. Carlos Luis de Ribera, autor del techo del Salón de Sesiones del Congreso, obra pictórico-decorativa de la mayor importancia, no podía menos aquí de lucir su inspiración y su maestría. La ca-

pilla de *las Mercedes*, por él decorada en totalidad, es buena prueba de lo que decimos. El estilo de Ribera es decorativo y grandioso de suyo, pues es la renovación idealista del clasicismo, y su color simpático contribuye á prestar belleza á esta obra de maestro, que sólo disuena de lo demás en que es la pintura de ayer; pero por esto mismo digna de alta estimación.

Otro maestro clásico purista, D. Germán Hernández Amores, se ha manifestado también decorador por otro camino que los modernos. Su pintura mural en la capilla de *la Pasión* está hecha á la manera de Rafael ó de Julio Romana, y aun le ha dado un sabor arcáico cristiano, con el cual ha conseguido, no sólo prestar á su obra, dentro de su estilo especial, todos los caracteres que convenían á la exornación mural, sino sentimiento religioso.

Esta nota que, como antes hemos dicho, falta en general á la obra de San Francisco, ha conseguido darla, por otro camino que el Sr. Hernández, el Sr. Muñoz Degraín en la composición del *Entierro de Cristo*, que decora un muro lateral de la misma capilla de *la Pasión*; y la ha dado por medio del color, mejor dicho, de la entonación, que expresa allí lo que tal vez no hubieran expresado en otro cuadro figuras dibujadas de intento con patética actitud y atribulado rostro. Ha sido una inspiración del autor hábilmente aprovechada; pero no hay en esta obra tanto espíritu decorativo como en las demás, como tampoco le hay en la del Sr. Moreno Carbonero, que está en frente, si bien tiene ésta grandes bellezas de color y novedad en la composición.

Los escultores han contribuído á la obra común, haciendo alarde de su talento, en el *Apostolado*. D. Elías Martín, con su clasicismo depurado y severo; Vallmitjana y Suñol, con su naturalismo simpático; Bellver, con

sus atrevimientos; Gandarias y Benlliure, con su grandiosidad. Las obras de talla son muy bellas también, y en ellas han demostrado los Sres. Molinelli, Varela y Rosado que renacen pujantes industrias artísticas que tiempos atrás nos cubrieron de gloria.

En resumen: San Francisco honra á nuestros artistas por ser una manifestación audaz de lo que pueden y lo que valen, y es por lo mismo honra de España. Muchas obras como San Francisco hacen falta en Madrid. Nuestra cultura artística va despacio; pero todo llega, y es de esperar que en plazo no muy lejano veamos la corte llena de maravillosas creaciones que inmortalizarán la patria de Velázquez, de Goya, de Rosales y de Fortuny.

JOSÉ RAMÓN MÉLIDA.

ÍNDICE.

Páginas.

<i>Torquemada en la hoguera</i> (conclusión), novela por B. Pérez Galdós.....	5
<i>Estudios sobre la dominación de los españoles en Berbería. Las cabalgadas</i> , por F. Guillén Robles.....	49
<i>Nuestra crisis económica. La depreciación en los productos</i> , por J. Eduardo Sellent.....	71
<i>Antonio de Trueba</i> , por Ricardo Becerro de Bengoa.....	95
<i>Sor Magdalena</i> , tradición mexicana, por el General Riva Palacio.	145
<i>Consideraciones sobre el sufragio universal</i> , por el Marqués de Figueroa.....	161
<i>Á mi amiga I. M. con ocasión de su casamiento</i> , poesía por Manuel del Palacio.....	193
<i>Crónica del arte</i> , por José Ramón Mélida.....	195

